

Sacerdos

Revista de comunión sacerdotal, caridad pastoral y formación permanente

**LA MENTE CONTEMPLATIVA
DEL PRESBITERO EN EL
CONCILIO VATICANO II**
P. Ignacio Andereggen

EL LIBRO DEL APOCALIPSIS
P. Devin Roza, L.C.

Julio - Agosto - Septiembre
2018

No. 130



EDITORIAL

Muy estimados hermanos sacerdotes:

Habiendo ya iniciado el periodo festivo, les saludo, ofreciéndoles de nuevo nuestra revista Sacerdos, esperando les sea de utilidad para su formación integral, y de manera especial en el ámbito de la mística sacerdotal y en el campo humano-intelectual-espiritual, además del campo netamente pastoral. Así mismo, incluimos un testimonio de un católico valiente que defiende los valores del matrimonio y la familia contra la ideología del género y toda esta nefasta revolución anti-valores que cobra cada vez mayor fuerza en el mundo en general.



En lo que atañe al campo de la formación humana, entregamos una reflexión sobre la necesidad del silencio, de la capacidad de escucha y de reflexión, como base indispensable para la vida interior y de oración en la vida y ministerio del sacerdote.

En el campo espiritual presentamos un artículo excelente, profundo y motivador del P. Andereggen -y aunque un tanto extenso, realmente vale la pena leer y meditar-, uno de los máximos conocedores de santo Tomás de Aquino y del Concilio Vaticano II, sobre la dimensión contemplativa del sacerdote, precisamente desde la enseñanza perenne y sólida del Aquinate y del Vaticano, el cual en esto se basa sobre todo en el Aquinate. Sin duda nos ayudará a ver la necesidad que tenemos de ser hombres de oración, hombres de Dios, y de manera especial ser sacerdotes contemplativos, por aquello que dice el mismo doctor angélico: *“Contemplata aliis tradere contemplata”*, ya que, si no contemplamos las cosas divinas, ¿qué podemos compartir a las almas? Pues los demás esperan de nosotros el que seamos sobre todo eso: hombres que -como suele decir la gente- “estamos cerca de Dios”; así mismo, lo que nuestros hermanos anhelan de nosotros es la Gracia y el Amor de Dios que atesoramos en nuestro trato con Aquél que, para decirlo con san Agustín, es el “más íntimo a nosotros que nosotros mismos” (*“intimior intimo meo et superior summo meo”*).

En el rubro intelectual el tema el P. Devin Roza, L.C. nos hace ver la actualidad del libro del Apocalipsis, sobre todo pensando en tantos miles de hermanos cristianos perseguidos por el mundo, pero en realidad válido para todos los bautizados, ya que siempre somos y seremos perseguidos de una o de otra manera. Mas sin

duda hoy percibimos un recrudecimiento contra la fe cristiana, y de manera especial contra la Iglesia católica. Por eso este artículo nos puede hacer un gran bien a nosotros y nos da herramientas para fortalecer y sostener a nuestros hermanos en la fe.

Y dado que se acerca el sínodo sobre los jóvenes y las vocaciones, en el ámbito netamente pastoral ofrecemos dos trabajos, sencillos pero útiles en nuestro trabajo con los jóvenes; por otra parte, el P. Antonio Rivero, L.C. hace una nueva entrega de su tratado sobre la predicación sagrada, que tanto nos ayuda a crecer en este campo tan esencial, y cada vez más exigente, de nuestra labor pastoral.

Presentamos así mismo dos testimonios de sacerdotes santos. Uno sobre san Juan de Ávila, un gran maestro de la Iglesia, y sobre todo en el campo de la espiritualidad sacerdotal, en la cual es experto Mons. Juan Esquerda Bifet, autor del artículo. El otro es sobre un sacerdote salesiano santo de nuestros tiempos, quien llevaba siempre consigo una serie de consejos para ser un buen sacerdote, los cuales reportamos aquí en beneficio de todos nosotros sacerdotes. El último testimonio, en cambio, se trata de una entrevista al P. Luis Laureán, L.C., biógrafo experto en San José Sánchez del Río, que va en la línea de cuanto ya se trata en el artículo sobre el Apocalipsis, y además constituye una propicia preparación de cara al Sínodo de los Obispos sobre los jóvenes y las vocaciones.

Finalmente, como tema de actualidad, el Dr. Gianfranco Amato, presidente de los juristas católicos de Italia y fundador de un partido político para la defensa de los valores humanos y cristianos en Italia, nos envía este artículo sobre las consecuencias de la ideología de género, sobre su irracionalidad e injusta agresividad como bandera actual del “pensamiento único”. Un ejemplo más de cuanto se viene diciendo y cuanto estamos viviendo los cristianos en el mundo.

Ponemos este pequeño esfuerzo en manos de Santa María de Guadalupe, para que Ella nos ayude a seguir siendo faros fieles de la Única Luz del mundo y Único Señor y Rey del Universo, Nuestro Señor Jesucristo, a quien seguimos y nos esforzamos en imitar para poder dar vida -y Vida en abundancia- a las almas que Él nos encomienda.

Quedando suyo en Cristo y Su Iglesia,

*P. Alfonso López Muñoz, L.C.
Centro Sacerdotal Logos*

CONTENIDO

■ FORMACIÓN HUMANA

- 6 **LA BASE HUMANA DEL SILENCIO, LA ESCUCHA Y LA REFLEXIÓN EN LA VIDA INTERIOR, DE ORACIÓN Y DE CONTEMPLACIÓN DEL SACERDOTE.**
P. Alfonso López Muñoz, L.C.

■ FORMACIÓN ESPIRITUAL

- 20 **LA MENTE CONTEMPLATIVA DEL PRESBITERO EN EL CONCILIO VATICANO II**
P. Ignacio Andereggen
- 53 **LAS TENTACIONES DE CRISTO Y NUESTRA VIDA ESPIRITUAL**
P. Ignacio Andereggen

■ FORMACIÓN INTELECTUAL

- 67 **EL LIBRO DEL APOCALIPSIS**
P. Devin Roza, L.C.

■ FORMACIÓN PASTORAL

- 80 **EVANGELIZAR A LOS JÓVENES Y ADOLESCENTES HOY**
P. José María Martínez Albesa, L.C.
- 84 **CADA PERSONA ES UNA MISIÓN**
Lic. María Fernanda Chávez Lozoya
- 90 **FUENTES DE LA PREDICACIÓN**
P. Antonio Rivero, L.C.

■ TESTIMONIO

- 95 **FIGURA SACERDOTAL DE SAN JUAN DE ÁVILA**
Mons. Juan Esquerda Bifet
- 99 **CONSEJOS DE UN SACERDOTE ANCIANO**
P. Jegussel
- 102 **JOSÉ SÁNCHEZ DEL RÍO, MODELO DE VALENTÍA Y FORTALEZA PARA LOS JÓVENES DE HOY**
Entrevista realizada al P. Luis Laurean, L.C., Biógrafo de San José Sánchez del Río

■ ACTUALIDAD

- 109 **LOS VERDADEROS NAZIS**
Dr. Gianfranco Amato

REDACCIÓN

Director responsable: P. Alfonso López Muñoz, L.C.

Consejo editorial: Centro Sacerdotal Logos, sede central México

Coordinación gráfica: Silvia Celeste Téllez Hernández

Coordinación Editorial: En Sacerdos velamos porque todo cuanto se escribe en nuestra revista refleje en todo momento la doctrina de la Iglesia Católica sobre cada uno de los temas tratados; sin embargo, la responsabilidad del pensamiento y de las ideas en concreto de cada artículo competen a su respectivo autor.

LA BASE HUMANA DEL SILENCIO, LA ESCUCHA Y LA REFLEXIÓN EN LA VIDA INTERIOR, DE ORACIÓN Y DE CONTEMPLACIÓN DEL SACERDOTE

P. Alfonso López Muñoz, L.C.
Doctor en Filosofía y Licenciado en Teología Dogmática



Sinopsis: El sacerdote es imagen de Cristo Sacerdote, que a su vez es imagen del Padre. Lo es a partir de lo humano. Jesús siempre contempla al Padre y cumple su Voluntad. El sacerdote ha de esforzarse por hacer otro tanto. Pero ¿cuál es la base humana de la contemplación espiritual? Reflexión en torno al silencio, la escucha y la reflexión como parte de la formación humana del sacerdote.

El sacerdote es no sólo *alter Christus*, sino *ipse Christus*, como bien recuerda el Cardenal Robert Sarah en su libro "La fuerza del Silencio", en el que habla precisamente con gran vigor sobre la necesidad de silencio que tiene nuestro mundo hoy, lleno de ruido. Y, sobre todo, Su Eminencia habla con claridad y hasta severidad de la necesidad del silencio y la oración en los sacerdotes; es decir el car-

denal es insistente en la urgencia de la recuperación de la dimensión contemplativa en la vida y acción pastoral de los sacerdotes, así como en los Obispos. Pero, en realidad, el Cardenal reclama tal necesidad para todos los hombres. La contemplativa es, pues, una dimensión necesaria del ser humano no sólo en el ámbito netamente espiritual del hombre, sino de su simple ser humano. Y esto es así porque la base de toda verdadera escucha -no sólo del prójimo sino de la vida misma, es decir de lo que la vida misma nos dice (en cristiano hemos de hablar de "Providencia Divina")-, así como toda auténtica reflexión humana que brote de la facultad intelectual, exigen el silencio y la capacidad de escuchar a Dios, a los demás y a la realidad misma como *conditio sine qua non*.

En ese sentido, resulta interesante la insistencia del filósofo francés Gabriel Marcel, pensador existencial cristiano (al menos tal desde su conversión al Catolicismo; o para decirle con el epíteto que él mismo aceptara para sí: "socratismo cristiano"), en relación a lo que él llamaba "reflexión segunda". Ciertamente él lo aplicaba de manera particular a la consideración filosófica estrictamente dicha; sin embargo, para él ya la simple actitud -y formación- sería de la inteligencia lo exigía. Es decir, el filósofo hacía ver que esa "reflexión segunda" constituye, en realidad, un "*mínimum*" de capacidad de reflexión que el hombre ha de poseer y/o desarrollar para, al mismo tiempo, contar con una 'suficiente' consciencia de sí mismo, o sea una consciencia por así decirlo *tout court*, 'a secas', dado que toda verdadera consciencia es consciencia del sujeto como sujeto pensante y *actuante* de sus propios actos, comenzando por los actos internos, que son el inicio y causa de los actos externos, es decir las acciones humanas propiamente dichas. No poseer dicha capacidad, no alcanzar esa "reflexión segunda", en realidad era para el filósofo francés un quedarse en el mundo del "tener", en contraposición al espacio vital del verdadero "ser" del hombre, como subrayará en su libro "Ser y tener" ("*Être et avoir*"), de 1935. En efecto, creemos que esa capacidad de reflexión ulterior, más profunda, es necesaria no sólo para descifrar una verdadera metafísica de la existencia sino para vivir de verdad la vida humana en cuanto tal.

Por otra parte, como bien hizo ver el fundador de la fenomenología, Edmund Husserl, en sus estudios sobre la consciencia y los estados de consciencia -y siguiendo en esto a Franz Brentano, de quien era discípulo, que no hacía sino seguir la reflexión que ya Aristóteles había llevado a cabo a detalle y con clarividencia no sólo *psicológica* sino también específicamente *fenomenológica*-, ésta siempre es "intencional"; es decir, siempre 'tiene' -se dirige hacia- un objeto. Por lo demás, si el *leit-motiv*

husserliano, el conocido “volver a las cosas mismas”, pretendía desbarazarse de todos los prejuicios que la filosofía moderna había producido en campo tanto epistemológico como metafísico, la verdad es que la famoso “epojé” de alguna manera no logró purificarse del todo del dualismo cartesianismo y del idealismo kantismo, deudores ambos de una especie de ‘consciencialismo’, por así decirlo, que, por no poner bases en una “unidad sustancial” cuerpo-alma (para decirlo con Aristóteles y con santo Tomás), viven en la división irreconciliable entre “*res extensa*” y “*res cogitans*” y entre “fenómeno” y “noúmeno” respectivamente. Aun así, el haber mostrado la capacidad de “enprejuiciamiento” -por así decirlo- de la mente del hombre es uno de los grandes méritos del pensador alemán, que por lo menos indicó la dirección correcta para una purificación de la filosofía en su necesario deshacerse del lastre que ha cargado desde el inicio de la época moderna.

En la misma línea que Husserl, pero no tanto desde la perspectiva meramente epistemológica sino del sentido común y del diario vivir, cómo sigue siendo necesario ese “retorno a la realidad” (“*retour au réel*”), en el cual insistía y hacia el cual apuntaba, en el fondo, todo el esfuerzo de un pensador original y auténtico como Gustave Thibon desde 1943, toda vez que desde 1941 buscaba escudriñar -y de alguna manera también profetizaba- “el destino del hombre” moderno. También él, como Marcel, de vuelta al Catolicismo en un momento dado de su vida y amigo del filósofo de la esperanza. De hecho, no por nada en Marcel confluye tanto el pensamiento existencial como la fenomenología, aplicada ésta a la existencia humana, por lo cual el mismo Marcel denominará a su pensamiento “filosofía concreta”. De hecho, “Ensayo de filosofía concreta” es un libro de Marcel del 1967 en el que reúne varios trabajos del filósofo, sobre todo análisis de la realidad humana en sus situaciones concretas, en las que se abre a la trascendencia, así como de los principales valores humanos y cristianos como el amor, la esperanza, la fidelidad, la familia, la paternidad... Y su obra más conocida, publicada en 1944, y quizás la que reúne sus conferencias y escritos más conocidos e importantes, “Homo viator”, lleva como subtítulo: “Prolegómenos a una metafísica de la esperanza” (“*Prolégomènes à une métaphysique de l’espérance*”), y el trabajo más importantes que dicho libro reúne es también precisamente “Bosquejo Esquema de una fenomenología y de una metafísica de la esperanza” (“*Esquisse d’une phénoménologie et d’une métaphysique de l’Espérance*”). Pero para poder llegar a la consideración y análisis de tales ‘frecuencias’ profundas del ser humano, insistimos con Marcel: es necesario el silencio, la escucha, y el desarrollo de la capacidad de reflexión personal.

En fin, todo esto para decir que el silencio, el silencio humano en cuanto tal, en primer lugar tiene que ver siempre con nuestra mente, es decir con nuestra conciencia; y, por tanto, siempre es silencio ‘de algo’ y casi siempre ‘para algo’. Por tanto, parafraseando a Husserl podemos afirmar que también el silencio es “intencional”. No se trata, pues, de un silencio sin contenido, hueco, en el que reina una especie de “nada metafísica”, como dicen algunos de un tiempo para acá, dada la omnipresencia de técnicas y religiosidades orientales en occidente en general, y ya no sólo en Europa. En efecto, si ya en tiempos de Schopenhauer y Nietzsche el mirar a Oriente era no sólo interesante sino casi un “*must*”, después de ellos en los mismos cristianos, y quizás sobre todo entre muchos católicos, esto se volvió más que una moda, más que un “snob” pasajero. Ahora bien, tales filosofías religiosas (pues no son religiones, por lo general, las orientales, dado que en ellas no hay conciencia de -y, por tanto tampoco se da la presencia de- un Dios personal) apuntan hacia esa “nada” o “nirvana”, que en realidad no se puede llamar ni pretender “metafísica”, dado que sería ésta un sinsentido, pues tal sustantivo y adjetivo en realidad se excluyen; de suyo, son una *contradictio in terminis*.

En realidad, el silencio humano, si lo es de verdad, no es un ‘vacío’ sino un ‘lleno’, es decir una ‘plenitud’, en la cual se escucha la propia conciencia. De hecho, es ese precisamente el silencio exigido por el así llamado en la espiritualidad y moral católicas “examen de conciencia”. En cambio, esa especie de excesiva valoración de las técnicas orientales de ‘meditación’ -trascendental”, pseudo- “metafísica”, etc., o como se las quiera llamar- por parte de los cristianos en realidad no refleja sino un profundo desconocimiento de la oración en general y la cristiana en particular, y no se diga ya la auténtica mística cristiana.



En ese sentido la Congregación para la Doctrina de la Fe ha hecho varios señalamientos a varios escritores católicos que en realidad no enseñan en sus libros una verdadera espiritualidad católica. Basta echar un vistazo a los documentos que ha emanado en los decenios recién pasados. En ese orden de ideas, conviene recordar y repasar en nuestros días cuanto enseña la “Carta a los obispos de la Iglesia Católica sobre algunos aspectos de la meditación cristiana”, de 1989, firmada por el prefecto de entonces de susodicha Congregación, nada menos que el gran maestro de la fe y de la oración, el futuro Benedicto XVI, hoy Papa Emérito.

Pero volvamos al tema del silencio y la consciencia. Porque sin duda es sobre todo la consciencia en *donde* (en realidad sería mejor hablar en términos de medio y no en términos locativos: desde la cual) el hombre escucha la voz de Dios; o incluso más, como se suele decir en la mejor tradición cristiana: la voz de la conciencia es de alguna manera Dios mismo, presente en su palabra interior; o para decirle con ese gran maestro de la interioridad, san Agustín: “el verbo interior”. En efecto, el santo de Hipona llegaba a definir a Dios mismo en sus “Confesiones” como Aquel que era “más interior a mí mismo que yo mismo” (“*intimior intimo meo*”) y “más grande que lo más grande de mí mismo” (“*et superior summo meo*”) (“Confesiones” III, 6, 11), y gustaba llamarlo “el Maestro interior” (Cfr. “De Magistro”).

Más aun, el ‘silencio de Dios’ del que hablan los verdaderos místicos cristianos, desde los Padres del Desierto, primero, y los grandes místicos del Medioevo, después, hasta los grandes maestros espirituales de los últimos siglos, pasando, por supuesto, por los representantes de la cumbre de la mística cristiana católica, como san Juan de la Cruz, santa Teresa de Jesús, san Francisco de Sales, santa Teresa de Lissieux (“Teresita del Niño Jesús y de la Santa Faz”), santa Isabel de la Trinidad, santa Teresa Benedicta de la Cruz (en el siglo Edith Stein)... tal “silencio de Dios”, decimos, es en realidad el mismo dejarse inundar por su Presencia Divina. No por nada una santa mística pedía a Dios, muy en la línea agustiniana, que fuera Él en ella “su mayoría”, *su mayor parte*. Esto nos recuerda el pasaje de El Señor en casa de Marta y María en Betania. En efecto, “la mayor parte” aquí coincide con “la parte mejor”, que no es sino la contemplación misma de Cristo, es decir del Misterio del Verbo Encarnado. Lo cual nos devuelve al inicio de nuestra reflexión.

Cuanto venimos afirmando como algo necesario -o *mejor indispensable*- a todo ser humano, ha de aplicarse de igual manera y con más razón al cristiano, ya que éste, el bautizado, cree firmemente que Dios se hizo hombre, y, por lo tanto, asumió en Sí mismo la

naturaleza humana, “probado en todo igual que nosotros, menos en el pecado”, como enseña la Carta a los Hebreos (4, 25), carta que por siglos se atribuyó a ese gran escrutador y sobre todo gran enamorado de la persona humana y divina de Jesús que fuera san Pablo. Tanto es así para el Apóstol, que en la Carta a los Romanos, cuando hablará del pecado y sus manifestaciones a lo largo de la historia de la Humanidad, no titubea en afirmar que el hombre es culpable de no haber reconocido a Dios en sus obras (Cfr. capítulo 1) -lo cual supone que por el ejercicio y aplicación de la sola razón a la obra de la creación es suficiente para reconocer a un Creador -el único Creador- del Universo. Acto seguido el gran apóstol de los gentiles hablará del juico de Dios al respecto (Cfr. capítulo 2). En fin, si el Verbo de Dios asumió nuestra naturaleza, ello significa que cada uno de los hombres hemos sido *asumidos en Cristo*. Es por eso que la invitación de Pablo a “revestirnos” de Cristo (Rom. 13, 14; el Apóstol volverá al verbo-imagen en la Carta a los Gálatas, así como en la Carta a los Colosenses) vale para todos. Pero de manera especial, evidentemente, vale para el cristiano, el bautizado. Ahora bien, para quien ha sido ‘con-formado’ a Cristo por el sacramento del Orden, sin duda tal “revestirse” es incluso más que una exigencia: constituye, de hecho, una imperante obligación, ya que el sacerdote es, por ‘vocación’, no sólo es *llamado* a representar a Cristo, sino que ha sido transformado ontológicamente por el sacramento del Orden en ese “Cristo mismo”, como nos recuerda muy oportunamente el Cardenal Sarah. Y nos podemos preguntar: ¿Acaso hay otro misterio, que no sea el mismo Misterio de Cristo, del Verbo Encarnado, los Misterios de Su Vida, de su Pasión, Muerte y Resurrección, y los Misterios de Su Presencia entre nosotros que son los Sacramentos -y entre estos El Gran Misterio de su Presencia Real en La Eucarística-, acaso hay otro misterio humano-divino como ese misterio que es el sacerdote mismo que requiera más silencio, escucha y reflexión para poder descubrirse a sí mismo, reconocerse a sí mismo, o mejor: reconocer el gran misterio que habita en él?

Por eso el sacerdote, más que nadie sobre la tierra, necesita, requiere el silencio. Es la verdadera por así decir “urgencia” que exige su ser mismo. Para volver a Gabriel Marcel, él hablaba de una dimensión o ‘valencia’ metafísica a la cual denominaba con el término de “exigencia”. Hablaba él de una “exigencia de ser” (“*exigence d’être*”). Pues bien, podríamos decir que la dimensión del silencio es la valencia por excelencia del sacerdote, porque lo necesita y lo requiere como lo más. ‘Su ser mismo lo exige’. Porque no se puede concebir un sacerdote consciente de lo que es si no guarda silencio. Si no dedica tiempo al silencio. Si no está un tiem-



po 'suficiente' en silencio. Porque sólo el silencio le permite al ser humano estar con Dios y estar consigo mismo; comunicarse con Dios y comunicarse consigo mismo. Comunicar significa estar unido con. Y no es superfluo el hecho de que el verbo "comunicarse" sea un verbo 'reflexivo'; es decir, la acción del verbo recae sobre el mismo sujeto, puesto que es éste el origen y causa de la acción misma. Por tanto, estar unido consigo mismo es algo que compete sólo al ser espiritual. Al ser que es capaz de lo que santo Tomás definía como la "reditio completa" (Cfr. "De Veritate", 1, 9; ver también "Super Liber De Causis", 15): es decir la capacidad del sujeto de volver sobre sí mismo. En otras palabras, la capacidad de estar presente a sí mismo en sus propios actos, sea el acto de sentir, de conocer, de querer, de decidir, de amar. En efecto, el hombre necesita lograr una consciencia mayor de sí mismo para no 'dispersarse', para no perderse en la acción, en el movimiento constante de su ser, de su mente, de su cuerpo. El hombre necesita esa "reditio", ese constante volver en sí mismo, esa dimensión de introspección ('mirar hacia dentro de uno mismo'), esa capacidad -que es en sí innata, pero que se puede ofuscar, o desvanecer, o de plano desaparecer- que tiene el ser humano de mirarse, pues, a sí mismo, pero desde su mismo interior, y así cobrar consciencia de lo que es, de quién es. Y a tal operación o movimiento interior que

es la "reditio" -"reditio completa"-, le sigue precisamente la "reflectio", la reflexión, que sería la capacidad del ser humano, toda vez que opera en sí tal "reditio", para 'mirar' hacia afuera de sí, para ver el mundo que le rodea desde su propio estatuto de 'substancia espiritual' -para decirlo con Aristóteles-, para proyectarse en su relación con ese mundo, y de manera especial con sus semejantes; en dichas relaciones aprende, aprende de la creación que le rodea, pero también aprende de sí mismo en relación sobre todo con los demás como él, con los demás hombres, que se encuentra, como él, en ese camino de aprendizaje del ser, del mundo, de sí mismo y de Dios, Creador, fundamento y sostén de cuanto le rodea y de su propio ser. Y esa "reflectio" la lleva a cabo desde su interior, de su inteligencia, desde sí mismo, desde su ser espiritual y su ser pensante; mas no desde un dualismo incomprendible y que no da justa cuenta de su ser, sino desde la unidad materia-espíritu, cuerpo-alma, que es; es decir, desde ese misterio que es el hombre, situado en el límite entre dos "mundos", del cual -de esa zona limítrofe- es "ciudadano" (santo Tomás). El problema de nuestro mundo hipersensible de hoy, o mejor: hipersensibilizado, es el hecho de que pareciera



que 'lo que no se siente no es real'. Se trata de una verdadera tiranía de los sentidos. Hemos pasado -para decirlo con Sartori- del "homo videns" al "homo sentiens", el hombre que siente. Sólo que el ser espiritual es precisamente el que es capaz de "separarse" -como enseña la antropología, realista y moderada, aristotélico-tomista- de los sentidos. Mas pareciera que hoy día el hombre es casi incapaz de llevar a cabo esta "separación", esta necesaria abstracción de (de en sentido del ex o e latino) la vida de sentido, para llegar a una verdadera vida espiritual, a través de la reflexión. Sólo

así el hombre no es sólo consciente de sus actos y de su vida, sino que únicamente así puede ser de verdad 'dueño de sí mismo'. Santo Tomás de Aquino definía esta realidad humana como "compos sui" (aunque ya los escritores latinos, y entre ellos Horacio, habían usado tal expresión): es decir, el que se contiene a sí mismo, el que se posee a sí mismo, el que de verdad es dueño de sí, 'maestro de sí mismo'. Y es que sólo así el hombre puede ser no sólo consciente de su propia vida, sino que es el único camino de ser verdaderamente hombre, ser humano. Esta tentación de vivir a nivel de los sentidos, a nivel apenas del primer paso del acto humano, no es ajena al sacerdote. El mundo sensible e hipersensibilizado que le rodea le puede 'tocar', y de hecho lo toca. Si ya todo hombre ha de estar atento a no quedarse atrapado en este nivel de existencia, el sacerdote lo ha de estar más, precisamente porque, como dirá también la Carta a los Hebreos, "todo sumo sacerdote, elegido de entre los hombres, es constituido en favor de los hombres para las cosas relativas a Dios". Y esas "cosas relativas a Dios", si el sacerdote ha de transmitir las ("aliis tradere contemplata"), no podrá hacerlo si antes él mismo no las "contempla", no las asimila, no las posee (en la medida en que la pobre mente humana puede poseerlas, claro está, pues, como dice san Pablo, "ni oído ha

oído ni ojo ha visto..."). Pero el texto sigue: "para que ofrezca dones y sacrificios de los pecados"; y esto "para que pueda compadecerse de los ignorantes y extraviados"; y añade: "porque también él está rodeado de flaqueza". Si el sacerdote olvida esto último y no pone los medios necesarios no sólo para hacer frente a su "flaqueza", sino a la tentación de vivir de los sentidos, sin silencio, sin escuchar a Dios, a su consciencia, sin escuchar lo que le enseña la vida y la Divina Providencia en su vida, sin escuchar al prójimo que reclama de él "las cosas relativas a Dios"; si el sacerdote olvida esta su misión en esta vida y se deja arrastrar por sus propio sentidos y lo que éstos reclaman de él, entonces el mundo y la "mundanidad" -para decirlo con el Papa Francisco- harán presa fácil de él. Y si es verdad que, como continúa el texto diciendo, a causa de su propia flaqueza el sacerdote "debe ofrecer sacrificios por sus pecados, así como por los del pueblo", también es verdad que el ministro de Cristo por antonomasia, el sacerdote, ha de ser el profesional de la lucha contra el pecado, al cual conduce la dispersión, es decir ese no ser "dueño de sí mismo", que, a su vez, se logra sólo por medio del silencio, la escucha, sobre todo de Dios, y la reflexión, es decir la capacidad de volver sobre sus propios actos y tomar



consciencia de su ser mismo, de su vida, de su misión, es decir de su vocación tan grande y alta que lo sobrepasa, y que por ello con más razón ha de ser de verdad un hombre de Dios, un hombre de oración, un hombre de la contemplación esas "cosas relativas a Dios".

Por ello hemos de preguntarnos: ¿Cuánto tiempo dedicamos a la oración? Pero decimos la "oración", no sólo rezar oraciones, sólo o en grupo, sino a la oración silenciosa, al contacto con el Señor, a la vez profundo y sencillo, pero contacto real con Dios? ¿Cómo me preparo a la oración, y de manera especial a la oración por excelencia que es la Celebración Eucarística? ¿Dedico un tiempo de silencio antes de celebrar la Santa Misa, a la escucha de Dios, de Su Palabra, reflexiono sobre lo que voy a hacer, o mejor, lo que Dios va a hacer por mi medio? ¿Me detengo un momento ante el crucifijo, ante una imagen de María Santísima, para pensar y valorar el Milagro Eucarística que dentro de unos momentos se llevará a cabo por medio de mis manos, frágiles y pecadoras? ¿Busco estar no sólo en Gracia de Dios, sino lo menos indigno posible antes de celebrar la Misa, habiendo reflexionado sobre mi vida y mi comportamiento, y, en caso de no estar en Gracia, pongo todos los medios para acudir al Sacramento de la Reconciliación antes de celebrar? ¿Acudo con frecuencia a ese Sacramento del perdón, sabiendo que no sólo he de vivir en primera persona y con profunda humildad la realidad de en cuanto pecador necesito de la Gracia de Dios continuamente, sino porque soy ministro de esa Gracia para mis hermanos, siempre necesitados de la misma? ¿Vivo el Sacramento de la penitencia con espíritu de reparación y con un verdadero propósito de enmienda, buscando erradicar el pecado en mi vida y aspirando a la santidad y trabajando realmente

por alcanzarla, por medio de la reflexión sobre mi vida mis actos, el examen diario de conciencia, y la oración de petición llena de confianza en Dios, mi Señor y Redentor? ¿Visito a Cristo en la Eucaristía durante el día, vivo prendido de Él, pues no puedo estar mucho tiempo sin estar en Su Presencia, no puedo dejar de mirarlo y de permitirle que me mire, recordando lo que aquel sencillo y analfabeta campesino, sentado en la última banca de la Iglesia, le decía al santo Cura de Ars, cuando éste le preguntó que qué hacía: “Le miro... y Él me mira”?

También podríamos cuestionarnos cómo rezamos el breviario, la liturgia de las Horas, que es la oración de la Iglesia entera en nuestras manos, en nuestros labios, en nuestra mente y en nuestro corazón. ¿Rezo -oro- con fervor las Horas? ¿Las rezo en y con y para la Iglesia? ¿Rezo con las Horas por los que no rezan, por los hombres que no rezan, y sobre todo por los cristianos que no rezan, que ‘no oran ni vigilan’ y por lo tanto están en riesgo de “caer en la tentación”, como dice El Maestro? ¿Rezo por mis hermanos sacerdotes, para que los sostenga en su vocación y ministerio el Único y Eterno Sacerdote? ¿Rezo sobre todo por aquellos sacerdotes que no oran, como quizás otros sacerdotes oran por mí cuando caigo en la tentación de dejar la oración, de aplazarla, de abandonarla?



¿Cuándo me dejo ganar y encarcelar por la herejía del activismo, y caigo en las garras del “hacer”, por encima de cuidar mi “ser”? ¿Cuándo el “hacer” de hecho se convierte en “tener”, y olvido mi “ser”, mi ser criatura, mi ser bautizado, mi ser sacerdote? ¿Me encomiendo varias veces al día a María mi Madre, a los santos, sobre todo a los santos sacerdotes, y de manera a especial al Cura de Ars, santo patrono de todos los sacerdotes del mundo, buscando imitar su ejemplo de vida eucarística, de vida de oración y vida interior, de unión constante con Dios Nuestro Señor, en la entrega absoluta y sacrificada a las almas hasta el heroísmo de poder decir de sí mismo que era “el hombre comido” por los demás, pero sin dejar nunca de lado la consciencia clara de pertenecer a Dios y no ser sino sólo su instrumento, aun y cuando tenía clara consciencia de que el sacerdote era no sólo “otro Cristo”, sino “el mismo Cristo” en la tierra?

También hemos de preguntarnos qué tanto conocemos la Biblia, la Palabra de Dios. Si la leemos y meditamos. Si la hacemos nuestra de verdad; y, de manera especial, los Evangelios. En efecto, preguntémosnos si conocemos íntimamente el Evangelio, o mejor: a Cristo en el Evangelio; si hacemos del mismo nuestro ‘habitat’, es decir si es el lugar en el cual vivimos, residimos (“Y los llamó para que estuvieran con Él”); si buscamos en él nuestro descanso (“Y los llamó aparte para que descansaran”). Hemos de preguntarnos si hemos asimilado el Evangelio, si ha ya conformado nuestra manera de ver, de vivir, de sentir, de amar. Si podemos decir que somos -en mayor o en menor grado, pero que estamos en ese camino de serlo- Evangelio viviente juntamente con Cristo-. ¿Leemos con frecuencia los Evangelios, oramos con ellos en la mano? ¿Buscamos conocer en ellos cada vez más a Cristo? ¿Buscamos escudriñarlos y encontrar más y más matices de la personalidad de Cristo, nuestro Señor y Maestro? ¿Soy consciente de que este es mi mayor deber, al haber sido configurado con Él en cuanto sacerdote, es decir al haber sido hecho “alter Christo”, al ser “*ipse Christo*”? Y también veamos si meditamos la Palabra de Dios sobre la cual hemos de predicar, quizás todos los días y no sólo los domingos; y aquí una vez más: sobre todo el Evangelio dominical. ¿Me centro en la Palabra, en la Palabra de Cristo, en la predicación? ¿Preparo con dedicación -con el tiempo necesario y calidad del mismo- y esmero la homilía, consciente de que es el momento único -o casi- con el que contamos para evangelizar a los fieles que Dios pone en nuestro camino y en nuestras manos sacerdotales? ¿Trato de no sólo ahondar en la Palabra de Dios y de Cristo no sólo para poder comunicarla digna y santamente, con provecho para las almas, sino también para provecho de mi propia alma? ¿Dejo que esa Palabra me interpele, me cuestione, me exija ser mejor ministro de la misma?

Por otra parte, preguntarme cómo es mi fe en los sacramentos y cuestionarme cómo los vivo en primera persona, tanto la Misa como la Confesión, como ya veíamos. Pero también preguntarme cómo los vivo de cara a los demás, como los administro, como 'reparto' a Dios a los demás, cómo comparto Su Gracia, por medio de los sacramentos en general, y de la Eucaristía y la Confesión en particular.

Y en cuanto al 'saber escuchar': preguntarme si sé escuchar al prójimo, en toda circunstancia cuando acude a mí, pero de manera especial en la Confesión, que es el sacramento del Perdón de Dios, pero también de la escucha del pecador de parte de Dios por medio del sacerdote.

¿Sé escuchar? ¿Soy paciente para escuchar? ¿Evito dar cualquier muestra de impaciencia, por mínima que ésta pudiera parecer? ¿Doy una acogida amable, serena, que inspira confianza a los feligreses? ¿Trato de que en mi rostro resplandezca el rostro de Cristo? ¿Concedo todo el tiempo necesario a las almas, sobre todo en el Sacramento de la Reconciliación? ¿Dedico el tiempo suficiente -es decir, tiempos amplios- a ofrecer el Sacramento? ¿Promuevo la Confesión con entusiasmo, estando dispuesto a ofrecerla en primera persona con generosidad? ¿En mi parroquia o misión concreta en la Iglesia, las almas

saben que pueden acudir a mí todo el tiempo y a cualquier hora, aun y cuando en ocasiones no pueda atenderlos en ese mismo momento, pero saben que saldrán de ahí con una cita concreta y un momento determinado para ser atendidos, sea en la dirección espiritual o para pedir un consejo, sea en el Sacramento del Perdón?

Y no está de sobra preguntarnos sobre nuestra relación con el crucifijo, es decir con Cristo crucificado. ¿Cómo miro al crucifijo, a los crucifijos que hay en la parroquia, en la casa curial, en mi habitación? ¿Me habla de Jesús de verdad? ¿Es a Él a quien contemplo en el crucifijo, es decir a un Cristo vivo? ¿Dedico tiempo ex profeso a contemplar el crucifijo, es decir al crucificado? ¿Hablo con Él, lo escucho a Él, busco amarlo y seguirlo en la Cruz, la cruz que Él me da o permite en mi vida, cada día, todos los días?

¿Puedo decir que soy sobre todo un contemplativo del crucifijo, es decir del crucificado, en mi vida diaria? ¿Saco todas las consecuencias de tal contemplación? ¿Dicha contemplación me motiva e inspira en la búsqueda de mi configuración con Cristo? Y si cuanto venimos diciendo vale para la vida diaria, para el día a día de la vida sacerdotal, también habría que preguntarnos sobre los otros medios más esporádicos, pero

no menos importantes que los cotidianos, que tenemos a nuestra disposición para renovarnos en el espíritu, para dejar espacio al silencio, a la escucha de Dios y de Su Palabra, de Su Santísima Voluntad en nuestra vida, como son los retiros espirituales mensuales o por lo menos frecuentes, juntamente con todo el presbiterio al que se pertenece o por lo menos con una parte del mismo. Y no se diga ya ese gran medio privilegiado, el cual nos hace tanto bien, que son los ejercicios espirituales anuales (por lo demás, prescritos por el Código de Derecho Canónico para todos los sacerdotes).

En fin, podríamos seguir con las preguntas que apelan a nuestro ser sacerdotal, a nuestra conciencia y a nuestra misión sacerdotal. Pero queda a cada uno analizar su propia vida de cara a estos elementos de base del área humana que hemos de cultivar para poder ser no sólo hombres de silencio, hombres Dios -¡es decir que escuchan a Dios!-, sacerdotes contemplativos, ministros de "las cosas relativas a Dios". Pues no olvidemos que somos no sólo "*alter Christus*", sino "*ipse Christus*": ¡todo un misterio! Un misterio que pide, que exige, para ser vivido, silencio, capacidad de escucha, y reflexión, elementos indispensables para la verdadera, auténtica y fructífera oración.



LA MENTE CONTEMPLATIVA DEL PRESBITERO EN EL CONCILIO VATICANO II

P. Ignacio Andereggen
Doctor en Filosofía y Teología

Reflexionaremos sobre el documento del Concilio acerca del ministerio y la vida de los presbíteros, *Presbyterorum Ordinis*. La perspectiva del Concilio, en este asunto, se desarrolla de modo amplio y teológico, pues la renovación de la vida sacerdotal es uno de los puntos principales de su teología. El Concilio trata ampliamente, además, el tema de los laicos, pero la reflexión acerca de los presbíteros es más original, a pesar de las ideas divulgadas más tarde.

Presbyterorum Ordinis contiene elementos teológicos muy importantes, que dependen de la confluencia entre dos grandes intereses del Concilio. Por un lado el apostólico, considerado en la vida de los laicos; y por el otro lado el del presbiterado, en la consideración profunda de Cristo como sacerdote, hecho presente por los ministros ordenados. La teología acerca del episcopado se encuentra en la Constitución *Lumen Gentium* y, a diferencia de la del presbiterado, es de carácter más jurídico, y menos teológico.

Un aspecto importante a aclarar es que algunos han interpretado el Concilio, en la *Lumen Gentium*, como tendiente a una especie de reducción del sacerdocio al tercer grado, es decir, al grado de los obispos. Como si el sacerdocio estuviese en los obispos como fuente y, desde ellos se derivase a los presbíteros. Esto es lo que muchos han comprendido y, que a su vez, alguno de los peritos del Concilio ha hecho entender¹. Posteriormente al Concilio, se reduce tendencialmente el sacerdocio al episcopado, lo que produce una gran deformación, tanto en la concepción teológica como en la vida práctica.

¹ Cf. I. ANDEREGGEN, *Sacerdocio y plenitud de vida, teología y espiritualidad sacerdotal en el Concilio Vaticano II y en Santo Tomás de Aquino*, Buenos Aires, EDUCA, 2004, 105. Esta obra es útil para la profundización de muchas perspectivas presentadas en este artículo.



Pareciera que el sacerdocio de los presbíteros deriva del sacerdocio de los obispos; esto no es así, pues el Concilio explica que el sacerdocio de los presbíteros es el mismo que el sacerdocio de los obispos. Es decir, ambos son el mismo sacerdocio y dependen directamente de Cristo. En este tema la teología del Concilio sigue a Santo Tomás de Aquino, quien manifiesta que se trata del mismo sacerdocio y que éste tiene un acto principal y un acto derivado². En el acto principal los obispos y los presbíteros son iguales, y en el acto derivado son jerárquicamente ordenados. Es decir, el principio de unidad está en el obispo y, en la acción respecto del Cuerpo Místico, el presbítero se subordina al obispo.

Es necesaria una profundización espiritual, ya que el sacerdocio de los obispos no puede cumplirse *adecuadamente* si no está dada la perfección subjetiva del obispo. Cuando no está la perfección espiritual hay mayor desproporción en el sacerdocio del obispo respecto de su ministerio que en el del presbítero. Si el obispo no tiene perfección espiritual, su episcopado se reduce a una función organizativa y jurídica externa.

² SANTO TOMAS DE AQUINO, *In IV Sententiarum*, d.24 q.3 a.2.

Podemos recordar lo dicho sobre los obispos en la *Lumen Gentium*: “Los obispos, en cuanto sucesores de los Apóstoles, reciben del Señor, a quien ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra, la misión de enseñar a todas las gentes y de predicar el Evangelio a toda creatura, a fin de que todos los hombres consigan la salvación por medio de la fe, del bautismo y del cumplimiento de los mandamientos”³. Es por eso que entre los principales oficios de los obispos se destaca la predicación del Evangelio. La consideración de estos puntos es importante, ya que la realidad del episcopado ilumina la realidad del presbiterado. Para estimar adecuadamente el ser del presbítero es necesario considerar qué es el obispo, pues el presbítero es, en cierta manera que trataremos de aclarar, un “obispo” que lo ayuda. En términos canónicos actuales se lo podría denominar, análogamente y en sentido impropio, dado que no recibe la plenitud sacramental en orden al gobierno del Cuerpo Místico, como un ‘obispo coadjutor’. Es decir, el presbítero es un igual que coopera y que tiene autoridad respecto de la obra que debe ejecutarse. Esta autoridad no es solamente derivada de modo externo, por un mandato, sino que es intrínseca, corresponde al mismo Sacramento. En esto encontramos un perfeccionamiento de la doctrina anterior en el Concilio Vaticano II; aunque no ha *definido* que el episcopado sea un sacramento, en el sentido de que sea un sacramento distinto del Orden sagrado mismo o agregado a él.

Los obispos tienen el oficio de santificar y de regir. El obispo, por estar revestido de la plenitud del sacramento del orden, es el administrador de la gracia del supremo sacerdocio, sobre todo en la Eucaristía, que él mismo celebra o procura que sea celebrada, y mediante la cual la Iglesia vive y crece continuamente⁴. Este es un punto capital, ya que el obispo cumple su función principalmente respecto de la Eucaristía. Está aquí una igualdad fundamental del obispado respecto del presbiterado, ya que en el grado del presbiterado el Sacramento del Orden se refiere, también, principalmente a la Eucaristía; esta igualdad, sin embargo, no es absoluta. Ahora bien, la Eucaristía, el sacramento de los sacramentos y la coronación de todo el orden sacramental, contiene la profundidad de todos los sacramentos. Como explica

³ CONCILIO VATICANO II, *Lumen Gentium*, LG, n.24.

⁴ LG, n.26.

Santo Tomás, la Eucaristía incluye cada uno de los sacramentos y produce el efecto de cada uno de ellos, y, por tanto, en ella está incluida toda la potencia y razón de ser del sacerdocio⁵. Por lo tanto, es necesario una concepción adecuada y profunda de la Eucaristía, sobre la cual trataremos de profundizar a continuación. Como ya decíamos, y vale la pena insistir, el obispo, por estar revestido de la plenitud del sacramento del orden, es el administrador de la gracia del supremo sacerdocio, sobre todo en la Eucaristía, que él mismo celebra o procura que sea celebrada, y mediante la cual la Iglesia vive y crece continuamente⁶. Esta Iglesia de Cristo está verdaderamente presente en todas las legítimas reuniones locales de los fieles que, unidos a sus pastores, reciben también en el Nuevo Testamento el nombre de Iglesias. Ahora bien, toda legítima celebración de la Eucaristía es dirigida por el obispo, a quien ha sido confiado el oficio de ofrecer a la Divina Majestad el culto de la religión cristiana y de reglamentarlo en conformidad con los preceptos del Señor y de las leyes de la Iglesia, precisadas más concretamente para su diócesis según su criterio⁷. El obispo incluso dirige, en la celebración de la Eucaristía, lo que no quiere decir que la celebración sea reducida a la función del obispo.

Y el texto pasa a considerar la función de gobierno. Los obispos rigen, como vicarios y legados de Cristo, las Iglesias particulares que les han sido encomendadas, con sus consejos, con sus exhortaciones, con sus ejemplos, pero también con su autoridad y sacra potestad, de la que usan únicamente para edificar a su grey⁸. Es aquí donde se encuentran las características más propias de los obispos.

En seguida el Concilio pasa a ahondar la teología del presbiterado: Cristo, a quien el Padre santificó y envió al mundo, ha hecho partícipes de su consagración y de su misión, por medio de sus Apóstoles, a los sucesores de éstos, es decir, a los obispos, los cuales han encomendado legítimamente el oficio de su ministerio, en distinto

⁵ SANTO TOMAS DE AQUINO, STh, III, q. 73. a.1.

⁶ LG, n.26.

⁷ LG, n.26.

⁸ LG, n.27.

grado, a diversos sujetos en la Iglesia⁹. La formulación de la frase es muy exacta; corresponde a la tradición y también a la doctrina de Santo Tomás de Aquino. Cristo es quien ha hecho a los presbíteros partícipes de su misión por medio de los apóstoles y de los obispos. La misión no surge de estos últimos, sino de Cristo, puesto que el presbítero está íntimamente unido y configurado a Él.

De esta manera los presbíteros reciben algo del ministerio de los obispos en la medida en que les es confiado ese ministerio por los mismos obispos. Ahora bien, lo propio del ministerio de los obispos, en lo cual se distinguen de los presbíteros, es la función *directiva*, sea en el orden sacramental o del régimen de la Iglesia. Esta función directiva es comunicada por el obispo al presbítero en diversos grados y medidas según las circunstancias históricas, culturales, etc. Sin embargo, lo principal es siempre lo referido a la Eucaristía, que es la razón última de ser de todo el ministerio sacerdotal. Así, el ministerio eclesiástico, de institución divina, es ejercido en diversos órdenes por aquellos que ya desde antiguo vienen llamándose obispos, presbíteros y diáconos. Los presbíteros, aunque no tienen la cumbre del pontificado y dependen de los obispos en el ejercicio de su potestad, están, sin embargo, unidos con ellos en el honor del sacerdocio y, en virtud del sacramento del orden, han sido consagrados como verdaderos sacerdotes del Nuevo Testamento, a imagen de Cristo, sumo y eterno Sacerdote, para predicar el Evangelio y apacentar a los fieles y celebrar el culto divino. Participando, en el grado propio de su ministerio, del oficio del único Mediador, Cristo, anuncian a todos la divina palabra. Pero su oficio sagrado lo ejercen, sobre todo, en el culto o asamblea eucarística, donde, obrando en nombre de Cristo y proclamando su misterio, unen las oraciones de los fieles al sacrificio de su Cabeza y representan y aplican en el sacrificio de la Misa, hasta la venida del Señor, el único sacrificio

⁹ LG, n.28.



del Nuevo Testamento, a saber: el de Cristo, que se ofrece a sí mismo al Padre, una vez por todas, como hostia inmaculada¹⁰.

La idea es la derivación del presbiterado respecto de la Eucaristía, así como el episcopado deriva de la Eucaristía en su causa última, su causa final, porque toda la potencia de los sacramentos depende y se contiene en la Eucaristía. Los presbíteros dependen de los obispos en el ejercicio del ministerio, pero el ministerio como tal no depende de éstos, sino de Cristo. El Concilio remarca que el presbítero no tiene la plenitud del sacerdocio, que corresponde al obispo. *Esta diferencia se funda en la diversa participación del oficio de regir de Cristo en los obispos y en los presbíteros. Pero no hay diferencia en lo principal del sacerdocio, que se ejercita en el oficio eucarístico, al cual se ordena todo lo que hace el presbítero, el obispo y el pueblo a través de ellos.* Es decir, la diferencia radica en lo secundario y no en lo principal. En lo secundario, el obispo tiene algo que no tiene el presbítero, pero en lo principal, que es la Eucaristía, ambos tienen el verdadero sacerdocio.

¹⁰ LG, n.28.

La concepción del Orden es muy amplia en el Concilio. Abarca el sacrificio eucarístico y todos los demás actos, y llega hasta el ámbito del trabajo, de una eventual profesión, etc. Estos son actos sacerdotales en cuanto se dirigen a la Eucaristía. El obispo es aquel que tiene la misión universal, *contemplativa*, no sólo en sentido subjetivo porque él es o debe ser santo, sino en el sentido ministerial, por la universalidad del Cuerpo de Cristo y del ordenamiento de sus fieles a la Eucaristía. El presbítero tiene esta misión en cuanto la deriva del obispo, es decir, que la capacidad de ordenar prácticamente el Cuerpo Místico de Cristo a la Eucaristía es subordinada al obispo. Allí reside la diferencia entre la plenitud y la no plenitud, entre el obispo y el presbítero, y no en lo principal que es la celebración del misterio eucarístico.

Dado que el presbítero tiene el mismo sacerdocio del obispo, hay que hacer desplegar toda la virtualidad contenida en este sacerdocio de una manera más amplia, de modo tal que, así como el obispo tiene una visión y una misión universal, el presbítero, a través de una formación espiritual, teológica y profesional superior, sea semejante al obispo y crezca en el ejercicio de estas capacidades.

La potencia del ministerio sacerdotal se despliega de una manera nueva en el mundo contemporáneo. Dadas las circunstancias complejas del mundo moderno, se requiere que el presbítero sea una persona superior desde el punto de vista espiritual, teológico, filosófico, y en otras capacidades que se pueden desarrollar según las aptitudes personales. Se exhorta para que todo esto colabore armónicamente en la evangelización del mundo contemporáneo y en la dirección de todo el mundo al Reino de Dios. En otras palabras, se requiere que el presbítero se ponga a la cabeza de los fieles de la Iglesia con una capacitación superior. Los fieles, a su vez, también deben tener una capacidad espiritual más desarrollada; este aspecto es tratado por el Concilio refiriéndose a los laicos en el mundo actual.

Ahora bien, para entender adecuadamente el Concilio en este punto es necesario elevar la perspectiva. No debemos referirnos a los hechos que acontecieron después del Concilio, porque están muy lejos de lo escrito en el texto. Para com-

prender lo que quería el Concilio hay que hacer una profundización teológica. La intención del Concilio era mejorar el estado de la Iglesia con una mirada más honda, contemplativa, teológica y espiritual. De ningún modo deseaba destruir lo que había antes. Esto resulta por demás dificultoso en la situación en la que nos encontramos actualmente, donde apenas tratamos de defender lo mínimo que hay en la Iglesia.

Los presbíteros, pródigos cooperadores del Orden episcopal y ayuda e instrumento suyo, llamados para servir al Pueblo de Dios, forman, junto con su obispo, un solo presbiterio, dedicado a diversas ocupaciones¹¹. *Los presbíteros son cooperadores*. La idea de cooperador implica una igualdad. En *un aspecto real* son iguales; más aún, son iguales en lo principal.

Ellos, los presbíteros, bajo la autoridad del obispo, santifican y rigen la porción de la grey del Señor a ellos encomendada, hacen visible en cada lugar a la Iglesia universal y prestan eficaz ayuda en la edificación de todo el Cuerpo de Cristo¹². Esta es también una de las claves de la teología del Concilio sobre el presbiterado. Los presbíteros tienen una visión y misión *universal* de la Iglesia y en la Iglesia. Preocupados siempre por el bien de los hijos de Dios, procuren cooperar en el trabajo pastoral de toda la diócesis e incluso de toda la Iglesia¹³. Por eso, el Concilio, entre otras disposiciones prácticas, favorece, por ejemplo, la excardinación e incardinación de los sacerdotes diocesanos. Así, la intención del Concilio está muy lejos de la exacerbación del sentido de diócesis que ha surgido después, y que implica que a veces toda la plenitud del ministerio sea reducida a la dimensión diocesana. El Concilio, por el contrario, favorecía el que un sacerdote pueda ir a otra diócesis o pueda volver según las necesidades y aptitudes que dependen de esta *visión universal*.

Por esta participación en el sacerdocio y en la misión, los presbíteros reconozcan verdaderamente al obispo como a padre suyo y obedézcanle reverentemente. El obispo, por su parte, considere a los sacerdotes, sus cooperadores, como hijos y amigos, a la manera en que Cristo a sus discípulos no los llama ya siervos, sino amigos.

11 LG, n.28.

12 LG, n.28.

13 LG, n.28.

Todos los sacerdotes, tanto diocesanos como religiosos, están adscritos al Cuerpo episcopal, por razón del orden y del ministerio, y sirven al bien de toda la Iglesia según vocación y gracia de cada cual¹⁴. Los presbíteros junto con el obispo forman un presbiterio. Es decir, es un presbiterio en el cual está el obispo o es un episcopado en el cual están los presbíteros. Los presbíteros y el obispo forman una unidad, son colaboradores y amigos. A su vez, el presbítero es consejero del obispo. Así se refiere a la Tradición, al explicar los consejos evangélicos como recomendaciones que da el amigo al amigo. No son leyes, sino recomendaciones; y, para dar una recomendación, debe haber una cierta igualdad.

En virtud de la común ordenación sagrada y de la común misión, todos los presbíteros se unen entre sí en íntima fraternidad. Respecto de los fieles, a quienes han engendrado espiritualmente por el Bautismo y la doctrina, tengan la solicitud de padres en Cristo¹⁵.

¹⁴ LG, n.28.

¹⁵ LG, n.28.

En estos elementos, se puede comprender mejor el documento *Presbyterorum Ordinis*. Este, a su vez, toma como importante punto de referencia la *Sacrosantum Concilium*, que contiene la doctrina acerca de la liturgia. Recordemos que, además del movimiento bíblico, había un movimiento litúrgico que dió sus frutos en este documento. Este posee una honda visión teológica y debe ser leído para profundizar en la doctrina sobre el presbiterado, ya que trata de modo claro el aspecto contemplativo de la liturgia, y, por lo tanto, del ministerio sacerdotal.

En efecto, la liturgia, por cuyo medio se ejerce la obra de nuestra Redención, sobre todo en el divino sacrificio de la Eucaristía, contribuye en sumo grado a que los fieles expresen en su vida y manifiesten a los demás el misterio de Cristo y la naturaleza auténtica de la verdadera Iglesia. Es característico de la Iglesia el ser a la vez humana y divina, visible y dotada de elementos invisibles, entregada a la acción y dada a la contemplación, presente en el mundo y, sin embargo, peregrina; y todo esto de suerte que en ella lo humano esté ordenado y subordinado a lo divino, lo visi-

ble a lo invisible, la acción a la contemplación y lo presente a la ciudad futura que buscamos¹⁶. *La liturgia debería producir, muy especialmente, el efecto de ordenar toda la acción a la contemplación*. La contemplación es el principio absoluto en la vida cristiana. Todos los estados de vida, los llamados contemplativos y los activos, desde el punto de vista externo, deben ordenarse intrínsecamente a la contemplación. La vida contemplativa, externamente considerada, incluye elementos activos. La vida activa, externamente considerada, también debe ordenarse a la contemplación, porque el principio básico es que todo es para la contemplación. Por supuesto, aquí no se trata solamente de la contemplación filosófica de Aristóteles, sino de la contemplación en el sentido teológico, de la unión personal con las Personas Divinas.

El Concilio, retomando la tradición y la concepción de los Santos Padres, manifiesta que la liturgia es el centro y fuente de todo. Este concepto está presente en la obra de Dionisio el Areopagita titulada *Jerarquía Eclesiástica*, un tratado acerca de los sacramentos, donde figura, por primera vez, la idea acerca de la Eucaristía como la fuente y el culmen de toda la vida de la Iglesia¹⁷. Esto es capital para entender el misterio sacerdotal. La afirmación de Dionisio es retomada posteriormente por los grandes teólogos escolásticos. Dios, que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad, habiendo hablado antiguamente en muchas ocasiones de diferentes maneras a nuestros padres por medio de los profetas, cuando llegó la plenitud de los tiempos envió a su Hijo, el Verbo hecho carne, ungido por el Espíritu Santo, para evangelizar a los pobres y curar a los contritos de corazón, como médico corporal y espiritual, mediador entre Dios y los hombres. En efecto, su humanidad, unida a la persona del Verbo, fue instrumento de nuestra salvación. Por esto, en Cristo se realizó plenamente nuestra reconciliación y se nos dió la plenitud del culto divino. Esta obra de redención humana y de la perfecta glorificación de Dios, preparada por las maravillas que Dios obró en el pueblo de la Antigua Alianza, Cristo la realizó principalmente por el misterio pascual de su bienaventurada

¹⁶ CONCILIO VATICANO II, *Sacrosantum Concilium*, SC, n.2.

¹⁷ DIONISIO AREOPAGITA, *La Jerarquía Eclesiástica*, c. III.



Pasión. Resurrección de entre los muertos y gloriosa Ascensión¹⁸. Es este el misterio de la operatividad de Cristo que se encuentra reflejada en la liturgia; es la Pasión de Cristo la que actúa, porque cuando Cristo padecía estaba vivo. Aquí retoma el texto del canon romano de la Misa que actualmente es el canon primero. La salvación era un acto humano de Cristo, acto de la Persona Divina según su naturaleza humana. Como lo explican los grandes teólogos, Cristo nos salva en cuanto hombre y especialmente nos libera de los pecados en la Pasión.

El acento en la muerte se reforzó después del Concilio y es, más bien, en este contexto, de derivación protestante. Los protestantes conciben la Pasión como una especie de acto irracional, de escándalo. Subrayan lo irracional del escándalo, es decir, lo subjetivamente irracional del escándalo. En cambio, la concepción de la tradición católica enfoca la Pasión como un acto humano de caridad. Este es el centro humano de la Pasión realizada por Cristo cuando estaba vivo y también cuando padecía. Aunque la muerte es, a su modo, instrumento de la Divinidad, no es la que produce la liberación de los pecados al modo humano, ya que cuando Cristo estaba muerto no era hombre. Cristo es hombre cuando está vivo. En la liturgia se hace presente el misterio de la operación de Cristo que tiene su culminación

¹⁸ SC, n.5.

en la Pasión, en la Resurrección y en la Ascensión. La Misa hace presente estos tres misterios que configuran una unidad. Cuando Santo Tomás explica la causalidad de la Pasión de Cristo dice que ésta principalmente nos libera de los pecados¹⁹. Por este motivo, en la Tradición la Misa es concebida como imagen representativa de la Pasión de Cristo, porque mientras estamos en este mundo necesitamos liberarnos de los pecados. Sin embargo, la Misa también hace presente la fuerza de la Resurrección de Cristo, aunque el efecto de la Resurrección no se puede recibir plenamente, debido a que tenemos que morir para después resucitar. Aún así, la Resurrección de Cristo hace su efecto especialmente en el orden espiritual. Santo Tomás dice, en la *Suma Teológica*, que la Resurrección de Cristo es causa de la resurrección de las almas y no solamente de la resurrección de los cuerpos, que todavía no tenemos²⁰. Y la Eucaristía también hace presente la Ascensión del Señor a los cielos. Cristo está resucitado corporalmente y actúa corporalmente, de manera instrumental, sobre toda la humanidad. Esa acción instrumental se realiza a través de los sacramentos y, especialmente, a través de la Eucaristía.

Todo el ser del ministerio sacerdotal deriva de este misterio eucarístico concebido en esta manera amplia. Es decir, que la Eucaristía es la *contemplación* participativa del misterio de Cristo en todos los fieles. Y, en los sacerdotes, es una *contemplación operativa* del misterio de Cristo, que lo hace presente incluso corporalmente. Es una participación operativa instrumental, puesto que el sacerdote obra en la Persona de Cristo y se configura en su Ser. En otras palabras, el sacerdote obra lo que obra Cristo y lo que Él obra es la Pasión, la Resurrección y la Ascensión a los cielos.

¹⁹ SANTO TOMAS DE AQUINO, STh, III, q. 46. a.1,a.3.

²⁰ SANTO TOMAS DE AQUINO, STh, III, q. 53. a.1.

Todo lo que hace el sacerdote deriva de estos tres misterios cuya culminación se realiza en la Eucaristía. “Por este misterio, con su Muerte destruyó nuestra muerte y con su Resurrección restauró nuestra vida. Pues del costado de Cristo dormido en la cruz nació el sacramento admirable de la Iglesia entera²¹”. Aquí *sacramento* está tomado en el sentido del principio de la *Lumen Gentium*, o sea que es el misterio de la Iglesia el que surge de Cristo.

Por esta razón, así como Cristo fue enviado por el Padre, Él, a su vez, envió a los Apóstoles llenos del Espíritu Santo. No sólo los envió a predicar el Evangelio a toda criatura y a anunciar que el Hijo de Dios, con su Muerte y Resurrección, nos libró del poder de Satanás y de la muerte, y nos condujo al reino del Padre, sino que también al realizar la obra de salvación que proclamaban, mediante el sacrificio y los sacramentos, en torno a los cuales gira toda la vida litúrgica²².

El Concilio expresa una verdad muy profunda, ya que conecta el misterio Pascual con el misterio Trinitario. Nuestro Señor Jesucristo cumple la misión del Padre: es decir, el Padre envía al Hijo. En la teología dogmática contemplamos el misterio de las misiones que manifiestan las procesiones divinas. Nosotros no podemos conocer las procesiones y la vida interna de Dios porque ello supera la capacidad intelectual de la mente creada, pero sí podemos vislumbrarla a través de lo que se manifiesta de ellas. Las procesiones divinas se revelan en las misiones, es decir en el envío de las Personas por parte de otro: el Padre envía al Hijo, y el Padre y el Hijo envían al Espíritu Santo. Mientras que la generación del Verbo la conocemos a través de la generación del Hijo que se encarna, la procesión del Espíritu Santo la conocemos a través del envío del Padre y el Hijo, para santificar a los hombres. Ahora bien, para nosotros, en el mundo presente, la Sagrada Eucaristía es la cul-

21 SC, n.5.

22 SC, n.6.

minación de esas misiones. Y, por eso, en la Sagrada Eucaristía actúa el Hijo, que se hace presente en el sacerdote que celebra y en las especies eucarísticas, y el Espíritu Santo, como se recuerda a lo largo de toda la celebración y especialmente en el *epiclesis*.

La Eucaristía es el misterio trinitario reflejado en el mundo. Por eso, no vale menos la Eucaristía que lo que hacía Cristo cuando estaba en el mundo. Las personas divinas continúan viviendo y actuando como actuaban en la Encarnación del Verbo, hecha por obra del Espíritu Santo. Los sacramentos, en su conjunto, giran alrededor de la Eucaristía y todas las acciones humanas giran alrededor de los sacramentos. En último análisis, todas las acciones humanas giran en torno a la Eucaristía. El presbítero, debido a su *contemplación operativa y colaborativa* de la Eucaristía, produce la conducción de todo hacia la Eucaristía. Se trata de una conducción espiritual, que no debe entenderse de modo pueril; no se trata simple-

mente de algo externo, sumar fieles a la Misa atrayéndola sensible y humanamente. Es una conducción operativa y contemplativa, es decir: hacer que las acciones en el Cuerpo Místico se coordinen entre sí a partir de la contemplación *del* misterio eucarístico, y a partir de la contemplación que *es* el misterio eucarístico.

Y así, por el bautismo, los hombres son injertados en el misterio pascual de Jesucristo: mueren con Él, son sepultados con Él y resucitan con Él; reciben el espíritu de adopción de hijos “por el que clamamos: Abba, Padre «y se convierten así en los verdaderos adoradores que busca el Padre. Asimismo, cuantas veces comen la cena del Señor, proclaman su Muerte hasta que vuelva». Por eso, el día mismo de Pentecostés, en que la Iglesia se manifestó al mundo «los que recibieron la palabra de Pedro fueron bautizados. Y con perseverancia escuchaban la enseñanza de los Apóstoles, se reunían en la fracción del pan y en la oración, alabando a Dios, gozando de la es-

tima general del pueblo». Desde entonces, la Iglesia nunca ha dejado de reunirse para celebrar el misterio pascual: leyendo «cuanto a él se refieren en toda la Escritura», celebrando la Eucaristía, en la cual «se hacen de nuevo presentes la victoria y el triunfo de su Muerte», y dando gracias al mismo tiempo «a Dios por el don inefable» en Cristo Jesús, «para alabar su gloria», por la fuerza del Espíritu Santo²³. Este es el misterio del cual deriva todo lo que se hace en la Iglesia con el instrumento del sacerdocio. Para realizar una obra tan grande, Cristo está siempre presente en su Iglesia, sobre todo en la acción litúrgica. Está presente en el sacrificio de la Misa, sea en la persona del ministro, «ofreciéndose ahora por ministerio de los sacerdotes el mismo que entonces se ofreció en la cruz», sea sobre todo bajo las especies eucarísticas²⁴. Hay una doble presencia de Cristo en la Eucaristía. La primera y principal, a través de las especies eucarísticas, y la segunda, a través del ministro. Por eso, la eficacia de la Misa no depende sólo de lo que se hace allí, sino también de la disposición subjetiva del ministro de su mayor o menor santidad.

Cristo mismo está presente con su fuerza en los Sacramentos, de modo que, cuando alguien bautiza, es Cristo quien bautiza. Está presente en su palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es Él quien habla. Está presente, por último, cuando la Iglesia suplica y canta salmos, el mismo que prometió: «Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos». Realmente, en esta obra tan grande por la que Dios es perfectamente glorificado y los hombres santificados, Cristo asocia siempre consigo a su amadísima Esposa la Iglesia, que invoca a su Señor y por Él tributa culto al Padre Eterno. Con razón, pues, se considera la liturgia como el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo²⁵.

Por eso, el sacerdocio cobra su sentido en la liturgia, y esto es lo que lo distingue de lo propio de los laicos. Lo que define al sacerdote es principalmente la asimilación a Cristo que obra el misterio de la beata Pasión, la Resurrección y la Ascensión. Así como Cristo es la cabeza de todo lo que se hace en la humanidad, así el que repre-

23 SC, n.6.

24 SC, n.7.

25 SC, n.7.

senta a Cristo es cabeza espiritual. El presbítero es el “anciano” porque es la cabeza espiritual del pueblo. En su capacidad espiritual se ordena la vida del Pueblo de Dios²⁶.

Con razón, pues, se considera la liturgia como el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo. En ella los signos sensibles significan y, cada uno a su manera, realizan la santificación del hombre, y así el Cuerpo Místico de Jesucristo, es decir, la Cabeza y sus miembros, ejerce el culto público íntegro²⁷. Por eso, cuando el sacerdote celebra la Eucaristía no representa sólo a Cristo, sino también a la Iglesia que se une a Cristo ejercitando el culto público de Dios. En consecuencia, toda celebración litúrgica, por ser obra de Cristo sacerdote y de su Cuerpo, que es la Iglesia, es acción sagrada por excelencia, cuya eficacia, con el mismo título y en el mismo grado, no la iguala ninguna otra acción de la Iglesia²⁸.

El Concilio, en esta Constitución *Sacrosanctum Concilium*, manifiesta el deseo de que la realización externa y práctica de la liturgia se adecue, en lo posible, a la profundidad y solemnidad del misterio. Profundiza el aspecto contemplativo de la liturgia y, por lo tanto, de la Eucaristía y del sacerdocio con una observación que proviene de la más genuina Tradición: de nuevo, se trata de la doctrina de Dionisio en la *Jerarquía Celestial* y en la *Jerarquía Eclesiástica*: son los ángeles aquellos que contemplan principalmente a Cristo, y los hombres participan de esa contemplación de los ángeles. Esto es la base de la concepción litúrgica de los Padres de la Iglesia, misma que está reflejada en estas obras del *Corpus Dionysianum* y que se continúa en los autores medievales. Por eso dice Santo Tomás que la Eucaristía es principalmente *comunió n espiritual*²⁹. La comunió n sacramental es el instrumento de la comunió n espiritual; por eso la Eucaristía se llama pan de los ángeles, puesto

26 Como deformación de esta condición, es tentación de todos los tiempos, de una manera u otra, el clericalismo. Este consiste en reducir la misión del sacerdote a un aspecto exterior, que proviene de la concupiscencia natural de ejercer poder sobre los demás, entre otras causas. La única manera eficaz de combatir este clericalismo es el acceso a la verdadera dimensión teológica y mística del ministerio sacerdotal.

27 SC, n.7.

28 SC, n.7.

29 SANTO TOMAS DE AQUINO, STh, III, q. 79. a.1.

a que son éstos los que principalmente contemplan a Dios y a Cristo. En la Eucaristía el hombre participa de esta contemplación, ya que el sentido de la Eucaristía es contemplativo.

El influjo del protestantismo sutilmente nos hace caer en una concepción dialéctica de la Eucaristía, como una especie de asimilación a un proceso de muerte y resurrección que, en el fondo, es el recubrimiento de un proceso dialéctico. Es decir, que cuanto más uno se destruye, más resucita. Esta no es la concepción auténticamente cristiana, pues la Eucaristía no es por sí misma destrucción, sino que es algo positivo.

Operativamente es el acto de caridad de Cristo que surge de esta contemplación de Dios. *Cristo nos salva en su Pasión por la plenitud de su amor, que depende de la plenitud de su contemplación de Dios.* Por eso, el Concilio acentúa este aspecto contemplativo de la liturgia como el corazón de la renovación litúrgica que pretendía hacer, pero que después se interpretó y realizó a veces de una manera externa e incluso sentimental, entre otras deformaciones.

En la liturgia terrena preparamos y tomamos parte en aquella liturgia celestial que se celebra en la santa ciudad de Jerusalén³⁰. La liturgia terrena es tomar parte en la liturgia celestial, y ésta no se lleva a cabo con símbolos sensibles, porque es perfectamente espiritual. Los símbolos sensibles son siempre símbolos de algo espiritual. Cuando entra la concepción dialéctica, *se da una inversión y lo espiritual queda subordinado a lo sensitivo*, que es donde se da este proceso de destrucción. Todas las desviaciones acerca de la concepción de la Redención de Cristo tienen un aspecto dialéctico en este sentido, ya que tienden a concebir la muerte de Cristo como destrucción del Cuerpo de Cristo que produce por sí mismo un resultado que sería la salvación. Esto no es así y, por eso, la Sagrada Escritura y la Tradición subrayan que Cristo fue *voluntariamente* a la muerte por un acto de amor de su voluntad, es decir, por caridad.

En la liturgia terrena preguntamos y tomamos parte en aquella liturgia celestial que se celebra en la santa ciudad de Jerusalén, hacia la cual nos

³⁰ SC, n.8.

dirigimos como peregrinos, y donde Cristo está sentado a la diestra de Dios como ministro del santuario y del tabernáculo verdadero³¹. La liturgia terrenal, especialmente la Eucaristía, refleja no sólo la Pasión y Resurrección, sino también la Ascensión de Cristo y el hecho de que está en el Cielo sentado a la derecha de Dios. Cantamos al Señor el himno de gloria con todo el ejército celestial; venerando la memoria de los santos esperamos tener parte con ellos y gozar de su compañía; aguardamos al Salvador, Nuestro Señor Jesucristo, hasta que se manifieste Él, nuestra vida, y nosotros nos manifestamos también gloriosos con Él. La sagrada liturgia no agota toda la actividad de la Iglesia, pues para que los hombres puedan llegar a la liturgia es necesario que antes sean llamados a la fe y a la conversión³². Este es un aspecto importante y de gran practicidad. Lo principal es la liturgia, pero no lo es *todo* en la vida cristiana, porque no todos los hombres están dispuestos para participar de la liturgia celestial que es, en el fondo, el corazón de la Eucaristía. No todos los hombres están dispuestos, porque muchos se encuentran inmersos en las cosas de este mundo de una manera irracional, es decir, de una manera que los hunde cada vez más en las cosas de este mundo y los aleja de las realidades espirituales. Por eso, es necesaria una acción *dispositiva* para la liturgia; de hecho, todo lo que sucede en el mundo debería ser disposición para la liturgia. En nuestra época esto es muy difícil de entender, ya que parece reductivo y propio de un espiritualismo que no respeta las realidades temporales. Pero esta es la verdad, porque todo lo que hacemos aquí se ordena a la Patria Celestial.

La Patria es esta *contemplación*, es la liturgia celestial; la liturgia terrenal es un símbolo de la Patria del Cielo. La liturgia que celebramos aquí es un reflejo de lo que acaece en el orden espiritual. «¿Cómo invocarán a Aquel en quien no han creído? ¿O cómo creerán en El sin haber oído de Él? ¿Y cómo oirán si nadie les predica? ¿Y cómo predicarán si no son enviados?». Por eso, a los no creyentes la Iglesia proclama el mensaje de salvación para que todos los hombres conozcan al único Dios verdadero y a su enviado Jesucristo, y se conviertan así de sus caminos haciendo penitencia. Y a los creyentes les debe predicar continuamente la fe y la penitencia, y debe prepararlos,

³¹ SC, n.8.

³² SC, n.8, n.9

además, para los Sacramentos, enseñarles a cumplir todo cuanto mandó Cristo y estimularlos a toda clase de obras de caridad, piedad y apostolado, para que se ponga de manifiesto que los fieles, sin ser de este mundo, son la luz del mundo y dan gloria al Padre delante de los hombres³³. Esta concepción es realmente revolucionaria porque, el que los fieles ordenen todo a la liturgia cambia radicalmente la vida práctica. En la modernidad estamos muy habituados a la llamada autonomía de las realidades terrenas, como dicen algunos títulos de alguna de las ediciones del Concilio en la *Lumen Gentium*, como si las cosas terrenales fuesen autónomas. En realidad no son autónomas, ya que todo depende de Dios. Es verdad que hay leyes que se dan las criaturas legítimamente, pero todo es de Dios y para Dios, y el Concilio mismo, si se lo lee bien, no habla de autonomía a no ser en términos hipotéticos. Esto se menciona en la *Gaudium et Spes*: Muchos de nuestros contemporáneos parecen temer que, por una excesivamente estrecha vinculación entre la actividad humana y la religión, sufra trabas la autonomía del hombre, de la sociedad o de la ciencia. Si por autonomía de la realidad se quiere decir que las cosas creadas y la sociedad misma gozan de propias leyes y valores, que el hombre ha de descubrir, emplear y ordenar poco a poco, es absolutamente legítima esta exigencia de autonomía. No es sólo que la reclamen imperiosamente los hombres de nuestro tiempo. Es que, además, responde a la voluntad del Creador. Pero si *autonomía de lo temporal* quiere decir que la realidad creada es independiente de Dios y que los hombres pueden usarla sin referencia al Creador, no hay creyente alguno a quien se le oculte la falsedad envuelta en tales palabras³⁴. Es decir, la autonomía de las realidades temporales o creadas no significa que no dependan, surjan y se ordenen a Dios. El

³³ SC, n.9.

³⁴ CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et Spes*, GS, n.36.

Concilio explica que esta verdad puede descubrirse incluso con la razón, y no solamente con la fe. Los filósofos de la antigüedad: Platón, Aristóteles, Plotino y otros, por medio de la razón descubrieron estas realidades. La fe católica lo hace, además, con la contemplación sobrenatural. La criatura sin el Creador desaparece. Por lo demás, cuantos creen en Dios, sea cual fuere su religión, escucharon siempre la manifestación de la voz de Dios en el lenguaje de la creación. Más aún, por el olvido de Dios, la propia criatura queda oscurecida³⁵. Evidentemente aquí se refiere al hombre en general, con su razón natural, y por tanto a todas las religiones. Cuando se trata de la Revelación de Cristo, las realidades son mucho más profundas. El hombre de fe ordena todo a Dios. Este ordenamiento se realiza jerárquicamente, por medio de la liturgia. Las actividades temporales, en el sentido auténtico, se ordenan, a través de la liturgia, a la contemplación divina. Esto supone una revolución práctica en aquel que tiene oídos para oír.

Cuando los fieles, en cambio, son educados a que se guíen, principalmente, por sus intereses temporales, continúan siendo de este mundo. Los auténticos fieles de Cristo, dice el Concilio siguiendo la Escritura, no son de este mundo.

No obstante, la liturgia es la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y al mismo tiempo la fuente de donde mana toda su fuerza. Pues los trabajos apostólicos se ordenan a que, una vez hechos hijos de Dios por la fe y el bautismo, todos se reúnan para alabar a Dios en medio de la Iglesia, participen en el sacrificio y coman la cena del Señor. Por su parte, la Liturgia misma impulsa a los fieles a que, saciados «con los sacramentos pascuales», sean «concordes en la piedad»; ruega a Dios que «conserven en su vida lo que recibieron en la fe», y la renovación de la Alianza del Señor con los hombres en la Eucaristía enciende y arrastra a los fieles a

³⁵ GS, n.36.

la apremiante caridad de Cristo. Por tanto, de la liturgia, sobre todo de la Eucaristía, mana hacia nosotros la gracia como de su fuente y se obtiene con la máxima eficacia aquella santificación de los hombres en Cristo y aquella glorificación de Dios, a la cual las demás obras de la Iglesia tienden como a su fin³⁶.

La idea es clara y generadora de otros temas tratados por el Concilio, especialmente en la *Lumen Gentium*, que es el gran documento que contiene el germen de la renovación espiritual, doctrinal, apostólica y litúrgica que proponía el Concilio. La liturgia está entendida en toda su profundidad como Misterio Divino que actúa en medio de nosotros y que consiste principalmente en la contemplación de la Eucaristía y en la contemplación que es la Eucaristía. Ésta no es simplemente la recepción externa del Cuerpo de Cristo, sino que es principalmente la comunión espiritual con Cristo. La comunión sacramental se ordena a la comunión espiritual y no viceversa³⁷. Desde la liturgia, principalmente desde la Eucaristía, surge la vida de la Iglesia, y las obras apostólicas se ordenan a esto. Es decir, la vida activa se ordena a la vida contemplativa y la acción se ordena a la contemplación. El verdadero apostolado surge de la contemplación y se ordena a ella. Como decía Santo Tomás: Dar a los otros lo contemplado³⁸. Esto significa darlo a los otros *para que ellos mismos contemplen*.

En la acción pastoral del presbítero esto tiene gran importancia, porque retroalimenta su contemplación y, por lo tanto, su eficacia pastoral. La eficacia está dada en cuanto ayuda a disponer a los demás para esta contemplación y unión profunda y vital con Dios, Trinidad de la cual surge todo y a la cual todo vuelve. Cuando se realiza esto, la propia contemplación del presbítero aumenta. Por eso, el Concilio insiste en el hecho

36 SC, n.10.

37 Entendiendo por comunión espiritual esta unión profunda y mística, y no simplemente un acto cíclico determinado y esforzado. Se trata de la comunión profunda con la vida divina producida por la gracia.

38 SANTO TOMAS, STh., III q. 1 a. 2.

de que la santificación del presbítero se realiza en la vida apostólica, en el ministerio sacerdotal, que es propiamente apostólico. El presbítero, como el obispo, cumple con la misión de los apóstoles. Recibe, al igual que los apóstoles, el envío por parte de Cristo; así como Cristo envió a los apóstoles y como Él ha sido enviado por el Padre. De este modo, *se continúa la procesión del Verbo*, a través de la operación de éstos. Es el núcleo mismo de la contemplación. Así como el Padre genera al Hijo, el presbítero en el Hijo genera a los hijos de Dios; y, por ende, no sólo como presbíteros somos hermanos de Cristo y hermanos de los hombres, sino que reflejamos al Padre como Cristo lo refleja. Quien me ve a mí, ve al Padre que me envió³⁹. Por eso, el pueblo fiel llama padre al sacerdote, y lo es de verdad. El presbítero no es únicamente hermano de Cristo y hermano de los hombres, porque el ministerio se inserta en la vida Trinitaria y tiende a ésta y se desarrolla en ésta.

El ministerio, por ende, tiene varias dimensiones que no se acaban nun-

39 Juan 14,9.



ca de descubrir, como el misterio de Cristo. San Juan de la Cruz, en un texto famoso que está incluido también en la liturgia de las horas, dice que por más que los doctores han tratado de profundizar en el misterio de Cristo, nunca han acabado de encontrar todos los tesoros⁴⁰. Así, de un modo derivado y participado, resulta en el sacerdocio. Por eso, la vida sacerdotal no se puede encerrar en un esquema apriorístico, en una figura imaginativa o racional; es misteriosa, y sus di-

40 SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico Espiritual*, 37,4.

mensiones se van descubriendo históricamente. Tiene múltiples aspectos que nunca terminan de aparecer en toda su plenitud, así como nunca aparecen en toda su plenitud en el misterio de Cristo.

La profundidad contemplativa del ministro presbítero y sacerdote produce la profundidad del pueblo. La contemplación, unión y caridad son concordes en la piedad, como dice el Misal romano en la Vigilia Pascual del Domingo de Resurrección. Se conserva en la vida lo que se respira en la fe. Desde la Eucaristía se enciende en los hombres la apremiante caridad de Cristo. Y desde la Eucaristía y la liturgia surge hacia nosotros la gracia, como de una fuente, y se obtiene con la máxima eficacia la santificación de los hombres y la glorificación de Dios⁴¹. Esto debe ser recordado continuamente, ya que la actividad cotidiana del hombre tiende a hacerle perder este sentido contemplativo. La auténtica contemplación divina participa de la mirada de Dios, que es una *visión universal*, porque Dios es el autor de toda la realidad. Por eso, el presbítero, recibiendo la misión del Hijo, *mira toda la realidad que ha sido creada en el Hijo*. Todas las cosas han sido hechas por medio de Él, y sin Él no se hizo nada de cuanto ha sido hecho⁴². Todo lo demás se ordena a la contemplación que tiene el presbítero y de ella surge. En cuanto contempla, el presbítero es cabeza del pueblo como lo es Cristo. Cristo no es cabeza simplemente porque muere y resucita corporalmente, sino que es cabeza por su mente, por la plenitud de su visión de Dios y de la comprensión de las cosas humanas, por su sabiduría. Él sabía lo que hay en el hombre⁴³. El sacerdote también es cabeza cuando participa de esta contemplación de la mente de Cristo. Nadie es verdadera cabeza o autoridad en el sentido más genuino o espiritual si no tiene la inteligencia divina. Esta es aquella con la que engendra Dios Padre al Verbo, y con el cual se une personalmente el sacerdote. Esta unión es dada no sólo por la gracia santificante, sino también, de una manera específicamente propia de la cabeza,

41 Cf. SC, n.10.

42 Cf. JUAN 1,3.

43 Cf. JUAN 2,25.

por la gracia ministerial. El ministerio exige de nosotros esta contemplación profunda. De lo contrario, se produce en el sacerdote una dicotomía interior, una desproporción y un desequilibrio que se manifiesta en otras dimensiones psíquicas inferiores, y que se refleja en la discordancia del Pueblo de Dios.

Repetidas veces ha traído este Sagrado Concilio a la memoria de todos la excelencia del Orden de los presbíteros en la Iglesia. Y como se asignan a este Orden en la renovación de la Iglesia influjos de suma trascendencia y más difíciles cada día, ha parecido muy útil tratar más amplia y profundamente de los presbíteros. Lo que aquí se dice se aplica a todos los presbíteros, en especial a los que se dedican a la cura de almas, haciendo las salvedades debidas con relación a los presbíteros religiosos. Pues los presbíteros, por la ordenación sagrada y por la misión que reciben de los obispos, son promovidos para servir a Cristo Maestro, Sacerdote y Rey, de cuyo ministerio participan, por el que la Iglesia se constituye constantemente en este mundo Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo y Templo del Espíritu Santo⁴⁴.

En resumen, a través del presbítero la Iglesia se constituye trinitariamente. El Concilio recuerda el texto de San Cipriano⁴⁵ según el cual la unidad de la Iglesia proviene de la Unidad del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo. Esa unidad crece en la Iglesia a medida que crece la vida de la Iglesia, que es siempre vida personal. La gracia produce el crecimiento de las personas como personas, al mismo tiempo que produce la unión entre ellas. Como se ha explicado anteriormente, se trata de una unión que participa de una unidad superior a la que la razón comprende, la Unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Los presbíteros, en cierta manera, participando del sacerdocio de Cristo, generan la Iglesia. Aquí se subraya nuevamente que la participación del sacerdocio en Cristo es directa. Por lo cual este Sagrado Concilio declara y ordena lo siguiente para que el ministerio de los presbíteros se mantenga con más

44 CONCILIO VATICANO II, *Presbyterorum Ordinis*, PO, proemio.

45 PO, proemio, n.1.

eficacia en las circunstancias pastorales y humanas, tan radicalmente cambiadas muchas veces, y se atiende mejor a su vida⁴⁶. Son los dos principios de los cuales dijimos que guían la teología práctica del Concilio Vaticano II, es decir: 1) profundización espiritual, y 2) atención a las circunstancias actuales y cambiantes, que hacen despertar espiritualmente toda la potencia del ministerio como participación del sacerdocio mediador de Cristo y de la Persona infinita del Verbo de Dios.

El Señor Jesús, «a quien el Padre santificó y envió al mundo» (Jn., 10, 36), hace partícipe a todo su Cuerpo místico de la unción del Espíritu con que Él está unido: puesto que en Él todos los fieles se constituyen en sacerdocio santo y real, ofrecen a Dios, por medio de Jesucristo, sacrificios espirituales, y anuncian el poder de quien los llamó de las tinieblas a su luz admirable. No hay, pues, miembro alguno que no tenga su cometido en la misión de todo el Cuerpo, sino que cada uno debe glorificar a Jesús en su corazón y dar testimonio de El con espíritu de profecía⁴⁷. La construcción del texto está basada sobre la vida trinitaria. El sacerdote es aquel que participa de la vida trinitaria de manera tal que hace continuar esa vida trinitaria en el pueblo de Dios. Por medio de Jesucristo, le ofrece al Padre el sacrificio en el que se unen todos los sacrificios espirituales porque en el Nuevo Testamento el sacrificio es principalmente sacrificio espiritual, y, por eso, no está unido, como en los pueblos paganos y como en el Antiguo Testamento, necesariamente a la destrucción de un bien temporal. El mismo sacrificio de Cristo es sacrificio espiritual y tiene su centro en la caridad suprema de Cristo, que se manifiesta, también, como ofrenda voluntaria de su vida.

A la Eucaristía se ordenan todos los sacrificios espirituales de los fieles que se realizan con gracia y caridad, y que el presbítero ofrece en la Persona de Cristo. Por esta razón, el presbítero, en comunión jerárquica con el obispo y no separado de él, es el nexo de la vida de toda la Iglesia. En el presbítero se manifiesta

46 PO, proemio, n.1.

47 PO, n.2.

no sólo la presencia del Padre y la acción de Cristo, sino también la santificación del Espíritu Santo, que es el nexo en Dios, y que produce la unión en el Cuerpo Místico. El presbítero es, por lo tanto, persona espiritual en el sentido del Espíritu Santo, y, por eso, su operación no puede reducirse a un aspecto solamente racional. Nunca puede ser irracional pero tampoco es solamente racional. Se trata de una operación misteriosa que sigue a la razón, elevada por la fe y por los dones del Espíritu Santo, que la hacen mover para conocer de una manera que no depende solamente de los objetos que se alcanzan, de las esencias de las cosas que se conocen naturalmente, sino que depende de la moción del Espíritu Santo que entra en un terreno misterioso para la razón. Hace entrar a la razón en algo que de ninguna manera puede alcanzar, sea en el orden teórico, con el don de sabiduría, de inteligencia, de ciencia, sea en el orden práctico, con el don de consejo. Como sabemos, estos dones están en todos los que tienen la gracia de Dios, aunque no siempre actúan, puesto que hay múltiples impedimentos para la operación del Espíritu Santo, que dependen de los pecados y de las imperfecciones.

Mas el mismo Señor, para que los fieles se fundieran en un solo cuerpo, en el que «no todos los miembros tienen la misma función», entre ellos constituyó a algunos ministros que, ostentando la potestad sagrada en la sociedad de los fieles, tuvieran el poder sagrado del Orden, para ofrecer el sacrificio y perdonar los pecados, y desempeñar públicamente, en nombre de Cristo, la función sacerdotal en favor de los hombres. Así, pues, enviados los apóstoles, como Él había sido enviado por el Padre, Cristo hizo partícipes de su consagración y de su misión, por medio de los mismos apóstoles, a los sucesores de éstos, los obispos, cuya función ministerial fue confiada a los presbíteros, en grado subordinado, con el fin de que, constituidos en el Orden del presbiterado, fueran cooperadores del Orden episcopal, para el puntual cumplimiento de la misión apostólica que Cristo les confió⁴⁸.

Aquí nuevamente se subraya que Cristo envía a algunos a un ministerio, y los hace partícipes de su consagración que está en la llamada Unión Hipostática, la unión

48 PO, n.2.

de la Humanidad con la divinidad. Esta gracia de Cristo como Persona, que incluye a la humanidad unida a ella, está siempre acompañada por la gracia del Espíritu Santo. La presencia del Espíritu Santo en Cristo en primer lugar lo santifica a Él. Cuando Cristo envía a los ministros en su nombre, junto con Él siempre está presente el Espíritu Santo. Por eso al ministerio presbiteral y episcopal corresponde la santidad del Espíritu Santo. Cuando no está presente se produce división, discordancia profunda.

Los presbíteros no son *servidores* de los obispos, como en algún aspecto lo son los diáconos, sino *cooperadores*: El ministerio de los presbíteros, por estar unido al Orden episcopal, participa de la autoridad con que Cristo mismo forma, santifica y rige su Cuerpo⁴⁹. Aquí no expresa el texto conciliar que la autoridad del presbítero participa de la autoridad del obispo, sino que *la autoridad del presbítero participa de la autoridad de Cristo*. Es así porque el presbítero está unido al orden episcopal, es decir, recibe el mismo sacerdocio que reciben los obispos. Por lo cual, el sacerdocio de los presbíteros supone, ciertamente, los sacramentos de la iniciación cristiana, pero se confiere por un sacramento peculiar por el que los presbíteros, por la unción del Espíritu Santo, quedan marcados con un carácter especial que los configura con Cristo Sacerdote, de tal forma, que pueden obrar en nombre de Cristo Cabeza⁵⁰. Es la doctrina de Santo Tomás y de la Tradición según la cual el carácter es una potestad espiritual y no temporal, que se utiliza para realizar actos espirituales. El bautismo confiere carácter y permite realizar actos de culto a Dios. La confirmación imprime un carácter especial que se refiere a los actos en el Espíritu Santo. El presbiterado y el episcopado confieren también carácter. Se puede discutir teológicamente si el carácter del episcopado es distinto del carácter del presbiterado. Ciertamente está claro que es el episcopado el que confiere la plenitud del sacramento del Orden, pero no hallamos en la doctrina de ningún Concilio que se confiera por este un carácter distinto.

49 PO, n.2.

50 PO, n.2.

Cristo es cabeza de todos los hombres, incluso de aquellos que no tienen fe, ya que toda la humanidad se ordena a Cristo.

El presbítero, asimilado a la Persona de Cristo, es cabeza; y en cierta manera, es cabeza espiritual de *todos* los hombres. En las épocas posteriores a la venida de Cristo se ha percibido de algún modo la importancia del presbítero en la vida de la humanidad como tal. Mencionamos la figura de Nietzsche, cuyo enemigo es el sacerdote. Especialmente en la edad moderna hay un gran resentimiento contra la figura del sacerdote. Resentimiento que hay que reconocer en su raíz teológica, ya que hay tentaciones conectadas con este resentimiento por parte de los que perciben la autoridad de Cristo y no la aceptan por diversos motivos.

Por participar en su grado del ministerio de los apóstoles, Dios concede a los presbíteros la gracia de ser entre las gentes ministros de Jesucristo⁵¹, desempeñando el sagrado ministerio del Evangelio, para que sea grata la oblación de los pueblos, santificada por el Espíritu Santo. Pues por el mensaje apostólico del Evangelio se convoca y congrega el Pueblo de Dios, de forma que, santificados por el Espíritu Santo todos los que pertenecen a este Pueblo, se ofrecen a sí mismos «como hostia viva, santa; agradable a Dios»⁵².

El *racionalismo*, que es siempre una tentación dentro de la vida cristiana en distintas épocas históricas, produce una reducción. La reducción más clara es la territorial; es decir, el presbítero limitado a la operación en un territorio. En cambio, la función originaria del presbítero es universal y anterior al surgimiento de las diócesis y a la organización eclesiástica.

Por el ministerio de los presbíteros se consuma el sacrificio espiritual de los fieles en unión del sacrificio de Cristo, Mediador único, que se ofrece por sus manos, en nombre de toda la Iglesia, incruenta y sacramentalmente en la Eucaristía, hasta que venga el mismo Señor. A este sacrificio se ordena y en él culmina el ministerio de los presbíteros. Porque su servicio, que surge del mensaje evangélico, toma

51 Atendamos a la solemnidad de la expresión.

52 PO, n.2.

su naturaleza y eficacia del sacrificio de Cristo y pretende que «todo el pueblo redimido, es decir, la congregación y sociedad de los santos, ofrezca a Dios un sacrificio universal por medio del Gran Sacerdote, que se ofreció a sí mismo por nosotros en la Pasión para que fuéramos el cuerpo de tan sublime cabeza»⁵³. Esta contemplación se inscribe en el corazón del ministerio. Es la que tiene Cristo cabeza, que *es contemplación de Dios y del pueblo desde Dios*; por lo tanto, de la armonía de todas las actividades humanas en cuanto confluyen en el sacrificio espiritual de Cristo cabeza. Por su parte, los sacrificios de los fieles adquieren su eficacia de este sacrificio espiritual y son, a su vez, sacrificios espirituales. Es decir, no condicionados en su substancia a la manera cruenta y externa en que se realiza el sacrificio de Cristo. Sin embargo, a veces reciben los fieles también la gracia de que ese sacrificio se represente de manera cruenta, por ejemplo en el martirio y en toda clase de sufrimientos que sobrellevan con la virtud de la fortaleza, subordinada a la fe, la esperanza y la caridad.

Por consiguiente, el fin que buscan los presbíteros con su ministerio y con su vida es el procurar la gloria de Dios Padre en Cristo. Esta gloria consiste en que los hombres reciben consciente, libremente y con gratitud la obra divina realizada en Cristo y la manifiestan en toda su vida. En consecuencia, los presbíteros, ya se entreguen a la oración y a la adoración, ya prediquen la palabra, ya ofrezcan el sacrificio eucarístico, ya administren los demás sacramentos, ya se dediquen a otros ministerios para el bien de los hombres, contribuyen a un tiempo al incremento de la gloria de Dios y a la dirección de los hombres en la vida divina. Todo ello, procediendo de la Pascua de Cristo, se consumará en la venida gloriosa del mismo Señor, cuando Él haya entregado el Reino a Dios Padre⁵⁴.

El texto conciliar pone en evidencia el significado de la acción sacerdotal, que abarca todos los aspectos de la realidad. En el centro de toda la actividad se encuentra la celebración del sacrificio de Cristo; inmediatamente se une la

53 PO, n.2. El entrecomillado es un texto de SAN AGUSTÍN en *La Ciudad de Dios*, 10,6; PL 41,284.

54 PO, n.2.

adoración de Dios en la vida contemplativa, que corresponde intrínsecamente a todo presbítero; sigue la predicación de la Palabra, que surge de esta vida contemplativa y que no tiene eficacia sin ella; la administración de los sacramentos, que proviene del sacrificio Eucarístico y se ordena a él; y luego todos los ministerios.

Así, por el hecho de que el sacerdote representa a Cristo, Cabeza de toda la humanidad, *todas las acciones humanas están potencialmente dentro del campo de la acción presbiteral*. Ya que las múltiples actividades del hombre tienen su centro espiritual, el presbítero es aquel que ayuda a encontrar ese centro espiritual de todas las acciones de la humanidad, así como su conexión. Eso incluye todas las acciones temporales acerca del orden de toda la realidad considerada como reflejo unitario del Ser de Dios. Por eso, la visión del Concilio es muy amplia y abarca todos los aspectos de la vida temporal que deben ser espiritualizados, sobrenaturalizados y sacramentalizados. *Esto debe hacerse de una manera contemplativa*; si se realizase de manera superficial y forzada se iría contra la esencia misma de la intentada glorificación de Dios.

El hecho de que en la actualidad se tenga, a veces, una concepción estrecha y “sacramentalista” del presbiterado, se debe a la ausencia de una adecuada profundidad al considerar, en armonía, *todos* los aspectos de la realidad, y ello en antítesis a un elemento constitutivo fundamental de la misión contemplativa del presbiterado, que es la *universalidad* con que se ve desde Cristo. Paradójicamente, después del Concilio se vivió en la Iglesia una especie de *reduccionismo*. Por una parte, se ve la realidad temporal y los laicos con su autonomía, y por otra, los presbíteros como «capellanes» de los laicos. Es esta una visión profundamente distorsionada, porque Cristo es *real Cabeza de todos los hombres*, que deben ordenar el conjunto de la creación a Dios. El presbítero debe tener esa visión profunda que abarque todos los aspectos de la realidad. Por eso mismo, en el documento sobre la formación presbiteral, *Optatam Totius*, el Concilio insistía sobre la amplitud de la concepción filosófica, puesto que no se puede con-

siderar contemplativamente el *conjunto* de la realidad sin la filosofía. Hasta el punto que alguien que no tiene ninguna capacidad filosófica no puede ser presbítero, porque es intrínseco a su misión el que tenga esa capacidad intelectual. El presbítero debe ser una persona inteligente porque representa a Cristo cabeza. Cristo es cabeza intelectualmente, y no principalmente de modo físico. El presbítero *debe cultivar su inteligencia* porque el perfeccionamiento intelectual radica en su misión propia; más aún, en la constitución ontológica de su presbiterado, en cuanto representa la Persona de Cristo cabeza de todos los hombres y de toda la realidad. Pero en la práctica, y sobre todo en las circunstancias actuales, esto es muy difícil de cumplir. Por eso, en la mente del Concilio los presbíteros de nuestra época deberían tener una formación superior a la que había antes del Concilio; mas lamentablemente esto no siempre se logra.

Los presbíteros, tomados de entre los hombres y constituidos en favor de los mismos en las cosas que miran a Dios para ofrecer ofrendas y sacrificios por los pecados, moran con los demás hombres como hermanos. Así también el



Señor Jesús, Hijo de Dios, hombre enviado a los hombres por el Padre, vivió entre nosotros y quiso asemejarse en todo a sus hermanos, fuera del pecado. Ya le imitaron los santos apóstoles; y el bienaventurado Pablo, doctor de las gentes, «elegido para predicar el Evangelio de Dios», atestigua que se hizo a sí mismo todo para todos para salvarlos a todos. Los presbíteros del Nuevo Testamento, por su vocación y por su ordenación, son segregados en cierta manera en el seno del pueblo de Dios, no de forma que se separen de Él, ni de hombre alguno, sino a fin de que se consagren totalmente a la obra para la que el Señor los llama. No podrían ser ministros de Cristo si no fueran testigos y dispensadores de otra vida distinta de la terrena, pero tampoco podrían servir a los hombres si permanecieran extraños a su vida y a su condición. Su mismo ministerio les exige de una forma especial que no se conformen a este mundo; pero, al mismo tiempo, requiere que vivan en este mundo entre los hombres, y, como buenos pastores, conozcan a sus ovejas y busquen incluso atraer a las que no pertenecen todavía a este redil, para que también ellas oigan la voz de Cristo

LAS TENTACIONES DE CRISTO Y NUESTRA VIDA ESPIRITUAL

P. Ignacio Andereggen
Doctor en Filosofía y Teología



Santo Tomás, luego de referirse a la vida de Cristo en la cuestión 40 de la tercera parte de la *Suma Teológica*, nos introduce poco a poco en los misterios que narran los Evangelios. En primer lugar, comienza preguntándose, en la cuestión 41, acerca del sentido que tuvo la tentación de Cristo.

Hay que tener en cuenta que siempre el sentido de los misterios de la vida de Cristo es el de nuestra salvación. Si Cristo quiso ser tentado en el desierto, lo fue para nuestra redención. No ciertamente porque Él pudiese sacar una utilidad espiritual de la tentación, ni tampoco porque Él tuviese debilidad de modo tal que pudiese caer en la misma. Quiso ser tentado, por el contrario, únicamente por causa de nuestra salvación.

De esta manera, el fin de la encarnación es la salvación de los hombres. La manifestación de la verdad y todo lo que hace Cristo en este mundo responde a ese fin de la

y se forme un solo rebaño y un solo Pastor⁵⁵.

Como ya anotábamos antes, estos son los dos polos, pues, que aparecen en la arquitectura general del Concilio, es decir: 1) una radicación profunda en el misterio y 2) un acercamiento a la vida de los hombres de nuestro tiempo. Los presbíteros están separados del pueblo, pero, al mismo tiempo, son enviados al pueblo. Están separados del pueblo en cuanto el pueblo es aún terrenal, y son enviados al pueblo en cuanto éste tiene que transformarse desde Cristo. El presbítero es la cabeza de esta transformación en cuanto representa a Cristo. No es el presbítero quien se tiene que adecuar a la mentalidad de este mundo; es el mundo el que se tiene que adecuar a la mente de Cristo, representado por el presbítero. Pero esta excelsa misión no tendrá eficacia alguna sin profundidad contemplativa en su mente.

55 PO, n.3.

encarnación. También su tentación, como todos los otros misterios, está en función de esta finalidad.

Ahora bien, ¿cómo pudo ser tentado Cristo? Nos dice claramente el Evangelio: “Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo”¹ En efecto, no solamente se nos dice que fue tentado, sino que fue llevado por el Espíritu Santo para serlo. Es decir que en la tentación de Cristo se da de una manera muy especial aquel fin por el cual las Personas divinas del Verbo y del Espíritu Santo fueron enviadas por el Padre para la salvación de toda la humanidad.

Cristo quiso ser tentado: Primero, para proporcionarnos auxilio contra las tentaciones. Por esto dice Gregorio en una homilía: *No era indigno de nuestro redentor querer ser tentado, Él que había venido para ser muerto; para que así venciese nuestras tentaciones con las suyas, lo mismo que aniquiló nuestra muerte con la propia*²

Es todavía una continuación del misterio de la encarnación: así como Cristo asumió nuestra pobreza para darnos la riqueza, así también asumió las tentaciones para liberarnos de ellas, de la misma manera que aceptó voluntariamente la muerte para liberarnos de nuestra muerte. Esto también lo enseña San Juan Damasceno, Padre de la Iglesia, el cual resume la doctrina de patrística oriental, cuando enseña que “Cristo asumió aquello que necesitaba ser liberado, aquello que necesitaba ser salvado”³ Nuestra persona necesitaba ser salvada, pero también nuestra vida espiritual, todos nuestros actos en conjunto. Todo lo que hacemos y pensamos, el discurso de nuestros pensamientos debe ser salvado, pues lo principal que hay en el hombre no son sus acciones exteriores ni lo que hace con la materia, transformando las cosas; sino por el contrario, lo principal que hay en el hombre es su vida espiritual, sus pensamientos. Y esa sucesión de ideas, reflexiones, afectos, etc., que constituyen lo más propio nuestro, tiene que ser salvado por Cristo.

No basta la pobreza, que es un desprendimiento de las cosas. Si somos pobres y, al mismo tiempo, nos dejamos llevar por la tentación, la pobreza no cumple su función. En efecto, no sirve porque lo principal es lo que está en el mismo hombre, es decir, sus pensamientos, su espíritu, el discurso de lo que piensa, sus afectos, la sucesión de sus estados de ánimo, como señalábamos más arriba. Y lo principal es, sobre todo, el querer de su voluntad, es decir, todo aquello sobre lo cual puede actuar la tentación de manera directa, cuando se refiere a lo sensible, y de manera indirecta, cuando por

1 Mt 4,1

2 *5Th* III, q. 41, a. 1, c.: “Christus tentari voluit, primo quidem, ut nobis contra tentationes auxilium ferret. Unde Gregorius dicit, in homilía, non erat indignum redemptori nostro quod tentari voluit, qui venerat et occidi, ut sic tentationes nostras suis tentationibus vinceret, sicut mortem nostram sua morte superavit.”

3 Cf. San Juan Damasceno, *Exposición de la fe*, III, 17-19 (61-63)

esa disposición sensible se cambia el espíritu.

Cristo asumió la tentación para liberarnos del influjo del demonio, que actúa en la tentación, pero, además, por motivo de nuestra precaución. En efecto, Cristo asumió la tentación igualmente para que tengamos cuidado, para instruirnos:

[...] a fin de que nadie, por santo que sea, se tenga por seguro e inmune a la tentación. Por lo que también Él quiso ser tentado después del bautismo, porque, como dice Hilario en el *Comentario al Evangelio de San Mateo: las tentaciones del diablo se ceban especialísimamente en los santos, porque no hay victoria que más apetezca que la lograda sobre los mismos*. De ahí que también en *Eclo 2, 1* se diga: *Hijo, si vienes a servir al Señor, mantente firme en la justicia y el temor, y prepara tu alma para la tentación*.⁴

Es decir que Cristo, absolutamente santo por tener la gracia plena, perfecto en su vida espiritual humana –además de ser Dios–, quiso asumir la tentación para darnos a conocer que cuanto más adelante se va en la vida espiritual, tanto más se está sujeto a la tentación, por cuanto el demonio ataca especialmente a los santos. Además, asumió la tentación “[...] para enseñarnos el modo de vencer las tentaciones del diablo. Por esto escribe Agustín, en el cuarto libro del *De Trinitate* que Cristo se ofreció al diablo para ser tentado, a fin de ser el mediador para superar sus tentaciones, no sólo con la ayuda, sino también con el ejemplo.”⁵

Por tanto, para superar las tentaciones debemos hacer lo mismo que Cristo hizo. A propósito de esto, explica San Ignacio en sus *Ejercicios espirituales* cómo luchar y cómo discernir la tentación, esto es, cómo detectar dónde está el engaño del demonio.⁶ Jesucristo quiso ser tentado, por último, “[...] para infundir en nosotros la confianza en su misericordia. Por esto se dice en *Hb 4, 15*: *No tenemos un Sumo Sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, pues fue tentado en todo, a semejanza nuestra, menos en el pecado*.”⁷

4 *5Th*. q. 41, a. 1, c.: “Secundo, propter nostram cautelam, ut nullus, quantumcumque sanctus, se existimet securum et immunem a tentatione. Unde etiam post baptismum tentari voluit, quia, sicut Hilarius dicit, super Matth., in sanctificatis maxime diaoli tentamenta grassantur, quia victoria magis est ei exoptanda de sanctis. Unde et Eccli. II dicitur, fili, accedens ad servitutem Dei, sta in iustitia et timore, et praepara animam tuam ad tentationem.”

5 *Ibidem*: “Tertio, propter exemplum, ut scilicet nos instrueret qualiter diaboli tentationes vincamus. Unde Augustinus dicit, in IV de trin. Quod Christus diabolo se tentandum praebuit, ut ad superandas tentationes eius mediator esset, non solum per adiutorium, verum etiam per exemplum.”

6 Ver capítulos XLIII: “El discernimiento espiritual en quienes comienzan la práctica de la vida cristiana” y XLIV: “El discernimiento espiritual en quienes progresan”.

7 *5Th* III, q. 41, a. 1, c.: “Quarto, ut nobis fiduciam de sua misericordia largiretur. Unde dicitur Hb. IV, non habemus pontificem qui non possit compati infirmitatibus nostris, tentatum autem per omnia, pro similitudine, absque peccato.”

El señor quiso compartir el estado en el que nosotros nos encontramos cuando somos sujetos de la tentación, pero no de manera tal que tuviera nuestra debilidad de poder caer en ella. Ciertamente no podía caer, no tenía ningún pecado: ni el original, ni mortal, ni venial. Tenía, por el contrario, la plenitud de la gracia para poder liberarnos del pecado. De haber tenido la misma debilidad nuestra de poder caer en el pecado, no nos hubiera podido redimir pues no habría tenido la fuerza para ello. La redención, en efecto, significa que nosotros recibimos su santidad. La recibimos de Él, vale decir, de su humanidad, de su mente, de su corazón, de sus acciones. Recibimos gracia, que es la gracia capital, es decir, la gracia de la Cabeza del Cuerpo.

Por eso Cristo nos manifiesta su misericordia al estar sujeto a la tentación como nosotros y permitir el ataque del diablo. Ciertamente, el diablo en verdad atacó a Cristo. Sin embargo, Él tenía la fuerza para vencerlo ya que era el Hijo de Dios y, por tanto, era Dios, lleno de toda gracia en su humanidad. Por esto, al asumir nuestras tentaciones, recibimos la confianza, en primer lugar, de que nos comprende y, luego, de que está cerca de nosotros. En segundo lugar, la confianza de que podemos vencer las tentaciones por la unión a Él. En efecto, cualquier género de tentación puede ser vencida por la unión con Cristo.

El demonio nunca puede engañar a una persona de modo tal que no vea la verdad, ni puede debilitarla de modo tal que se aparte del bien. La unión con Cristo es infalible, pues por su poder divino, por su plenitud de gracia, venció las tentaciones. Es interesante notar lo que enseña Santo Tomás acerca de una objeción que puede surgir en nuestras mentes leyendo los Evangelios, donde parece decirse que el demonio conocía quién era Cristo: Tentar equivale a someter a prueba. Esto no se hace más que acerca de algo desconocido. Ahora bien, la virtud de Cristo era conocida incluso por los demonios, pues en Lc. 4, 41 se lee que *no dejaban hablar a los demonios, porque sabían que él era el Cristo*. Luego parece que no convino que Cristo fuese tentado.⁸ Si los demonios sabían quién era Cristo, ¿cómo lo iban a tentar, sabiendo también que serían vencidos? Pero la doctrina teológica de Santo Tomás enseña que, en realidad, los demonios no sabían verdaderamente quién era Cristo. En efecto, creían saber más o menos quién era, pero no lo sabían con el conocimiento de la fe.

Como escribe Agustín en el noveno libro de *La Ciudad de Dios*, *Cristo se dio a conocer a los demonios tanto cuanto Él quiso; no en cuanto es la vida eterna,*

⁸ *Sth III*, q. 41, a. 1, ob 1.

sino por ciertos efectos temporales de su virtud, por los cuales podían lograr alguna conjetura de que Cristo era el Hijo de Dios. Pero como, por otra parte, veían en él ciertas señales de flaqueza humana, no conocían con certeza que era el Hijo de Dios. Y por este motivo quiso [el diablo] tentarlo. Esto es lo que se da a entender en Mt 4, 2-3, donde se dice que, *después que tuvo hambre, se le acercó el tentador*, porque, como comenta Hilario, *el diablo no se hubiera atrevido a tentar a Cristo de no haber descubierto en él, mediante la flaqueza del hambre, la condición humana*. Y esto mismo es manifestado por el modo de tentarle cuando le dijo: *Si eres Hijo de Dios*. Gregorio comenta esta frase diciendo: *¿Qué significa este exordio de la conversación sino que conocía que el Hijo de Dios había de venir, pero que no pensaba que hubiera venido por medio de la debilidad del cuerpo?*⁹

Como enseñan los Padres de la Iglesia, Cristo se manifestó en debilidad para atraer al demonio y, así vencerlo. El demonio sospechaba algo de Cristo, al menos que era un hombre especial. En cierta manera, sospechaba que era elegido por Dios y que, incluso, era aquél del cual hablaban las Escrituras. Pero no sabía que Cristo era Dios mismo, el Verbo de Dios, el Creador del universo, el infinitamente Santo. El demonio no lo podía conocer, si bien sabía que tenía una relación especial con Dios. Sin embargo, como Cristo estaba sujeto a la debilidad –tenía hambre, etcétera– y era como los otros hombres, el demonio se acercó a tentarlo como si fuera solamente un hombre, si bien se trataba sin duda de un hombre especial, elegido y cuidado por Dios, santo. Se acercó a tentarlo, pero Cristo venció al demonio.

Esto mismo que sucede como anticipo espiritual en la tentación de Cristo, se da de manera definitiva en la pasión. En ella, el demonio ataca de manera definitiva. Cuando llega la hora de Cristo –su Hora–, lo ataca a través de los hombres malos: de los judíos, que lo crucifican; de los romanos, que lo hacen crucificar; de sus discípulos que lo traicionan; de la gente, que se aleja, cambiando su actitud de una semana a otra. Lo ataca de muchas maneras pensando que era la forma de vencerlo, porque nunca tuvo fe en el Hijo de Dios. En efecto, el demonio no tiene fe, y por eso nunca pudo saber que Ese era Dios, que muriendo en la cruz lo vencería y le sacaría todas las almas que él quería alejar de Dios.

Cristo vino a destruir las obras del diablo, no usando de su poder, sino más bien padeciendo de él y de sus miembros, para, de este modo, vencer al diablo

⁹ *Sth III*, q. 41, a. 1, ad 1.

con la justicia, no con el imperio, como explica Agustín en el decimotercer libro del *De Trinitate: El diablo hubo de ser vencido, no por el poder de Dios, sino por la justicia*. De ahí que en las tentaciones de Cristo debe considerarse lo que hizo él por su propia voluntad y lo que padeció del diablo. Y el ofrecerse al tentador fue obra de su propia voluntad.¹⁰

Nuestro Señor quiso ser tentado aunque no sufrió la tentación como nosotros. Él eligió; fue al desierto para ser tentado, más aún, lo llevó el Espíritu Santo para ello, porque esa era la obra de nuestra salvación. Así como después quiso ir a Jerusalén sabiendo que iba a morir, quiso padecer por los hombres para la salvación de todos ellos.

Por esto se dice en Mt 4, 1: *Jesús fue llevado al desierto por el Espíritu para que fuese tentado por el diablo*. Lo cual, dice Gregorio, debe entenderse del Espíritu Santo, es a saber: *para que su Espíritu lo condujese allí donde le encontraría el espíritu maligno para tentarle*. Pero toleró al diablo que lo tomara, (y lo llevara) ya sobre el alero del templo, ya a un monte muy alto. Y no es de admirar, como añade el mismo Gregorio, que permitiese ser llevado por el diablo a un monte. Él que consintió ser crucificado por los miembros de aquel. Pero el ser llevado por el diablo no debe entenderse como algo ineludible, sino porque, como escribe Orígenes, *le seguía a la tentación como el atleta que avanza libremente*.¹¹ Es decir, quien iba delante, en la tentación del Señor, era el mismo Jesucristo. En efecto, Cristo corría y el diablo lo seguía para tentarlo. De la misma manera hacían los Padres que se iban al desierto, los primeros monjes. Ellos, ciertamente, iban al desierto para luchar contra el demonio. Vemos así, como la tentación del Hijo de Dios nos ilumina acerca de nuestra vida espiritual, al igual que todos sus demás misterios.

Cristo, por su propia voluntad, se presentó al diablo para ser tentado, lo mismo que también, por su propia voluntad, se ofreció a sus miembros [a los hombres que obedecen al diablo, miembros del diablo] para que le matasen; de otra manera, el diablo no se hubiera atrevido a acercarse a él.¹² De haber sabido con certeza que era el Hijo de Dios, no se hubiera atrevido a acercarse, puesto que siendo orgulloso no quiere que lo venzan.

El diablo solicita más bien al que se encuentra solo, porque, como se dice en Ecl 4, 12, *si alguien prevalece contra uno, dos le hacen frente*. Y ésa es la

¹⁰ *STh* III, q. 41, a. 1, ad 2

¹¹ *Ibidem*.

¹² *STh* III, q. 41, a. 2, c.: “Christus propria voluntate se diabolo exhibuit ad tentandum, sicut etiam propria voluntate se diabolo exhibuit ad occidendum, alioquin diabolus eum advenire non auderet.”

explicación de que Cristo se retirase al desierto, como a un campo de batalla, con el fin de ser tentado allí por el diablo. Por lo cual dice Ambrosio en el *Comentario al Evangelio de San Lucas que Cristo era impulsado deliberadamente al desierto para provocar al diablo*. Pues si aquel, es decir, el diablo, no hubiera combatido, este, a saber, Cristo, no hubiera vencido.¹³

Es decir, Cristo fue a la lucha, a la pelea. Como Cristo era Dios y, por tanto, en su humanidad era perfectamente santo, se encaminó solo al desierto. Si el diablo no hubiera combatido, Cristo no habría vencido. Nuestra salvación es también participación de la victoria de Cristo –por eso nos resulta tan difícil lograrla–, porque la salvación de los hombres no es simplemente recibir el influjo de Cristo, sino que es también participar del poder de Cristo y de su victoria. Estamos llamados a ser como Cristo, que es quien tiene un poder inmenso y divino para luchar y vencer a todos los demonios. Por eso el que es perfecto, el que está en la vía unitiva, el que está en unión con Dios, como explica San Juan de la Cruz, puede vencer a todos los demonios y estos no le molestan¹⁴.



¹³ *Ibidem*: “Diabolus autem magis attentat aliquem cum est solitarius quia, ut dicitur Eccl. IV, si quisquam praevaluerit contra unum, duo resistunt ei. Et inde est quod Christus in desertum exivit, quasi ad campum certaminis, ut ibi a diabolo tentaretur. Unde Ambrosius dicit, super Luc., quod Christus agebatur in desertum consilio, ut diabolum provocaret. Nam nisi ille certasset, scilicet diabolus, non iste vicisset, idest Christus.”

¹⁴ Cf. NO, II, 23.

Mientras tanto, nos encontramos en el desierto para combatir –junto con Cristo–, pues nosotros no tenemos la infinita santidad del Redentor, que es la Persona del Verbo, ni la plenitud de gracia de su humanidad. Por el contrario, somos personas humanas, sujetas a la tentación, por un lado, pero por otro, capaces de vencerlas en cuanto permanecemos unidos a Nuestro Señor Jesucristo. Cristo hizo esto misteriosamente con el fin de liberar del destierro a Adán, el cual había sido arrojado del Paraíso al desierto. Y, ejemplarmente, lo hizo para manifestarnos que el diablo tiene envidia de los que tienden a lo más perfecto. Encontramos aquí, nuevamente, esta idea de los Padres de la Iglesia, de que el diablo tienta a los que tienden de verdad a la perfección; y a estos, ciertamente, los persigue más. Sin embargo, esto no es razón para huir de la tentación y del combate, sino más bien para asumirlo con mayor fortaleza, es decir, para imitar a Cristo, que fue al desierto a propósito para luchar contra el demonio. Sabiendo que no somos el Hijo de Dios, y teniendo conciencia de nuestra pequeñez, limitación y pecado, vamos al desierto unidos a Cristo¹⁵, aunque también entre nosotros –y uno a otro nos manifestamos la tentación, como decía San Ignacio¹⁶–, entonces allí está Cristo.

Pero esa tentación no se soporta solo. No se combate solo contra el demonio, sino que se le enfrenta con el poder de Cristo. Esto se da misteriosamente, casi sacramentalmente, cuando se manifiesta la tentación, cuando se comparte la debilidad para recibir la fuerza de Cristo, que se hace presente de maneras distintas en los miembros de la Iglesia; cuando está presente en el que nos guía espiritualmente o en la persona a la que le abrimos el corazón para que nos ayude a vencer la tentación. En la misma cuestión 41 de la tercera parte de la *Suma Teológica*, Santo Tomás trata de la tentación de Cristo después del ayuno. Lo hace en el artículo tercero de esa cuestión. Todo lo que sucede en la vida de Cristo tiene un sentido espiritual. Como decía San Buenaventura, la muerte de Cristo significa nuestra muerte al pecado¹⁷, de la misma manera que los otros misterios de la vida de Cristo tienen por sentido nuestra vida espiritual. Jesucristo quiso ser tentado a propósito después del ayuno, lo cual tiene un sentido espiritual, que Santo Tomás analiza en este artículo, de la siguiente manera:

Cristo quiso ser tentado a propósito después del ayuno. Primero, para ejemplo. Porque, siendo perentorio para todos defenderse contra las tentaciones, como queda dicho, al haber ayunado Él antes de la tentación futura, nos enseñó que necesitamos armarnos con el ayuno contra las tentaciones. De ahí que el Após-

15 Cf. Mt 18,20

16 Cf. San Ignacio de Loyola, *Constituciones*, 263; *Carta a Ascanio Colonna* (1, 254-255).

17 Cf. *In III Sententiarum*, dist. XIX.

tol enumere el ayuno entre las *armas de la justicia*, en 1 Cor 6, 5.7.¹⁸

Esto significa que hay que luchar activamente contra las tentaciones. El ayuno, así como otras penitencias, significan el dominio de nuestro espíritu sobre nuestra sensibilidad. Cuando por la gracia de Dios emprendemos el ayuno o las penitencias, ejercitamos la gracia en el dominio de nuestra sensibilidad. Así, quitamos la ocasión para las tentaciones, no sólo las de querer comer sino también las de cualquier otro tipo. Por otra parte, Cristo ha querido con ello, “mostrar que el diablo ataca incluso a los que ayunan para tentarlos, lo mismo que hace con los que se dedican a obras buenas.”¹⁹ El hecho mismo de ayunar, aunque es necesario para el combate espiritual, no significa de suyo que la persona se libere de las tentaciones. Como hemos visto ya, el diablo tienta con mayor ahínco a los que van más avanzados en el camino de la santidad. Por eso, así como Cristo es tentado después del bautismo, es tentado también después del ayuno. Después de haber recibido una gracia –o de haberla ejercitado– somos especialmente tentados.

Cristo tenía toda la plenitud de la gracia, y la manifestaba en el bautismo para nosotros –puesto que en el bautismo se manifiesta la presencia de la Santísima Trinidad en el mundo, a partir de la venida del Salvador–, como así también en el ayuno, en el que se ejercita el combate contra las tentaciones por parte del mismo Jesucristo. El diablo no distingue entre Cristo y los otros hombres. Esto es así porque no tiene fe en Cristo como el Hijo de Dios. El diablo hace con Cristo lo mismo que hace con nosotros: nos ataca, también, después del ayuno.

Por lo cual escribe el Crisóstomo en el *Comentario al Evangelio de San Mateo: Para que aprendas cuán gran bien es el ayuno, y la calidad de escudo que reviste contra el diablo, y cómo, después del bautismo, es necesario entregarse al ayuno y no a la lascivia, ayunó Cristo, no porque necesitase del ayuno, sino para instruirnos a nosotros.*²⁰

18 *5th III*, q. 41, a. 3, c.: “Convenienter Christus post ieiunium tentari voluit. Primo quidem, propter exemplum. Quia, cum omnibus, sicut dictum est, immineat se contra tentationes tueri; per hoc quod ipse ante tentationem futuram ieiunavit, docuit quod per ieiunium nos oportet contra tentationes armari. Unde inter arma iustitiae apostolus ieiunia connumerat, II Cor. VI.”

19 *Ibidem*: “Secundo, ut ostenderet quod etiam ieiunantes diabolus aggreditur ad tentandum, sicut alios qui bonis operibus vacant.”

20 *Ibidem*: “Unde Chrysostomus dicit, super Matth., ut discas quam magnum bonum est ieiunium, et qualiter scutum est adversus diabolium; et quoniam post baptismum non lasciviae, sed ieiunio intendere oportet; Christus ieiunavit, non ieiunio indigens, sed nos instruens.”

Dicho de otra manera, esos medios ascéticos que están en la Tradición de la Iglesia desde su origen, siguen siendo necesarios para luchar contra las tentaciones. Santo Tomás da todavía una tercera razón, cuando afirma que “al ayuno siguió el hambre, que dio al diablo audacia para acometerlo.”²¹ El diablo, que no tenía fe en la divinidad de Cristo, lo atacó porque lo veía como un hombre débil, puesto que tenía hambre. Ciertamente lo veía especialmente santo, pero se animó a atacarlo porque tenía hambre. De otra manera no hubiera ido contra Él, puesto que hubiera tenido la certeza de quedar vencido.

*Cuando el Señor tuvo hambre, como dice Hilario en el Comentario al Evangelio de San Mateo, no fue porque la necesidad se desligase ocultamente sobre él, sino porque abandonó su condición de hombre a su propia naturaleza. El diablo no debía ser vencido por Dios, sino por la carne. De donde, como escribe el Crisóstomo, en el ayuno no fue más allá que Moisés y Elías, a fin de que no apareciese como increíble su encarnación.*²²

Esta es una de las ideas centrales de la consideración y meditación de la encarnación de Cristo. A partir de ella, Dios quiere que el combate espiritual sea hecho por el mismo hombre. Cristo nos salva en cuanto hombre; vence al diablo en cuanto hombre, pero con la potencia de Dios, porque Él es Persona divina.

En el ayuno se manifiesta especialmente la condición humana de Cristo. Por eso Cristo ayuna, como también lo hicieron los Santos Padres del Antiguo Testamento. No fue más allá de Moisés y Elías en el ayuno para significar que Él asimila totalmente nuestra condición humana. Cuando siente hambre es porque quiere sentirla, es decir, deja que la naturaleza humana sea la que es. Hace que toda su gracia no fluya, que no se vuelque sobre su naturaleza en su parte corporal, de modo tal que aparezca y sea como todos los hombres.

Cristo tenía ya en ese momento toda la gracia que tuvo luego en su resurrección. No fue superior la gracia en aquel momento a la que tuvo ya desde el principio, pero en este –y, también, antes, aunque de modo pasajero, en la transfiguración– la gracia se manifiesta como invadiendo toda su naturaleza, de una manera esplendorosa y gloriosa. En cambio, durante todos sus días de vida

²¹ *Ibidem*: “Tertio, quia post ieiunium secuta est esuries, quae dedit diabolo audaciam eum aggrediendi.”

²² *Ibidem*: “Cum autem esuriit dominus, ut Hilarius dicit, super Matth., non fuit ex subreptione inediae, sed naturae suae hominem dereliquit. Non enim erat a Deo diabolus, sed a carne vincendus. Unde etiam, ut chrisostomus dicit, non ultra processit in ieiunando quam Moyses et Elias, ne incredibilis videretur carnis assumption.”

mortal anteriores a la pasión, Él hace que su gracia no se manifieste sobre su humanidad en vista de la salvación de los hombres. De esta manera, se les asimila en todo, salvándolos como hombre. Además, los hace participar de otras maneras misteriosas como, por ejemplo, uniéndolos en la pobreza y en el ayuno y, así, haciéndolos participar de esa victoria. De esta forma, somos también nosotros los que tenemos que vencer luchando contra las tentaciones. Esta victoria nuestra unida a la de Cristo nos introduce profundamente en el misterio de Dios. Si Dios hace y permite que la vida humana sea tan difícil como lo es de hecho, es porque quiere llevar a los hombres a una condición muy elevada. Se trata, así, de un parecido muy grande con lo que Él es. En el artículo siguiente, el Aquinate se pregunta por qué los Evangelios muestran la tentación en el orden que en ellos se presenta; a lo cual responde que, “*La tentación que viene del enemigo se produce a modo de sugestión*, como dice Gregorio. Pero la sugestión no puede hacerse a todos de la misma manera, sino que a cada uno se le sugiere algo entre las cosas que constituyen sus aficiones.”²³

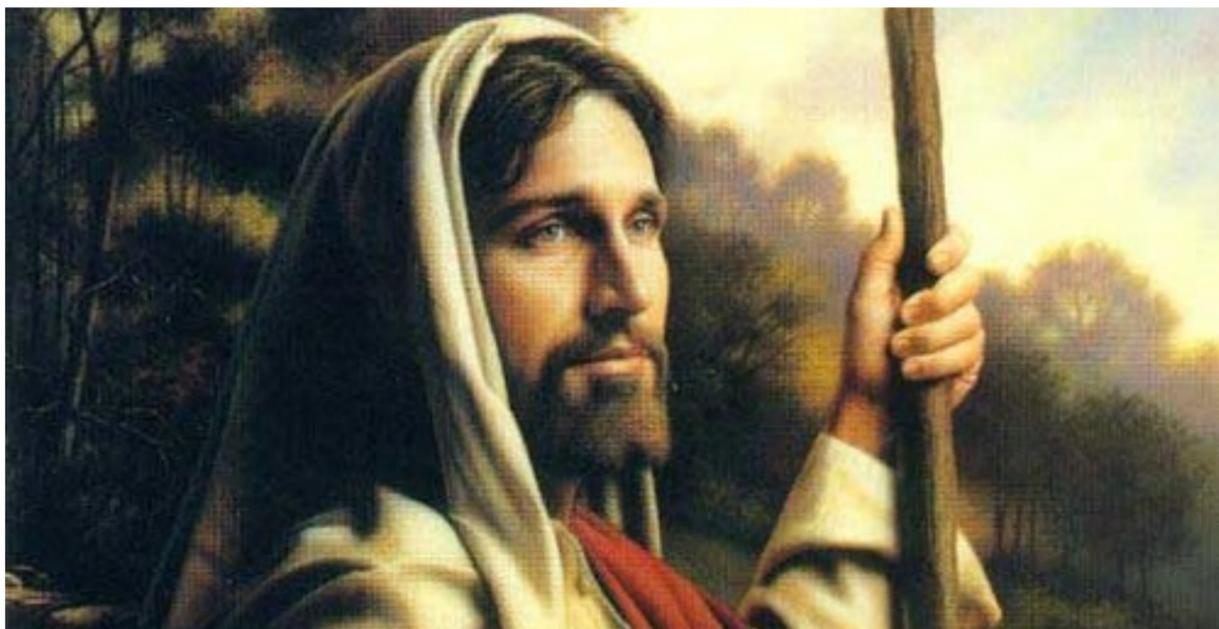
La sugestión aparece como una exageración que viene del mal influjo espiritual de tendencias que ya poseemos. Por eso es tan necesario el ayuno, ya que la tendencia a alimentarnos es de orden básica. Más aún, es parte de la naturaleza humana e, incluso, un deber moral. El problema está en que al ser tan básica manifiesta también el desorden elemental o primero, fundamental, proveniente del pecado original y de nuestros, pecados. Luego, el ayuno es signo de la lucha –lucha real y eficaz– contra ese desorden fundamental.

Y, por este motivo, el diablo no tienta desde un principio al hombre espiritual con pecados graves, sino que comienza poco a poco con los leves, para llevarlo luego a los más graves. De donde Gregorio, en el trigesimoprimer libro de la *Moral*, comentando las palabras de Job 39,25 –*Huele de lejos la batalla, las arengas de los jefes y el alarido del ejército*–, escribe: *Se dice justamente que los jefes arengan y que el ejército emite alaridos, porque los primeros vicios se desligan en la mente engañada bajo cierta apariencia de razón; pero los innumerables que luego se siguen, arrastrando al alma a toda clase de locuras, confunden como con un bestial alarido.*²⁴

²³ *5th III*, q. 41, a. 4, c.: “Tentatio quae est ab hoste, fit per modum suggestionis, ut Gregorius dicit. Non autem eodem modo potest aliquid omnibus suggeri, sed unicuique suggeritur aliquid ex his circa quae est affectus.”

²⁴ *Ibidem*: “Et ideo diabolus hominem spirituales non statim tentat de gravibus peccatis, sed paulatim a levioribus incipit, ut postmodum ad graviora perducatur. Unde Gregorius, XXXI *Moral.*, exponens illud iob XXXIX, procul odoratur bellum, exhortationem ducum et ululatum exercitus, dicit, bene duces exhortari dicti sunt, exercitus ululare. Quia prima vitia deceptae menti quasi sub

Se trata del procedimiento que ya explicaba San Ignacio: el demonio realiza sus acciones bajo la apariencia del bien y/o de cosas razonables, como sucede en este caso. Esta es la tentación en cierta manera más razonable, vale decir, la que se apoya sobre la tendencia natural a la alimentación. Por ser una necesidad tan elemental y básica puede tornarse muy fácilmente en un desorden a través de esta realidad –el alimento– que es un bien en sí. En realidad, lo es hasta un límite, luego del cual deja de serlo. Es necesario aquí recordar la doctrina tradicional, según la cual al principio de la vida de la gracia no se tiene la capacidad de discernimiento espiritual. En efecto, fácilmente se tiende a superar ese límite al cual nos referíamos. Y este procedimiento es el que siguió el diablo en la tentación del primer hombre. Pues, en primer lugar, solicitó su mente con la comida de la fruta prohibida, diciendo en Gn 3, 1: ¿Por qué os ha mandado Dios que no comieseis de todos los árboles del paraíso? Luego lo tentó de vana gloria, cuando dijo: *se abrirán vuestros ojos*. Finalmente llevó la tentación hasta la extrema soberbia, al decir: *Seréis como dioses, concedores del bien y del mal*. Y este mismo orden guardó también con Cristo.²⁵



quadam ratione se ingerunt, sed innumera quae sequuntur, dum hanc ad omnem insaniam pertrahunt, quasi bestiali clamore confundunt.”

²⁵ *Ibidem*: “Et hoc ídem diabolus observavit in tentatione primi hominis. Nam primo sollicitavit mentem primi hominis de ligni vetiti esu, dicens, Gn. III, cur praecepit vobis Deus ut non comederetis de omni ligno Paradisi? secundo, de inani gloria, cum dixit, aperientur oculi vestri. Tertio, perduxit tentationem ad extremam superbiam, cum dixit, eritis sicut dii, scientes bonum et malum. Et hunc etiam tentandi ordinem servavit in Christo.”

Por esto mismo afirmamos anteriormente que el diablo no distingue entre Cristo y los hombres. El demonio, en la tentación, usa el mismo mecanismo desde el principio hasta el final. Usó el mismo en la tentación de Adán y en la de Cristo, y utiliza el mismo en nuestras tentaciones.

Y este mismo orden guardó también con Cristo. Porque, primero, le tentó con lo que apetecen los hombres por muy espirituales que sean, a saber: con la sustentación de la vida corporal mediante el alimento. En segundo lugar, pasó a aquello en que, a veces, caen los varones espirituales, esto es, en hacer algunas cosas por ostentación, proceder que se encuadra en la vanagloria. Por último, llevó la tentación a lo que ya no es propio de los varones espirituales, sino de los carnales, es decir, a desear las riquezas y la gloria del mundo *hasta el desprecio de Dios*. Y esta es la razón de que, en las dos primeras tentaciones, dijese: *Si eres el Hijo de Dios*; pero sin decirlo en la tercera, que no puede convertir a los varones espirituales, que son hijos de Dios por adopción, como les convienen las dos primeras.²⁶

Ocurre que esas tentaciones más profundas implican ya la pérdida de la condición de hijo de Dios, la soberbia extrema y la búsqueda de las cosas mundanas.

Cristo hizo frente a estas tentaciones con testimonios de la Ley, no con el poder de su virtud, *a fin de que, de ese modo, honrase más al hombre y castigase en mayor grado al enemigo, como si el enemigo del género humano fuese vencido no por Dios, sino por el hombre*, como dice el Papa León.²⁷

Santo Tomás apela a la Patrística para manifestar el testimonio de la Tradición respecto a la comprensión de la vida de Cristo, y de este combate espiritual del que venimos hablando. Insiste sobre el punto de que los Padres de la Iglesia enseñaron que el Redentor vino al mundo para que el hombre como tal venciese al diablo, para que el poder de la victoria fuese del mismo hombre.

²⁶ *Ibidem*: Et hunc etiam tentandi ordinem servavit in Christo. Nam primo tentavit ipsum de eo quod appetunt quantumcumque spirituales viri, scilicet de sustentatione corporalis naturae per cibum. Secundo, processit ad id in quo spirituales viri quandoque deficiunt, ut scilicet aliqua ad ostentationem operentur, quod pertinet ad inanem gloriam. Tertio, perduxit tentationem ad id quod iam non est spiritualium virorum, sed carnalium, scilicet ut divitias et gloriam mundi concupiscant usque ad contemptum Dei. Et ideo in primis duabus tentationibus dixit, si filius Dei es non autem in tertia, quae non potest spiritualibus convenire viris, qui sunt per adoptionem filii Dei, sicut et duae primae.”

²⁷ *Ibidem*: “His autem tentationibus Christus restitit testimoniis legis, non potestate virtutis, ut hoc ipso et hominem plus honoraret, et adversarium plus puniret, cum hostis generis humani non quasi a Deo, sed quasi ab homine vinceretur, sicut dicit Leo Papa.”



EL LIBRO DE APOCALIPSIS COMO UN MENSAJE DE ESPERANZA PARA LOS CRISTIANOS PERSEGUIDOS

P. Devin Roza, L.C.

Licenciado en Sagrada Escritura y Filosofía
Prefecto General de Estudios de la Legión de Cristo

En efecto, cuando estamos unidos a Cristo, vencemos nosotros. Participamos de la victoria de Cristo, y no se trata de algo que solamente recibimos de Dios. Ciertamente somos nosotros los que vencemos, pero vencemos por el don de Dios, por la gracia que nos concede. Vencemos nosotros humanamente, pero porque nuestra humanidad está elevada más allá de ella misma. Está divinizada porque nuestra humanidad se asimila al misterio del Verbo encarnado, el cual es Dios y hombre en la misma Persona. De esta manera, también nosotros continuamos la encarnación. Poseemos nuestra humanidad, pero unida a la divinidad en la Persona de Cristo. De ahí que vencemos en la comunidad de la Iglesia: Jesucristo es Cabeza de la comunidad de la salvación, es decir, de los que vencen en el combate espiritual.

Este artículo fue tomado con autorización del libro "Experiencia Espiritual" Una introducción a la vida mística (pgs. 33-47) escrito por el P. Ignacio Andereggen, quien se ha doctorado en Filosofía y en Teología en la Pontificia Universidad Gregoriana, donde enseña en las Facultades de Filosofía y de Teología. Es docente también en el Pontificio Ateneo Regina Apostolorum de Roma. Anteriormente había obtenido la Licenciatura en Filosofía en la Universidad Católica Argentina (UCA) con Medalla de Oro, donde ha permanecido como profesor titular de Filosofía y de Teología en las Facultades de Filosofía y de Derecho. Ex-investigador del CONICET de la República Argentina, es socio correspondiente de la Pontificia Academia de Santo Tomás de Aquino y de la Religión Católica. En su haber tiene diversas publicaciones entre las cuales: *La metafísica de Santo Tomás en la Exposición sobre el De divinis nominibus de Dionisio Areopagiata* (Buenos Aires 1989), *Introducción a la Teología de Tomás de Aquino* (Buenos Aires 1992) (traducción italiana: *Introduzione alla teologia di San Tommaso*, Dehoniane, Roma *Contemplación filosófica y contemplación mística, desde las grandes autoridades del siglo XIII a Dionisio Cartujano (s. XV)* (Buenos Aires 2002); publicaciones de la Editorial de la Universidad Católica Argentina; *Sacerdozio e pienezza di vita* (Roma 2003) Edizioni Dionysius. Ha colaborado en la *Storia della Teologia* de Edizioni Dehoniane (Roma-Bologna) con los artículos sobre San Alberto Magno, Santo Tomás y sus discípulos.

Tengo la alegría de enseñar en teología el libro de Apocalipsis. Es uno de los libros más difíciles de la Biblia; de hecho, quizás el más difícil, y, a la vez, uno de los más incomprensibles. Pero también estoy convencido de que es uno de los libros más importantes y más actuales de la Biblia, especialmente para los cristianos que están sufriendo algún tipo de persecución.

¿Cuándo y para quién fue escrita la revelación?

San Irineo, que vivió y escribió hacia el año 180 d.C., nos dice que el libro del Apocalipsis fue escrito hacia el final del reinado del emperador romano Domiciano, poco después del año 90 d.C. Irineo sabía esto con certeza, dado que nació en Esmirna, una de las siete ciudades que menciona el libro del Apocalipsis, además de que cuando era joven escuchó en primera persona la predicación de San Policarpo, que era discípulo del apóstol Juan. Los estudiosos hoy están prácticamente de acuerdo con dicha fecha. El libro del Apocalipsis fue dirigido a siete iglesias en la región de Asia menor, que hoy es Turquía. La situación de los cristianos en dicha región durante ese tiempo no era fácil. Ser perseguido por tu fe, si querías ser fiel a ella, era una parte integral del ser cristiano.

Persecución de los cristianos en el momento de la revelación

¿Qué se siente ser cristiano a finales del primer siglo en Asia menor? ¿Y qué dice, cómo habla el libro del Apocalipsis a quien se encuentra en una situación tal? En este artículo buscaré explorar precisamente cuál era la situación que los cristianos enfrentaban en Asia menor al final del primer siglo, y también trataré de hacer ver cómo el libro del Apocalipsis les ofrecía -y nos ofrece hoy a nosotros también- un mensaje de esperanza. Poseemos una copia de una carta de Plinio al emperador Trajano, la cual es del año



112 d.C. Tenemos también una copia de la respuesta del emperador Trajano a aquél, quien era gobernador de la región del Ponto, donde se encuentran precisamente las siete ciudades a las que se refiere el Apocalipsis. Plinio menciona en su carta a una “superstición absurda y extravagante”, misma que se estaba extendiendo y a la cual se le denominaba “cristianismo”. Plinio describe cómo estos cristianos se reúnen para una comida durante la cual cantan a un tal Cristo como si fuera una divinidad; y se unen por medio de un juramento solemne por el cual se comprometen a no cometer fraude ni adulterio, a no robar y a no mentir. Plinio describe cómo está

lidiando con los acusados de seguir tal superstición perniciosa: les pregunta si son cristianos, y si dicen que sí, entonces les da dos oportunidades para arrepentirse; pero si no se arrepiente, entonces los manda matar. Si niegan que son cristianos, les pide que lo demuestren invocando en voz alta a los dioses paganos de los romanos y les hace adorar la estatua del emperador; y también les pide que maldigan el nombre de Jesús. Si ellos están dispuestos a hacer esto, los deja libres; de lo contrario son inmediatamente castigados con la muerte.

El emperador Trajano responde a Plinio diciéndole que hace bien en actuar de esa manera, ya que el cristianismo es un precedente muy peligroso, además de que es bastante extraño, dice, “al espíritu de nuestros días”. Sin embargo, Trajano indica Plinio que, por otra parte, no debe de ir en busca de los cristianos, sino que más bien ha de limitarse a procesar los casos de aquéllos que son acusados por otros. En Asia menor, hacia el año 112, bastaba con que alguien te acusara de ser cristiano para que te colocases en una situación en la que tenías que elegir entre negar tu fe y salvar tu vida, o bien afirmar tu fidelidad a Cristo aceptando la muerte. Esta era la situación a tan sólo veinte años después de que el libro del Apocalipsis fuera escrito. Precisamente ésa era la situación para los cristianos de las siete iglesias.

¿Persecución organizada o no organizada?

A comienzos del siglo XX los eruditos asumían que la situación de los cristianos bajo Domiciano era básicamente la descrita o peor que ésa: si se les acusaba de ser cristianos y no estaban dispuestos a negar su fe, entonces eran condenados a muerte.

Por citar un ejemplo, el estudio más importante sobre el trasfondo cultural y social del libro del Apocalipsis de principios del siglo XX fue “Las cartas a las siete iglesias”, de William Mitchell Ramsay, escrito en 1904. En él se dice que la persecución en el tiempo del libro del Apocalipsis era incluso peor que la descrita en la carta de Plinio a Trajano. En lugar de tratarse sólo de acusaciones esporádicas, en realidad en el momento en que se escribe el libro del Apocalipsis la persecución contra los cristianos era “un intento organizado de combinar todos los elementos posibles en orden a exterminar a los cristianos”. Se trata, pues, según Ramsay, de algo bien organizado por el gobierno imperial de Domiciano, que buscaba, de hecho, destruir al cristianismo. La mejor descripción sobre dicha época imperial la encontramos en el comentario crítico internacional de R. H. Charles, en el cual se dice lo siguiente que “en los últimos días de Domiciano la confesión del nombre de Cristo equivalía a una negativa a adherirse a las afirmaciones del emperador a la divinidad, y, por lo tanto, exigía la pena de muerte”. A manera de ejemplo, Charles cita Apocalipsis 13, v. 15, en donde se nos dice que los que no adoren a la bestia serán condenados a la muerte. Eso se escribía en 1920.

En los años ‘90 dos estudios importantes desafiaban tal posición asumida como válida sobre el hecho de que los cristianos en Asia menor vivían perseguidos en los tiempos en que el libro del Apocalipsis se escribió. En primer lugar, en 1990, Leonard L. Thompson publicó el libro “Apocalipsis e Imperio”, en el que argumentó que había poca persecución en el momento en que se escribió el Apocalipsis. Más bien, afirma, los cristianos vivían en paz en esos tiempos del Imperio, con poco o nulo peligro para sus vidas. Según Thompson, la crisis supuesta existía sólo en la mente de san Juan y en la de algunos de sus lectores.

Dos años más tarde, en 1992, Brian Jones publicó el libro “El emperador Domiciano”, en el cual él propuso una historia revisada sobre dicho emperador. Sobre éste, Jones argumenta que, si bien es cierto que la mayoría de los historiadores romanos antiguos suelen ser más bien negativos en su presentación de Domiciano -sobre todo porque lo presentaban como una simple ‘punta de lanza’ del emperador Trajano, de tal manera que retratando a Domiciano en la peor luz posible, de

esa manera retrataban a su vez a Trajano en la mejor luz posible. Contrariamente a los antiguos historiadores romanos, Jones argumentó que Domiciano de hecho no necesitó el ser tratado como un Dios, ya que era un emperador muy eficiente en su misión como tal, aunque, eso sí, al menos ligeramente autócrata y despiadado. En estos dos libros, por tanto, hemos pasado de la versión clásica de una persecución desde arriba, auspiciada por el estado, a una historia revisada en la que, en realidad, hubo muy poca, o, de hecho, nula persecución. Desde entonces, los historiadores han lidiado con las dificultades que tanto Jones como Thompson presentaron, tratando en todo caso de llegar a una conclusión más equilibrada. El péndulo, como era de esperarse, ha oscilado de aquí para allá y de allá para acá, aunque intentando descansar en el centro.

Académicos como Craig Koester y David De Silva han argumentado con éxito el que, si bien es cierto que Domiciano probablemente no organizó la persecución de los cristianos a gran escala, también es cierto que hay testimonios que afirman que la gente en Roma comenzó a referirse a él como al *dominusque deus*, es decir como al 'Señor y Dios'. También señalan que después de su muerte el Senado inmediatamente pasó un *memoriae memoriae* y ordenó que todas sus estatuas fueran destruidas. Aun y cuando los historiadores romanos posteriores hayan podido haber exagerado algo sus defectos, es un hecho que durante la época de Domiciano las tendencias a la adoración del emperador crecieron, especialmente en Asia menor. Ahora bien, los eruditos más recientes han descubierto que en lugar de una persecución organizada desde arriba, durante ese período de tiempo en Turquía la situación en realidad era peor, lo cual es muy aleccionador para nosotros hoy día.

En efecto, en lugar de una persecución organizada desde arriba, había en cambio un conflicto creciente y cada vez más peligroso, pues con frecuencia la persecución era llevada a cabo por parte de dos bandos, de tal manera que más allá de la posible persecución por parte del Emperador, era la misma sociedad en general la que veía a los cristianos como extraños, e incluso como una amenaza a su prosperidad económica y social. Es decir, la persecución no era vertical, sino horizontal. Y la persecución horizontal también puede ser muy aterradora. Una cosa es el hecho de que algunos cuantos hombres enviados por el estado van a buscarte; otra muy distinta es el hecho de que toda la sociedad en la que vives te considera una amenaza. Ahora bien, si tal situación se perpetúa, entonces se convierte no sólo ya en una persecución horizontal

real, sino también en una persecución vertical. Y eso es precisamente lo que Juan y sus compañeros cristianos están percibiendo durante el período en que se escribe el libro del Apocalipsis.

Un mensaje de esperanza

Durante el resto de este artículo hablaré sobre el tipo de persecución que los fieles de la Revelación realmente enfrentaban al final del primer siglo de nuestra era en Asia menor, y cómo es que el libro de Apocalipsis les habló con un mensaje que podía cambiar sus vidas y lo que vivían. Quiero hacerlo presentando cuatro pasajes diferentes del libro del Apocalipsis, pues cada uno presenta un tipo diferente de mensaje de esperanza para los cristianos perseguidos. Echaremos una mirada a "la bestia", a "la segunda bestia" o "falso profeta", a "la ramera de Babilonia" y, finalmente, a "la novia de Cristo". Para empezar, echemos un vistazo a 'la bestia del Apocalipsis', en el capítulo 13 del libro.

La primera bestia: ver el poder corrupto para lo que es.

En el libro del Apocalipsis capítulo 12 Juan vio una visión de una mujer vestida con el sol, que da a luz a un hijo, el Mesías, pero que es atacado por un terrible dragón con siete cabezas y 10 cuernos. Juan nos dice que el dragón es "la serpiente antigua", "Satanás", y que él ha



venido a la tierra para hacer la guerra a los hijos de la mujer, esto es, a la Iglesia, a los cristianos.

Después Juan ve en el capítulo 13 a una bestia que se parece mucho al dragón (Ap. 13, vv. 1-2): "Y vi salir del mar a una bestia que tenía diez cuernos y siete cabezas, y en sus cuernos diez diademas, y sobre cada una de las cabezas había nombres blasfemos. Y aquella bestia que vi era semejante a un leopardo, con las patas como de oso y la boca como de león. Y le entregó el dragón su fuerza, su trono y gran poder".

¿Quién es esta bestia? Aquí me permito compartir la clave para interpretar correctamente el libro del Apocalipsis. La 'llave' para abrir correctamente el libro del Apocalipsis es casi siempre el Antiguo Testamento. El libro del Apocalipsis es el libro

de toda la Biblia que más alude al Antiguo Testamento; muchos eruditos encuentran en él unas 800 referencias al Antiguo Testamento. Por tanto, para entender quién es la bestia, debemos mirar al Antiguo Testamento.

La bestia que Juan ve tenía la boca de un león, los pies de un oso, y era similar a un leopardo. También tenía siete cabezas y diez cuernos. ¿Algo de esto te suena familiar? En el libro de Daniel, capítulo siete, Daniel tiene una visión en la que se presentan cuatro bestias. La primera es un león, la segunda un oso, la tercera un leopardo con cuatro cabezas y la cuarta se trata de una bestia sin nombre, pero la cual tenía diez cuernos. La visión de Juan combina las cuatro bestias de Daniel capítulo 7. Un león, un oso, un leopardo, diez cuernos, siete cabezas. Si sumamos las cabezas de las cuatro bestias de Daniel 7, se obtienen un total siete: uno más uno, más cuatro, más uno. La clave para entender a la bestia de la Revelación, entonces, son las cuatro bestias de Daniel. Pero... ¿quiénes eran las cuatro bestias de Daniel?

Daniel nos dice explícitamente que son cuatro reyes y cuatro reinos. En Daniel 7, v. 17, se dice: “Las cuatro grandes bestias representan cuatro reyes, que surgen de la tierra”. Después en Daniel 7, v. 23 se dice que tales reyes representan cuatro reinos que devoran y destruyen la tierra. Ahora bien, debemos preguntarnos: ¿En quién pensaban los lectores del libro del Apocalipsis cuando oyeron acerca de esta bestia, que es a la vez un rey y un reino, que gobierna el mundo y que recibe su trono y autoridad de Satanás? La respuesta es obvia: la bestia es el emperador romano, y el imperio es el impero que éste representa. Pero hay más en la historia: es de notar el hecho de que la bestia es una especie de copia del dragón. Al igual que el dragón, la bestia tiene siete cabezas y diez cuernos, y actúa con el poder del dragón. ¿Nos suena esto a algo conocido? Por ende, al parecer la visión de Juan nos quiere mostrar cómo la bestia es una especie de anti-Cristo. Hemos de reflexionar: Jesucristo es la imagen de Dios Padre, por lo que puede decir a Tomás: “Si me has visto, has visto al padre”. Es decir, Jesús actúa con el poder de Dios. De esa manera, Satanás y la bestia se presentan como una mala imitación del Padre y del Hijo. Y no sólo porque la bestia es una imagen de Satanás, que actúa con su poder. Lo que a continuación Juan refiere de su visión es que “una de sus cabezas [de la bestia] parecía herida de muerte, por su llaga mortal fue curada”. Hay que darse cuenta de lo que aquí sucede: una de las cabezas de la bestia es aparentemente herida mortalmente -asesinada, por así decirlo-; sin embargo, acto seguido vuelve del lugar de los muertos. ¿No nos suena esto también a algo que ya conocemos? La bestia es un ‘anti-Cristo’, ya que

la gente adora a la bestia y al dragón. Y entonces nos preguntamos: “¿Quién es similar a la bestia y quién puede luchar contra ella?”. Remitámonos al pasaje conocido cuando el pueblo de Israel, después cruzar el mar rojo, entonó el canto que exclamaba: “¿Quién es como el Señor?” (Éxodo 15, v. 11). Por lo tanto, la bestia es una imitación barata de Dios, un antiCristo, y que está engañando a todo el mundo para que éste lo adore en lugar de que adore a Dios.

De esa manera, el libro del Apocalipsis nos ayuda a ver el mundo de manera diferente, es decir con ojos de fe. Echa a andar nuestra imaginación, pero la transforma al mismo tiempo: vemos al emperador romano que pareciera todopoderoso, y nos preguntamos: “¿Quién es tan fuerte como él?”, pero el Apocalipsis, al fin de cuentas, nos hace ver que desde la perspectiva de Dios el emperador no es más que una copia barata de Dios, y por lo tanto es también un hombre fallido, que al tratar de ponerse en el lugar de Dios sólo se ha reducido al nivel de una bestia. Él es un anticristo, que sólo puede imitar el poder que ve en Dios.

La segunda bestia

Al final del capítulo 13 surge una segunda bestia, el “falso profeta”, que es una especie de espíritu anti-Santo, por así decirlo. Éste obra milagros y lleva de esa manera a todos a adorar a la bestia. Incluso lleva a la gente a construir una estatua de la bestia y a adorar dicha la estatua.

Este pasaje es particularmente importante si consideramos el hecho de que el libro de Apocalipsis fue escrito en Asia menor a principios de los años '90 del primer siglo de la era cristiana. En el año '89 ó '90 d.C. la ciudad de Éfeso había inaugurado un gran templo dedicado a la adoración del emperador Domiciano. El templo fue erigido en una colina con vista a la ciudad, y -esto es de resaltar- había una enorme estatua de Domiciano, de aproximadamente ocho metros de altura. Venía gente de toda Asia menor al templo a adorar no a Dios sino a un hombre, el emperador Domiciano representado en su estatua. Quizás nos resulte difícil el imaginarnos el que la gente adorase al emperador, comprender cómo era eso posible. Sin embargo, para entenderlo mejor, es importante saber que tenemos evidencia del hecho de que tal culto al emperador en Asia menor no era algo impuesto desde arriba, es decir por Roma, sino que fue algo que creció desde abajo, por así decirlo. Es decir, la gente lo pedía, quería rendir ese culto al emperador. Y es que existía ya una larga tradición de varios siglos, ésta de adorar al emperador, para cuando Roma con-

quisió a Asia menor. Para citar un ejemplo, ya en el año 29 a.C. la ciudad de Pérgamo había pedido a César Augusto el permitirle construir un templo dedicado a él como divinidad, como si de un Dios se tratara. Y César accedió a tal petición. Otros emperadores continuaron por ese camino. Casi todas las ciudades de Asia menor tenían templos dedicados al emperador, como si fuera un Dios. De hecho, era también un gran honor el hecho de que el senado romano y el emperador mismo concedieran a los habitantes de una ciudad el permiso explícito para constituirse en los “guardianes del templo” que guardaba la estatua del emperador, como ocurrió en Pérgamo. De hecho, las ciudades incluso organizaban competencias entre sí de diversa índole en orden a ganar dicho honor, y enviaban delegaciones a Roma para argumentar a su favor tal honor, tal y como hacen los países hoy día, por ejemplo en el caso para ser sede de las Olimpiadas o de la Copa del mundo de fútbol. Por ejemplo, a Esmirna se le otorgó el honor en el año 26 d.C., tras ganar una competencia contra otras diez ciudades de Asia menor; de hecho, cinco de esas once ciudades que entraron en su sodicha competencia estaban entre las siete ciudades mencionadas por el libro del Apocalipsis. Tal fue el contexto histórico del mencionado templo recién inaugurado en Éfeso. Finalmente, en el año 89 d.C. Éfeso ganó el derecho a ser un “Koros”. Fue un gran evento. El templo fue inaugurado con juegos olímpicos y festividades cívicas. Se han encontrado inscripciones en piedra en trece ciudades diferentes de Asia menor que hablan precisamente de esa inauguración del templo de Éfeso. Y todo ello para honrar a un hombre y su estatua como si se tratase de un Dios.

En fin, este es el contexto inmediato del libro de Apocalipsis. De hecho, es probable que Juan haya sido exiliado a la isla de Patmos precisamente por su oposición a la adoración del emperador Domiciano y a su estatua. Ahora, pensemos un momento en el mensaje Juan envía sobre su visión a sus destinatarios. En ese caso no vemos no a un Dios-hombre en el emperador; más bien, si miramos esto con ojos de fe, la bestia, es decir, el emperador, más bien es un anti-Cristo, es decir eso: una mera bestia. De tal manera queda esto claro, que la próxima vez que alguien mirara la estatua de Domiciano o participara en un desfile que buscara honrarlo, al contemplar al emperador pretendiendo hacerse Dios, en realidad se convertía tan sólo en una marioneta de Satanás. Por tanto, el libro del Apocalipsis es un mensaje que invita a ver las cosas desde la perspectiva de Dios, y, al mismo tiempo, hace ver cómo el poder se ha corrompido, ha sobrepasado los límites que le corresponden. Y por eso mismo se trata también de un llamado a la resistencia, a no ceder al miedo o bien simplemente busca ser una invitación a seguir adelante, como muchos otros resisten y perseveran en la verdad y en la fe verdadera. ‘Permanezcan fieles a Jesucristo’, dice el libro del Apocalipsis, pues sólo Él es el ‘Rey de Reyes y Señor de señores’.

Ahora bien, cuanto se viene diciendo también se aplica al dinero ‘a la careta’, como se suele decir en sentido coloquial-. Y es que Juan añade en el relato el hecho de que la segunda bestia marcó con la cifra ‘666’ la mano derecha o la frente de los seguidores de la bestia; y a quienes no tenían tal marca no se les permitía comprar o vender. Por tanto, nos dice con ello: ‘Sigue a la bestia; si no, serás excluido de la economía’, o sea del poder del dinero. Este es un mensaje que habla directamente de la situación económica en Asia menor a finales del primer siglo, pues los gremios de comercio eran comunes y parte de sus requisitos que exigían éstos era la participación en un banquete anual en el que se adoraba a la Deidad del patrón de los gremios, al igual que al emperador. Los cristianos sintieron una presión inmensa para comprometer su fe al arriesgar su trabajo y por ende su sustento, por lo que se preguntaba si era correcto participar en un evento de hermandad cívica pero en el que se adoraba también a una deidad pagana así como al emperador. Era lógico que se cuestionaran el punto pues arriesgaban su empleo.

De hecho, muchas reuniones de negocios se llevaban a cabo dentro los templos paganos, donde la carne era sacrificada a las divinidades, a también se comía ahí. Luego, un cristiano que quería ser fiel a sus convicciones religiosas se veía forzado a elegir entre hacer un buen negocio y ser fiel a Cristo. Por eso, el libro del Apocalipsis invitaba a los cristianos a ver con ojos de la fe lo que realmente les estaba sucediendo. Cuando uno comprometía su fe a fin de poder ganar dinero entonces uno optaba por la marca de la bestia, es decir el ‘666’, haciendo de ésta, y no su fe cristiana, su verdadera identidad. El libro de Apocalipsis invita, pues, a los cristianos a mirar la señal de la Cruz con la que fueron marcadas sus frentes en su bautismo: ‘Esa es tu identidad: la Cruz. Por tanto, has de ser fiel, como Cristo, sacrificando el dinero, el trabajo, tu misma vida, si fuere necesario’. Y ello también es un mensaje de esperanza, porque vale la pena perder el dinero, las cosas materiales, incluso la vida, con tal de ser fieles a Cristo. Vale la pena resistir las presiones culturales que invitan a ajustarse a estándares inmorales. La Revelación, es decir el libro del Apocalipsis, es un llamado radical a vivir la verdad, incluso cuando nos cueste mucho, cuando nos cueste la vida misma.

La ramera de Babilonia: no caigas en la seducción de la riqueza y el placer

Una tercera persona del libro de Apocalipsis que presenta un profundo mensaje de esperanza para los cristianos bajo la persecución es la ramera de Babilonia. La primera bestia desenmascaraba el poder y la brutalidad del imperio romano,

mientras la segunda se refería a las presiones económicas y religiosas que se ejercían en orden a hacer que los cristianos adoraran al emperador. Pero ¿qué hay de “la ramera de Babilonia”? Pues bien, ella representa la naturaleza atractiva y seductora del imperio romano, así como su naturaleza corrupta.

En el capítulo 17 del Apocalipsis se le muestra en la visión a Juan una mujer sentada en siete colinas y vestida con ropas reales. La imagen habría traído inmediatamente a la imaginación a la diosa Roma, que a menudo era representada, en efecto, como una mujer sentada en siete colinas, vestida con ropa real. Poderoso y atractivo. Una moneda de ese tiempo incluso representa a Roma precisamente de esa manera, es decir como una diosa majestuosa sentada en siete colinas.

Ahora bien, en lugar de ver a la mujer sentada en siete colinas como una diosa, en la visión de Juan se trata de una prostituta que se vende a todos los habitantes del mundo. Ella se sienta sobre la bestia, con una copa en la mano llena de horrores; estaba ebria a causa de la sangre de los santos.

La imagen es seductora y atractiva, pero al mismo tiempo es horrible, y el mensaje de Juan a sus destinatarios es muy claro. Cuando alguien pudiera sentirse atraído por todo el brillo y el ‘glamour’ del imperio romano, cuando alguien contemplaba esos desfiles en honor de las deidades paganas o bien se sentía presionado al tener

que decidir entre el compromiso con su fe y el dinero, era necesario darse cuenta de lo que realmente estaba en juego. Entonces, lo que puede parecer tan atractivo, desde la perspectiva de Dios, es en realidad una prostituta que te corromperá el corazón si te entregas a ella. Ella es atractiva y seductora; sin embargo, has de mirar las cosas desde la perspectiva de Dios, y, así haciendo, verás eso claramente: ella es en realidad una prostituta, no una gran reina ni mucho menos una diosa.

Ese mensaje que contiene el Apocalipsis también nos habla poderosamente hoy a nosotros. Cuando alguien está siendo perseguido, cuando alguien está sufriendo por su fe, es fácil mirar hacia el mundo en búsqueda de esas vidas cómodas de aquellos que van de la mano con la sociedad sin Dios, que se entregan a lo que el estado y los poderosos de este mundo dictaminan o a lo que piensan como los demás o ‘la mayoría’ piensan. Existe, en efecto, la tentación de mirar hacia ellos y decirnos: “¿Por qué no?”. “¿Por qué no vivir y pensar así?”. “¿Por qué no renunciar a mi fe en Cristo?”. “¿Realmente lo que implica esa fe vale la pena?”. Sí, puede darse la tentación de preguntarnos eso.

La visión que tiene Juan de “la ramera de Babilonia” contiene también para nosotros un mensaje poderoso. Sí, vale la pena. El placer corrupto y la

seducción malsana finalmente sólo destruyen. Hemos de resistir y ser fieles. Una vez más, este mensaje del Apocalipsis, que es Palabra de Dios, es un llamado a nosotros a resistir, a ser valientes. Y para ello necesitamos darnos cuenta de ello vale sobradamente la pena.

Observemos esas dos imágenes o visiones que hemos visto hasta ahora: por un lado, una bestia; por otra, una prostituta. No se trata de imágenes positivas, por supuesto; sin embargo, sí son representaciones que hablan poderosamente a quienes son perseguidos a causa de su fe y su fidelidad a Cristo.

En 1985, en medio de la lucha contra el *Apartheid* en Sudáfrica, el reverendo Allan Boesak publicó “Confort y protesta”; el subtítulo del libro es: “El Apocalipsis de Juan desde una perspectiva sudafricana”. En el prefacio escribe: “La Biblia es el libro más fascinante, más emocionante que existe en el mundo. A mí me habla con un poder que va más allá de todo lo que conozco.

De alguna manera, sin embargo, el significado del último libro de la Biblia siempre se me había escapado”. Sin embargo, y después de una serie de boicots en Sudáfrica contra el *apartheid*, el cual dejó cientos de muertos, Boesak se dirigió al libro de Apocalipsis, y entonces escribió “Por primera vez comencé a entender”. Había encontrado que viviendo en medio de la persecución las palabras y las imágenes del Apocalipsis entonces cobraban sentido. El poder corrupto de la bestia y el seductor encanto de la ramera de Babilonia son visiones que nos dan fuerza para perseverar en la fe, para oponernos a la corrupción de este mundo y para ser fieles a la verdad, a nuestra fe, a Dios.

La novia de Cristo: mantener tus ojos en la eternidad

El último pasaje que quisiera proponer a nuestra consideración hoy es el final de la visión de Juan. Juan termina su libro describiendo una visión de “la novia de Cristo”, vestida de blanco, que desciende del cielo como la nueva Jerusalén. Ella es lo opuesto a la ramera de Babilonia. La prometida de Cristo es deslumbrantemente hermosa y pura. También se trata de una ciudad, la nueva Jerusalén, cubierta de piedras preciosas. Y en esta ciudad el Cordero mismo, Dios mismo, es la Luz. La novia de Cristo, la novia del Cordero, es la iglesia, y está iluminada desde dentro con la Luz que es Cristo mismo.

El mensaje, pues, es mantener nuestros ojos fijos en la eternidad. Y si bien vivir fielmente como cristiano en medio de la persecución y la confusión puede

ser muy difícil, también es verdad que ello es sólo por un tiempo, es algo transitorio. En cambio, la promesa de Cristo es para siempre, y por supuesto que es infinitamente mejor que cualquier cosa que el mundo pueda ofrecernos. Y este es el caso incluso cuando debamos dar nuestra vida misma por Jesucristo.

Conclusión

El libro de Apocalipsis, cuando se entiende bien, es un mensaje de profunda consuelo y esperanza para la gente que viven en medio del sufrimiento y de la persecución. El mensaje del libro, en esencia, es que Cristo ya ha vencido definitivamente. Él está en medio de la iglesia que sufre; Él es el rey de Reyes y Señor de señores.

Y a pesar de que la bestia y sus mentiras puedan parecer todopoderosos, en realidad ya han sido derrotados en la Cruz, y serán definitivamente derrotados en la segunda venida de Cristo. Y poro más que la ramera de Babilonia y su 'glamour' puedan ser atractivos y seductores, su belleza no es nada en comparación con la eterna bondad y belleza que nos aguarda.

En fin, todo esto es un llamado a la esperanza. Es un llamado a ser fieles, a lo cual Juan nos invita en numerosas ocasiones veces a lo largo del libro. "He aquí un llamado a la resistencia y la fe de los santos" (Ap. 13, v. 10). Se trata, por tanto, de un llamado a resistir pacíficamente, a ser fiel aunque a uno le cueste económicamente o socialmente; es un llamado a incluso estar dispuestos a dar la vida si es necesario en lugar de comprometer la propia fidelidad a Dios y la propia fe.

Por ende, dicho mensaje del Apocalipsis es profundamente relevante hoy en nuestros días para todos los cristianos. Para nosotros en el Occidente post-cristiano, que estamos comenzando a vivir en una sociedad que ve los valores cristianos, al igual que a aquellos de nosotros que



los promovemos, como una amenaza. Al igual que los cristianos en la Roma pagana podemos ser vistos como extraños o incluso peligrosos. Puede ser, en efecto, muy difícil el ser fieles cuando nos puede costar nuestra propiedad y nuestros negocios o medios de subsistencia, o bien nuestra reputación.

El Apocalipsis nos dice también hoy: 'Persevera. Sé fiel. Vale la pena'. Es decir, nos dice que hemos de ver al mundo y a sus mentiras como lo que son. Nos invita a ver las cosas como Dios las ve. Para los cristianos que se enfrentan a una persecución más intensa, la revelación también les habla. Se enfrentan a los efectos de la acción de "la bestia" más directamente; o bien a los ataques de "la ramera", que es insaciable en sus placeres y es capaz de buscar eliminar a quien pretenda interponerse en su camino. El libro del Apocalipsis invita a esos cristianos a la fidelidad y a la resistencia pacíficas.

En fin, el Apocalipsis nos habla a todos los cristianos, a quienes queremos serlo de verdad, y nos invita a ser valientes en la vivencia de nuestra fe. Nos invita a no tener miedo de hablar y de predicar la verdad, de predicar a Cristo, y nos invita sobre todo a ser lo que estamos llamados a ser. Es Cristo mismo quien nos dice: "He aquí que vengo pronto. Bendito es aquel que guarda las palabras y la profecía de este libro" (Ap. 22, v. 7).

EVANGELIZAR A LOS JÓVENES Y ADOLESCENTES HOY

P. José María Martínez Albesa, L.C.
Licenciado en Derecho
Bachillerato en Filosofía y Teología



Llevo 27 años trabajando en la evangelización de adolescentes y jóvenes; han sido años muy felices, con errores y también aciertos, gracias a Dios. Me han pedido que les comparta algo de esta experiencia que dejo en manos de María. Creo que nuestra labor en definitiva pasa por ayudar al joven a que haga una experiencia del Amor de Cristo, así como ayudarlo a encontrar su plenitud vocacional. Antes de explicar algunos medios que me han ayudado en esta misión, quería compartir algunos presupuestos que considero importantes.

a) Hoy muchas veces llegar al joven ya en preparatoria o universidad puede ser tarde, por lo cual creo que en la medida que se pueda entrar en contacto con la niñez y la adolescencia es mucho mejor para la pastoral juvenil.

Sin duda el adolescente es difícil, puede parecer que no escucha, que le resbalan las cosas; sin embargo no es así. La semilla queda y dará fruto a su tiempo. Por eso para mí la primera regla de oro es no perder la esperanza y siempre sembrar aunque no se vea el fruto de momento.

Recuerdo haber tenido una reunión de formación con adolescentes de 13 y 14 años, de la cual salí medio frustrado ya que no habían prestado atención y se había creado mucho relajó. Tres meses después uno de esos jóvenes me repetía casi textualmente el mensaje que les había querido dejar; el Espíritu Santo actúa.

b) Unido a esto quiero recordar la frase bíblica de “no apagar la mecha humeante”. Tener mucho cuidado de que el joven no sienta que ya no confiamos en él, pues puede dar un portazo y desaparecer para siempre. Si quiere “irse” (alejarse a veces del compromiso de la fe, etc.), habrá que respetarle, pero que nunca se sienta “despedido”, que la puerta quede siempre abierta. Esto requiere paciencia en el formador y unión con Dios.

Gracias a Dios he visto regresar a jóvenes a su compromiso con Dios 4 ó 5 años después de dejarlo todo, porque nunca sintieron que les habíamos cerrado la puerta; y sin duda su formador siguió rezando por él.

c) Otro presupuesto en mi experiencia pastoral es siempre saber volver a empezar; no cansarse de dar oportunidades y de seguir teniendo iniciativa. También es muy importante preguntar a los jóvenes cómo ven las cosas y escuchar sus ideas. Muchas veces habrá que bajarlas a la realidad, pues hay mucho idealismo; pero sin duda nos ayuda a entender mejor sus vidas.

d) Por último, creo que puede ayudar el entender que no se puede evangelizar a los jóvenes de manera única. Es decir, con algunos (los más alejados) habrá que acercarse suavemente y con toda naturalidad proponiéndoles algún proyecto social y apostólico que les llame la atención, para poco a poco acercarlos a los sacramentos, etc. Habrá jóvenes más abiertos, más curiosos, que podremos desde el inicio presentarles a Jesucristo e ir acompañándoles para esa experiencia de Amor. Y, finalmente, hay jóvenes entregados y comprometidos, que serán nuestros formadores a su vez en la labor de evangelizar a sus compañeros.



Algunos medios que me han ayudado para que el joven experimente y se comprometa con Jesucristo:

- a) Enseñarles a rezar, a orar. Hoy en muchas familias esto no se da. Llevarlos a la Eucaristía y dirigirles frente a Él las visitas; llevarles a un rato de Adoración en silencio; tener retiros de medio día con cierta frecuencia, y después ya invitarles a retiros de todo un fin de semana; talleres de Biblia, etc.
- b) Predicarles con pasión, preparando muy bien las pláticas. Lanzarles grandes retos, ilusionarles con el hecho de cambiar el mundo, de ayudar a Cristo en la salvación de las almas. Suelo pasar alguna ficha al inicio de cada año para que me escriban qué temas les interesan más.
- c) El apostolado. Muchos jóvenes comienzan por aquí: misiones, acción social, congresos de valores, visitas a orfanatorios, adoptar una comunidad necesitada, construcción de casas y capillas en los pueblos o zonas marginadas, etc.; de allí pasan a la necesidad de conocer y seguir a Cristo. Para mí es sin duda uno de los mejores medios para que un joven persevere en su entrega a Dios N.S. el ayudarles a ver las necesidades de los demás.



- d) La dirección espiritual o el diálogo personal con el joven es esencial para que descubra el valor de su vocación cristiana. Motivar mucho para poder exigir.
- e) Trabajo en equipo y en comunidad. Es un gimnasio de caridad y ayuda a la perseverancia.
- f) No cabe duda de que el mejor evangelizador del joven es otro joven. Por ello, el mejor tiempo de mi ministerio lo dedico a formar esos formadores, que serán a su vez los responsables, los líderes y guías de los demás jóvenes y cabezas de los diversos apostolados, al mismo tiempo que serán los animadores en las actividades formativas, de apostolado y de integración humana y espiritual. He visto en mi experiencia personal que es así como los jóvenes se convierten, con la acción de la Gracia de Dios, en apóstoles del Reino. A ejemplo de Jesucristo, que dedicó buena parte de su vida a formar a sus discípulos para que fueran ellos los que llevaran el Reino a los confines de la tierra, creo que, si queremos ser eficaces en nuestra labor evangelizadora con los jóvenes, hemos de trabajar de esa manera. Y entonces, por la Gracia de Dios y si así Él lo quiere, y por intercesión de María Santísima, los frutos no se harán esperar.

CADA PERSONA ES UNA MISIÓN

María Fernanda Chávez Lozoya
Licenciada en Psicología
Coordinadora de formación y vinculación
de Juventud y Familia Misionera



Hoy en día los jóvenes nos enfrentamos a un mundo en donde predomina el hedonismo, el egoísmo, la superficialidad, e incluso nos encontramos inmersos en las redes sociales; éstas de alguna manera nos invaden y traspasan, borrando los límites y distancias, lo cual nos lleva al mundo de la inmediatez, por lo que reducimos nuestra capacidad de espera, asombro, y, de pronto, nos vemos atrapados en un mundo en donde solamente somos capaces de vernos a nosotros mismos y aquello que nos beneficia.

La vida de un joven también se distingue por el activismo desmesurado, el cual nos impide pensar más allá, reflexionar, o bien entrar en contacto con nosotros mismos. Es por esto que, muchas veces, podemos pasar tiempo sin cuestionarnos, sin retornos, cayendo en “una zona de confort” en donde simplemente estoy cómodo, me muevo como una veleta, según lo que se va presentando día con día.

Sin embargo, Dios se sirve de las circunstancias y personas en el mundo para revelarnos el mensaje que tiene para cada uno de nosotros, y, en especial, creo yo, de aquéllas en las que hay sufrimiento o nos encontramos con la Cruz. Es el momento en que tenemos esa necesidad de un Poder Superior, y nos damos cuenta de que, por más cosas que hagamos o mientras más cosas tenemos no se llena el vacío que sentimos dentro. De ahí puede surgir el deseo de probar algo distinto, ya que estamos cansados de vivir dentro de la monotonía.

Al llegar la Semana Santa lo único en lo que pensamos es en descansar e irnos de vacaciones. Sin embargo, siempre hay alguna amiga que decide irse de misiones y te invita a que vivas la experiencia; en otras ocasiones es un plan más estructurado en donde se vuelve una oportunidad para convivir con tus amigos de una manera distinta. No obstante, nunca te imaginas lo que verdaderamente termina siendo la Megamisión (misión de Semana Santa), ni los efectos que puede causar; no te imaginas que será un encuentro personal con Dios a través del trato con el prójimo.

Conforme vas viviendo la Misión te vas dando cuenta de muchas cosas: entre ellas está el hecho de que comienzas a valorar todo lo que tienes, desde la familia y la educación que nos dan hasta las cosas materiales, como el tener una casa en donde vivir, una cama para dormir, tres comidas al día sin quedarte con hambre; el tener ropa, etc.



Te das cuenta que la gente del pueblo es realmente feliz con lo poco que tiene, e incluso no se crea necesidades de más, y que, en cambio, en ocasiones a nosotros, que vivimos en la ciudades, nos llega a pasar, lo que nos genera cierta insatisfacción problema, o bien, una situación de pueblo que te estorta el cansancio que tienes, o bien, el calor tan fuerte que sientes, sino que te eón, o bien una constante búsqueda por querer obtener más.

Por otro lado, al momento de hacer el visiteo a las casas de la gente vas abriendo las puertas de tu corazón a los demás, te vas enfocando en la

gente del pueblo y te dejas a ti mismo en segundo plano, por lo que ya no importa el cansancio que tienes o el calor tan fuerte que sientes, sino que estás enfocado en la gente del pueblo que te está platicando algún problema; o bien te encuentras cuidando a la persona mayor que se encuentra enferma o jugando con los niños. Sin darnos cuenta nuestro corazón se transforma y vamos saliendo de nuestra zona de confort; adicional a ello, comienzas a sentir una alegría que nunca habías sentido con anterioridad, ya que la verdadera felicidad se alcanza en el momento en que nos damos por completo a los demás, cuando somos capaces de dejarnos a un lado y poner las necesidades de los demás antes que las nuestras.

La gente del pueblo te enseña cosas que en tu vida nunca pensaste aprender; y se comienza por la virtud de la generosidad, ya que lo poco que tienen te lo dan y con gran alegría, te brindan su tiempo y su atención a pesar de que no te conocen.

Otra de las cosas que vas concientizando a lo largo de la misión es cómo muchas de esas personas no han tenido una experiencia de Dios, por lo que no conocen la fe católica, o bien sí la conocen pero no la viven tal cual. Sin embargo, tienen sed de Dios y apertura para conocerle más, y es por esto que aceptan ir a las actividades de la tarde, en donde ya se habla de Dios formalmente; por otro lado, es una oportunidad también para nosotros mismos de acercarnos más a Él y conocerle más.

Entre tanto activismo nos podemos llegar a olvidar de Dios, e incluso, evitamos tener estos momentos de contacto con Él o de reflexión, ya que nos da miedo lo que nos pueda llegar a pedir.

Con base en mi experiencia personal, en la Misión de esta Semana Santa tuve un encuentro personal con Dios en el retiro de media semana, y a lo largo de la adoración eucarística sentí una inquietud en mi corazón, la cual se tradujo en la siguiente pregunta: ¿Cuál es mi misión aquí en la Tierra y qué quiere Dios de mí?

Me planteé entrar en un proceso de discernimiento, en el cual me fui dando cuenta de cómo Dios tiene un plan perfecto para cada persona, y que cada uno tenemos una misión de vida; y es ahí

dónde concientizas que la misión de todo católico radica en llegar a ser santos. Como dice el Papa Francisco: “Es un proyecto del Padre para reflejar y encarnar, en un momento determinado de la historia, un aspecto del Evangelio”; lo cual implica que exista cierta coherencia en nuestra vida, predicar con el ejemplo, vivir los misterios de la vida de Cristo, “morir y resucitar constantemente con Él”, y reproducir en la propia existencia diferentes aspectos de la vida terrena de Jesús: su cercanía con los últimos, su pobreza y otras manifestaciones de su entrega por amor.

No obstante lo dicho, no podemos imitar ni amar a una persona que no conocemos en profundidad; lo cual nos ha de llevar a querer conocer más a la persona de Cristo, quien es verdadero Dios y verdadero hombre; saber que Él, Jesucristo, tiene un corazón de humano nos permite identificarnos aun más con Él, porque sabemos que puede tener empatía con lo que nos pasa, y por lo que nos entiende sin juzarnos.





La santidad no te hace menos humano. Dios no nos pide imposibles, por lo que nuestra vida está hecha para que cambiemos al mundo, para cambiar la historia, por lo que debemos descubrir cuál es el camino para alcanzar la santidad, dejando que la gracia de Dios actúe en mí a través de los sacramentos. El tamaño de santidad podemos medirlo en qué tan grande está Jesucristo en mi vida, lo cual me lleva a poner los sentimientos de Él en mi corazón.

Desde que Dios pensó en mí supo perfectamente el papel que iba a tener yo en este mundo; fui creado para una misión en concreto, la cual, me lleva a una felicidad plena, así como también a preguntarle a Jesús en cada momento de mi vida: ¿Qué es lo que esperas de mí? Y una vez teniendo clara cuál es mi misión, intentar que todo en mi vida esté en función de ella, por lo que todo tiene que estar en contexto con la misión: ver qué Dios quiere dar un mensaje al mundo a través de nuestra vida, lo que me hace no permanecer estéril o en mi zona de confort; por el contrario, ello me exige salir de mí misma, hacer apostolado y contagiar la alegría del cristiano.

De acuerdo con cuanto se ha dicho antes, el irte de misiones puede cambiar por completo tu vida, e incluso terminas recibiendo mucho más de lo que das, pues recibes algo que verdaderamente te llena el alma y te das cuenta de que Cristo no sólo “vale la pena” sino que ¡vale la vida!

Dios también quiere que nos acerquemos a Él, por lo que hace misiones con nosotros a través de los cuestionamientos que nos presenta, frente a los cuales tenemos dos opciones: ignorarlos y seguir con nuestra vida normal con ciertas dudas; o bien plantearnos el entrar en un proceso de discernimiento y en una búsqueda verdadera en dónde nos cuestionamos a nosotros mismos sobre nuestra misión de vida.

Y es que las misiones no tratan únicamente de ir en Semana Santa a evangelizar, sino que se trata de aprender que la misión es en todo momento, en nuestro día a día; con el guardia de la oficina, platicando con la señora de la limpieza, realizando bien nuestro trabajo, y, sobre todo, dando testimonio de vida cristiana con nuestros compañeros de trabajo, familiares y amigos; visitando al enfermo, ayudando al necesitado, etc. Todo esto se alinea con nuestra misión de vida, la cual se traduce en alcanzar la santidad, hacer de tu vida una Misión, lo cual es la parte más difícil, ya que cuando estamos de misiones podríamos decir que estamos en un ambiente favorable para poder ser un gran misionero. Pero cuando regresamos a nuestra vida ordinaria es cuando verdaderamente viene el reto: desde continuar con el hábito continuo de hacer oración hasta el ser agradecido por todo lo que se me ha dado, ser testimonio de Cristo en todo momento,

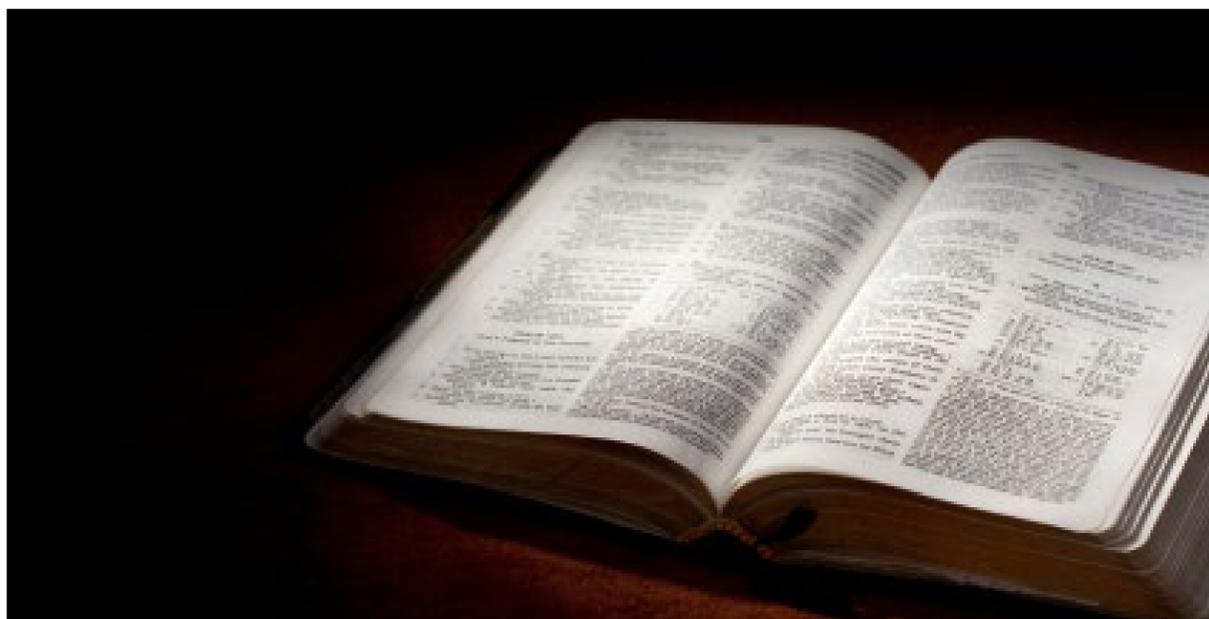
lo cual implica ser un buen hijo, poner los intereses y necesidades de mi familia antes que los propios, así como tener coherencia con lo que predicamos, aunque teniendo también presente el hecho de que somos humanos y que errores siempre los vamos a cometer. Pero no importa cuántas veces caigamos sino más bien el amor que le ponemos a nuestra lucha, y después de cada caída levantarnos con mayor ánimo, ofreciéndoselo todo a Dios.

Finalmente, las Misiones facilitan el encuentro con Cristo y te ayudan a amar al prójimo; sin embargo, depende de cada alma aprovechar las gracias que se nos dan y ver las misiones como una manera de negarse a uno mismo y seguir a Cristo; ver que el mundo puede cambiar porque el amor existe; que todo el amor que predicas se te regresa.

Somos de verdad soldados de Cristo en el momento en que nos convertimos en apóstoles, ya que no podemos dejar de transmitir nuestra fe y contagiarla a los demás. Así, los jóvenes tenemos la oportunidad de hacer algo por Jesucristo, de ir y predicar el evangelio por todo el mundo, siendo testigos de su gran Amor.

FUENTES DE LA PREDICACIÓN

P. Antonio Rivero, L.C.



El Código de Derecho Canónico enumera de modo sucinto las fuentes en la que debe inspirarse el predicador:

“Ha de proponerse íntegra y fielmente el misterio de Cristo en el ministerio de la Palabra, que se debe fundar en la Sagrada Escritura, en la Tradición, en la Liturgia, en el Magisterio y en la vida de la Iglesia” (can. 760).

Veamos cada una de estas fuentes.

1. **La Sagrada Escritura:** aquí se encuentran modelos y ejemplos para la vida de los oyentes: Abraham, Noé, Job, Jeremías, Tobías, etc... También la Sagrada Escritura es modelo para el lenguaje, la claridad, la viveza de la predicación, llena de imágenes, sobre todo en los profetas y libros sapienciales¹. Imitemos a san Antonio de Padua. El papa Gregorio IX (1227-1241) llamó a San Antonio de Padua «arca del Testamento, y archivo de las Sagradas Escrituras». Y Pío XII, que le declaró Doctor de la Iglesia, le dio el hermoso título de «doctor evangélico». Porque, en efecto, la fuente principal donde bebía y de la que vivía era la Biblia.

¹ Por poner un ejemplo: Isaías 44, 13 ss, la imagen del escultor tallista. O Job 14, 5-10, sobre la caducidad de la vida y de las cosas.

2. Sus sermones escritos, eco de su predicación al pueblo, tienen constantemente como base fundamental la Sagrada Escritura, además de las ciencias naturales, como iluminación por analogías y comparaciones con la Palabra de Dios, ya que ambas proceden de la misma palabra divina, en la Creación y en la Redención. Hoy en día tenemos más y mejores medios que en tiempos de San Antonio para el conocimiento de la Biblia, gracias al ingente trabajo de tantos escrituristas cristianos, tanto católico-romanos como ortodoxos y protestantes. El Espíritu Santo, que anima todo ese proceso como desde la «trastienda», continúa en nosotros inspirándonos en la «lectio divina», en la meditación orante y sapiencial, así como en la lectura pública, la explicación y la aplicación de la homilía o del sermón, para que tanto los fieles como los predicadores la interpretemos en la vida, como una obra de teatro a la que escenifican los actores, poniéndole cuerpo, voz, gesto, lágrima y sonrisa a lo que inspiró el autor. De este modo, autor y actores -en este caso, el Espíritu Santo y los cristianos-, seguimos haciendo resonar esa Palabra de Dios escrita, que antes fue palabra hablada en Cristo y los profetas, y vuelve a ser en nosotros palabra hablada y viva entre los hombres.
3. **Los Santos Padres:** Después de los libros de la Sagrada Escritura, son los Padres la fuente obligado en la que han de beber todos los que aspiran a ser fieles en el ministerio de la Palabra. Fueron ellos quienes recogieron la tradición de los apóstoles, ejercieron admirablemente el ministerio de la predicación y nos dejaron en herencia el inmenso tesoro del contenido de la fe cristiana. Y no sólo eso. También son ellos los modelos indiscutibles del estilo y del espíritu de la evangelización y la catequesis. Un estilo y un espíritu muy distintos de cualquier forma de enseñanza y oratoria. Ellos son, pues, un modelo en sacar a la luz el sentido espiritual de la Escritura. Se recomienda especialmente a san Agustín y san Juan Crisóstomo, san Jerónimo, san Ambrosio, san León Magno y san Gregorio Magno. Fueron hijos de su época y tomaron de ella no sólo sus valores, sino también algunas interpretaciones oscuras, extrañas o exageradas². Son defectos de la retórica de ese tiempo. Quitado esto, los Santos Padre nos ayudan a encontrar el sentido espiritual de la Escritura y cómo actualizarla.

² Por ejemplo, san Agustín hablando del paralítico que llevaba 38 años junto a la piscina, explica que 38 es igual a 40 menos 2 y 40 es el número perfecto, etc. Recomiendo las Homilías sobre san Mateo de san Juan Crisóstomo, noventa homilías, síntesis acabada de exégesis y parrhesia.

En mi libro sobre Cómo mejorar la predicación sagrada escribí: “Tenemos que leerlos mucho y siempre. Son siempre actuales. Son un auténtico tesoro por descubrir todavía. Ejemplo de esto es el Papa, hoy emérito, Benedicto XVI. Por eso son tan profundas sus predicaciones, al tiempo que tan sencillas”.

4. **La Liturgia:** ofrece al predicador dos cosas importantes: materia y estado de ánimo. La materia o riqueza de la verdad cristiana. Y el estado de ánimo, pues el año litúrgico es un excelente barómetro. Este estado de ánimo le hará al predicador preparar mejor su predicación. El año litúrgico es una cantera de ideas. La liturgia recorre todo nuestro existir humano: nuestros gozos y tristezas, esperanzas y frustraciones, nuestras luces y sombras, nuestras derrotas y victorias. Cada tiempo litúrgico, cada fiesta, cada día tiene un contenido y un clima que es extremadamente rico. Por ejemplo, la Iglesia suscita:
- a) En el Adviento, una santa nostalgia de renovación de la gracia de la salvación.
 - b) Un gozo profundo e interior en la Navidad.
 - c) En la Cuaresma, una seria mentalidad de penitencia.
 - d) Una gran tristeza y pesar durante la Semana Santa.
 - e) La alegría confiada de la fe en el tiempo pascual.



- f) Un deseo inmenso de Dios y de cielo al celebrar a los santos.
- g) Y una gran esperanza, durante el tiempo ordinario. El Tiempo Ordinario se convierte así en un gimnasio auténtico para encontrar a Dios en los acontecimientos diarios, ejercitarnos en virtudes, crecer en santidad...y todo se convierte en tiempo de salvación, en tiempo de gracia de Dios. ¡Todo es gracia para quien está atento y tiene fe y amor!

5. **Los documentos del Magisterio:** ya sea documentos de la Santa Sede o de la jerarquía eclesiástica, ya sea Concilios como también el Catecismo de la Iglesia católica, Conferencias episcopales. Aquí el predicador podrá aclarar o rectificar ciertas cuestiones. Es en la predicación donde debemos divulgar estos documentos del Magisterio, pues la gente de ordinario no los lee. Los Catecismos son como una nueva interpretación de la Escritura, pues presentan con toda fidelidad las enseñanzas de la Sagrada Escritura y del Magisterio, así como la herencia espiritual de los Santos Padres, de los santos y santas de la Iglesia, a fin de conocer mejor el misterio cristiano y reavivar la fe de los fieles.

6. **La vida de la Iglesia:**

- a) **La teología:** da al predicador claridad de conceptos que le ayudan a explicar los grandes hechos de la historia de la salvación. Da a su palabra seguridad al distinguir claramente entre lo que es cierto y lo que no lo es. La teología remite al predicador constantemente a las fuentes: Sagrada Escritura, Tradición, Liturgia, Magisterio. No podemos pasar por alto a santo Tomás de Aquino.
- b) **Los maestros de elocuencia sagrada:** unos cuatro o cinco modelos. En ellos encontramos ideas, sentencias, imágenes logradas, etc. No debemos imitarlos en el sentido material de la palabra, sino en su actitud ante la verdad.
- c) **Ascética y mística:** entre ellos, san Juan de Ávila, Fray Luis de Granada, Fray Luis de León, el Padre Luis de la Puente, santo Tomás de Villanueva. Y sobre todo, santa Teresa y san Juan de la Cruz.
- d) **Historia de la Iglesia:** la Iglesia es la continuación de la historia de la salvación. En la Iglesia, Cristo continúa su vida. En esta historia de la Iglesia, los santos son como las flores. Los santos son los espejos vivos del Evangelio y de Cristo. Sacar con frecuencia la vida de los santos en nuestras predicaciones. Es estimulante y edificante.

FIGURA SACERDOTAL DE SAN JUAN DE ÁVILA

Mons. Juan Esquerda Bifet
 Doctor en Teología Dogmática
 Doctor en Derecho Canónico



7. **Lecturas propias:** con bolígrafo en mano, si no, se olvida. Poner estas notas en un fichero. Estas lecturas serán de gran utilidad para nuestras predicaciones. Por ejemplo: recortes de periódico, noticias, estadísticas, ejemplos, testimonios.
8. **El trato con las personas:** Es decir, ir a la periferias, no sólo geográficas, sino también existenciales, como ama decir nuestro papa Francisco. De esta manera llevamos también a nuestras predicaciones el palpitar de las personas porque estamos próximos de ellas, las visitamos, les ayudamos, les animamos.

El predicador sagrado continuamente tiene que estar bebiendo de estas fuentes, para estar siempre renovado. Así su predicación refrescará el corazón de sus oyentes.



La figura sacerdotal de Juan de Ávila se puede delinear fácilmente teniendo en cuenta su biografía y sus escritos. Son dos los grandes trazos que sobresalen armónicamente: vida evangélica y dedicación apostólica, al estilo del Buen Pastor y de los Apóstoles. Su escuela y sus discípulos son una continuación o también concretización de esta figura.

Vida evangélica al estilo del Buen Pastor y de los Apóstoles

Desde su ordenación sacerdotal (1526), cuando repartió sus bienes entre los pobres y se alistó para evangelizar en el Nuevo Mundo, la vida sacerdotal de Juan de Ávila se delinea según el modelo del Buen Pastor y de los Apóstoles. En Sevilla (desde 1526), con Fernando de Contreras, mientras esperaba poder partir con el nuevo obispo

de Tlaxcala, vivió pobremente y se dedicó a la catequesis y a las obras de misericordia para con los pobres.

Es una vida marcada por la cruz, no sólo por las penitencias y sacrificios de la vida sacerdotal, sino también por la persecución y las humillaciones, especialmente cuando fue procesado por la Inquisición (1531-1533). No buscó nunca ventajas temporales en el ejercicio de su ministerio. El fruto de su ministerio iba a parar a las obras educativas y de caridad.

Durante toda su acción ministerial, esta vida evangélica se modelaba a la luz del Buen Pastor y, consiguientemente, de la caridad pastoral, concretada en celo apostólico o amor a las almas, disponibilidad misionera, pobreza, castidad, obediencia a los Prelados, vida comunitaria... La figura de Pablo es un punto especial de referencia, tanto en la doctrina predicada como en las actitudes de vida sacerdotal. Son los temas que estudiamos en sus lugares respectivos. Sus comentarios a la doctrina paulina reflejan sus propios sentimientos (cfr. Gálatas).

Ministerios y dedicación apostólica

Después de su ministerio en Sevilla, lo encontramos misionando en todo el sur de la península, pasando por

diversas ciudades y comarcas. Entre 1535 y 1555 tenía su residencia en Córdoba (en el Alcázar viejo), junto con un grupo de unos veinticinco discípulos. Desde allí organizó misiones populares por las ciudades vecinas y comarcas de todo el sur peninsular.

Incansable en la predicación apostólica, organización de la catequesis, obras de caridad y de educación, fue pasando, entre 1536 y 1554, por Granada, Baeza, Jerez, Sevilla, Montilla, Zafra, Fregenal de la Sierra, Priego. En Granada fue instrumento para el cambio de vida de Juan Ciudad (San Juan de Dios), a quien ayudó en sus obras hospitalarias, incluso pidiendo limosna personalmente. Allí también ayudó al Duque de Gandía (San Francisco de Borja) a profundizar en su vida espiritual. Ya enfermo, residió habitualmente en Montilla, desde 1554 hasta su muerte ocurrida en 1569.

En toda su acción apostólica iba dejando huella evangélica y de gran disponibilidad misionera, de modo particular por la atención a las confesiones, visita a los enfermos y catecismo para los niños, así como reconciliación entre banderías. Se hospedaba siempre en residencias pobres. Fundó colegios y universidades, dando así oportunidad a sus discípulos para dedicarse a la formación de buenos cristianos y selectos ministros del Señor. Los diversos ministerios los estudiamos también en particular: predicación,



catequesis, Eucaristía, sacramentos, confesión, obras de misericordia, educación, colegios, pobres, enfermos, hospitales. Sus escritos (sermones, cartas, tratados...) son su autorretrato espiritual y apostólico.

La figura de Juan de Ávila en su escuela y en sus discípulos

Los discípulos de Juan de Ávila veían en él otro San Pablo o también un modo actualizado de vivir la vida de los Apóstoles. Fr. Luís de Granada, discípulo y biógrafo, afirma que "procuraba imitarle (a San Pablo) en este conocimiento del misterio de Cristo" (*Vida*, 1ª parte, cap. 3). Y lo mismo nos trasmite el biógrafo Muñoz dándonos el testimonio de un oyente cualificado (un padre dominico): "Vengo de oír al propio San Pablo comentándose a sí mismo" (*Vida*, lib.1º, cap.9). Fr. Luís resume su vida



CONSEJOS DE UN SACERDOTE ANCIANO

P. Jegussel

sacerdotal: “El día daba a los prójimos; mas la noche, a imitación de Cristo, gastaba con Dios” (*Vida*, 3ª parte, cap. 5).

El modo como el Maestro trataba a sus discípulos (como puede apreciarse por las cartas) indica un gran aprecio mutuo, buscando siempre la entrega generosa y evangélica a la propia vocación. La figura del Maestro queda delineada en los ejemplos de algunos de sus discípulos, como Diego Pérez de Valdivia o Luís de Granada y todo el grupo de la universidad de Baeza. “Vivían sus discípulos apostólicamente”, afirma Muñoz (cfr. *Vida*, lib.2º, cap.2-3). Este mismo testimonio biográfico de los discípulos se concreta trazando unas líneas comunes con el Maestro: predicar “los tesoros que tenemos en Cristo crucificado”, renovar la vida cristiana y sacerdotal según las indicaciones de la Iglesia, buscar los puestos más humildes (“atributo común a todos los discípulos”), vida de oración y penitencia, fortaleza ante las persecuciones y tribulaciones, plan de vida espiritual, etc. (cfr. *ibídem*).

Se puede afirmar que sus discípulos y amigos fueron los que, sin usar esta expresión, iniciaron la “escuela” avilista, teniendo en cuenta los ejemplos y la doctrina del Maestro. En ellos aparecen las mismas líneas evangélicas y ministeriales que hemos resumido antes. Pero también se deja entrever, tal vez como contagio, el ansia de renovación eclesial, personal y estructural. La figura y la doctrina del Maestro era una llamada a la renovación espiritual según los criterios de la Iglesia. Algunos santos de la época (San Ignacio, Santa Teresa de Ávila, San Francisco de Borja, San Juan de Ribera, San Juan de Dios, etc.) dejaron constancia de algunas características de su figura espiritual, apostólica y sacerdotal. Son, pues, figuras y también temas que estudiamos en su lugar respectivo.

Estudios: J. ESQUERDA BIFET, *Escuela sacerdotal española del s. XV: Juan de Ávila* (Roma, Instituto Español de Historia Eclesiástica, 1969) 12-19 (la figura sacerdotal); M. FERNÁNDEZ CONDE, *El Beato Juan de Ávila* (Córdoba 1961); R. GARCÍA VILLOSLADA, *La figura del Bto. Ávila*: Manresa 17 (1945) 389-403; 18 (1946) 87-97; L. MARCOS, *El Bto. Juan de Ávila, Maestro de santidad sacerdotal* (Vitoria 1948); J. MÉNDEZ, *El Beato Maestro Ávila*: Semana Avilista (Madrid 1969) 273-279; I. ROMERO, *Fuego de cruzado. Estampas de sacerdocio del Maestro Juan de Ávila*: Semblanzas sacerdotales (Vitoria 1947). Ver artículos en pestaña SACERDOCIO.

**El siguiente escrito lo llevaba siempre consigo el sacerdote salesiano Alfonso Arboleada, fallecido no hace mucho tiempo, y fue escrito antes de morir por el Padre Jegussel, profesor de una universidad romana, a petición de sus alumnos.*

1. **Sea la Celebración de la Eucaristía el sol de cada una de tus jornadas.** Esfuérzate por comprenderla, gustarla, vivirla. Preside cada celebración como si fuera la primera, la única, la última de tu vida.
2. Recuerda que **la Celebración Eucarística mejor presidida y celebrada es la mejor preparada.** No seas de aquellos que pasan de charlas mundanas a presidir la celebración del santo Sacrificio sin prepararse por medio de la oración, sin meditar nada, sin hacer siquiera un pequeño paréntesis de recogimiento.
3. **Libera la Celebración de la rutina y del automatismo.** El veneno que mata a la Celebración de la Eucaristía es la rutina. Y la repetición trae rutina. Por esto no proclames siempre una sola Plegaria Eucarística, generalmente la más corta. Es necesario que vayas cambiando de Plegaria, según el sentido espiritual y pastoral de las múltiples que te ofrece el misal.



Por ejemplo, la primera es la de la gran tradición de la Iglesia Romana, pronunciada por muchos santos y apóstoles durante más de 10 siglos, la tercera es muy venerada por su antigüedad, la cuarta es un bello resumen de la Historia de la Salvación. Puedes aprovechar los momentos penitenciales y las celebraciones con niños y jóvenes proclamando las Plegarias especiales para cada caso.

4. Que cada palabra que pronuncies sea un verdadero “anuncio” y cada rito que realices sea un auténtico “signo sagrado”. Transforma tu celebración en una verdadera vivencia. Toda comunidad cristiana experimenta con alegría la presencia del Señor en la Celebración Eucarística, si la presides con devoción y con fe, pronunciando con cuidado cada palabra y ejecutando con cariño cada gesto, “como quien habla a Alguien allí presente y a Quien ama y respeta inmensamente”.

5. Evita toda “carrera”, especialmente al pronunciar la Plegaria Eucarística. Recuerda las palabras del Cardenal Mercier: “Dedica unos minutos más a tu misa”. Sucede que las palabras de las Plegarias Eucarísticas, especialmente de la segunda, ya te las sabes de memoria y por lo tanto tienes el peligro de pronunciarlas a la carrera y la comunidad se da cuenta de tu modo descuidado de presidir. No temas ser muy cuidadoso en pronunciar bien y con sentido todas las frases, claro está: sin exageraciones teatrales, pero sí con toda solemnidad. La comunidad te lo agradecerá.

6. No improvises nunca tu Celebración. Que no te suceda jamás que al llegar al altar no sepas de qué tratan las lecturas del día ni que fiesta se celebra. Sería un irrespeto incalificable a la acción más importante de la Iglesia y de tu vida.

7. Nunca la causa de Dios, que es la salvación de todo el género humano, está tan en tus **manos como cuando predicas la homilía**. Bien sabes que la homilía puede ser la única instrucción y formación en la fe que reciba tu comunidad. Es necesario que te convenzas que difícilmente el Pueblo de Dios recibe la Palabra fuera de la Misa. De este ministerio tan grande serás interpelado por el Señor en el día de tu encuentro definitivo con Él. Ten en cuenta las palabras de la Biblia: “Pidieron pan y no hubo quien se los diera”. Por eso piensa en tu responsabilidad para que se cumpla en ti la promesa divina: “Los que enseñaron a muchos la santidad, brillarán como estrellas por toda la eternidad” (Daniel 12).

8. Graba esto en lo más profundo de tu corazón: **Lo más importante de toda mi jornada es la Celebración Eucarística**. La presidencia de la Celebración Eucarística como la de los demás sacramentos es la realidad por la que más vales como sacerdote. Cuando presides la celebración estás en la parte más alta de toda la pirámide humana, y en ese momento sólo hay uno por encima de ti: Dios. ¿No es una verdadera lástima, entonces, que te apresures en la preparación, celebración y acción de gracias de la Misa y que te distraigas tan fácilmente en ella?

9. *“Vive lo que celebras y celebra lo que practicas”*. Estas palabras, que te recuerdan el día memorable de tu ordenación, te invitan a ofrecerte diariamente como “hostia viva y agradable a Dios” (Romanos 12,1). Acuérdate siempre al terminar la celebración, que tu Misa debe continuar durante toda la jornada. Para esto, practica el consejo del Papa Pío XII: «No dejar ni un día de hacer una visita al Santísimo Sacramento, que será, por otra parte, un excelente buen ejemplo para tu comunidad». Y hazla con amor por Él, con aquella intención que deseaba Paulo VI: “Como un agradecimiento al don sublime de la Eucaristía y como un ‘gracias’ y una preparación más para la celebración de la misa”. Un sacerdote que preside santamente y visita con frecuencia al Santísimo hace menos disparates que otros.

10. La celebración de la Liturgia de las Horas es el mejor termómetro de tu ardor sacerdotal. Es lo primero que abandona un sacerdote tibio. Ama el Oficio Divino como escudo de tu santidad. No lo consideres como una pesada carga sino como una maravillosa oportunidad para realizar el mismo “oficio de Dios” como lo llamaba San Agustín. Es el momento de adorarlo por tantos que no lo hacen, de pedirle perdón por tus pecados y por los de todos, de darle gracias en nombre de toda la humanidad y de enriquecerte de una manera maravillosa en tu vida interior.

11. *Busca la manera de que todos los que se encuentren contigo te experimenten primero y ante todo como sacerdote y sacerdote de Cristo.*

12. Considérate al servicio y a la disposición de todos. Ojalá siempre, durante toda tu vida, puedas repetir las Palabras del Señor: “No he venido a ser servido sino a servir”. Y que el Divino Redentor te conceda lo que Él prometió a sus Apóstoles y discípulos: “Sabido esto, seréis dichosos si lo cumplís” (Juan 13,17).

JOSÉ SÁNCHEZ DEL RÍO, MODELO DE VALENTÍA Y FORTALEZA PARA LOS JÓVENES DE HOY

Entrevista realizada al P. Luis Laurean, L.C.
Biógrafo de San José Sánchez del Río



No deja de sorprender que un chico de 14 años sea declarado santo. Un muchacho que murió martirizado durante la persecución religiosa en el México de 1928. San José Sánchez del Río se mantuvo fiel hasta el final, haciéndose valedor de la adolescencia y de los grandes valores que son capaces de vivir la gente de su edad. Su biógrafo, el sacerdote Luis Laureán, L.C., explica que San José Sánchez del Río es modelo para los chicos actuales por su “amor apasionado a Cristo como fundamento de una vida cristiana que anima a los adolescentes a la generosidad para dar testimonio efectivo de su fe. Joselito es un ejemplo para quienes quieren hacer algo grande con sus vidas en bien del prójimo, de la Iglesia, de los pobres”.

- Padre, usted tiene una vinculación casi que personal con san José Sánchez del Río...

Efectivamente, soy de Sahuayo, Michoacán, la ilustre cuna de San José Sánchez del Río. Todos los niños de mi pueblo hemos conocido la historia de nuestro paisano más ilustre, hijo predilecto de Sahuayo; todos queríamos ser como

él, es decir valientes y defensores de la fe cristiana, defensores de nuestros sacerdotes y de nuestro templo parroquial dedicado al Apóstol Santiago; le llamábamos Joselito. Conocimos su casa natal; conocimos a familiares. Sabíamos muchos detalles de su vida, sobre todo de su martirio; y nos gustaba mucho el episodio de los gallos finos de pelea que mató cuando fue encarcelado en la iglesia de Sahuayo para que no siguieran manchando su templo muy querido en donde había sido bautizado, confirmado y donde había hecho su primera comunión.



- ¿Qué le motivó a estudiar la figura de José Sánchez del Río, cuando todavía era un desconocido este chico?

En realidad, nunca fue un desconocido. Los jóvenes de la Acción Católica contaban su historia, no sólo en Sahuayo sino en toda la República Mexicana, en Argentina y en muchos países; baste recordar que en 1938 Luigi Ziliani incluye su historia en su libro “Messico martire”.

Me motivó a estudiar detalladamente su vida porque siendo yo niño mi tía Adela Cervantes me llevaba de peregrinación al Cerro del Cubilete, el centro geográfico de México, al monumento a Cristo Rey; y yo escuchaba con atención las historias que narraban los antiguos cristeros. Mi tía Adela fue de las Brigadas femeninas Santa Juana de Arco. También me llamó la atención que Jean Meyer no mencionase en ninguno de sus libros la heroica historia de José Sánchez del Río, con la fama que tiene de ser el mejor historiador de la Guerra Cristera. Entonces pensé en escribir una biografía documentada que mostrase la verdadera

razón del enfrentamiento, no como guerra civil, sino como una reacción en defensa de los derechos fundamentales de la persona, sobre todo para defender el derecho a la libertad religiosa y de conciencia. Fue un levantamiento en contra de leyes realmente persecutorias contra la Iglesia Católica, en la primera mitad del siglo XX. Y quienes participaron, retomaron el ejemplo de los grandes defensores de los derechos de Dios frente a la tiranía de las leyes.

- Padre, parece inexcusable preguntarse por qué la Iglesia canoniza a un muchacho de apenas 14 años de edad en pleno siglo XXI.

La edad no cuenta para la canonización. San Tarsicio era mucho más pequeño y es un gran santo patrono de los monaguillos, así como los tres niños mártires de Tlaxcala, patronos de la niñez. Lo que cuenta para ser canonizado es la vivencia de las virtudes cristianas en grado heroico; en el caso de san José Sánchez del Río cuenta su valentía, su gran fe y amor a Cristo, su devoción al sacramento de la Eucaristía, su fortaleza y generosidad al exponer su vida y salvar la vida de su capitán; y finalmente su firmeza en no claudicar de su fe ni cambiarse de bando para salvar su vida.

- En su libro “El niño testigo de Cristo Rey”, usted narra cómo murió Joselito...

Efectivamente, después de los insultos y golpes al ser apresado, fue conducido a la cárcel-que aún se conserva- en la localidad de Cotija para pasar la noche, mal dormir y mal comer; al día siguiente fue trasladado a Sahuayo con un piquete de federales y encerrado en el bautisterio de la parroquia Santiago apóstol. Era el 7 de febrero de 1928.

El 10 de febrero sacan a José de la iglesia y lo llevan al mesón cercano. Ahí vive su última tarde y su última cena. Escribe una última carta a la tía María, en ella pide la comunión eucarística de forma velada; cena y comulga por última vez (fue su viáti-

co, el pan de los fuertes). Más tarde lo torturaron: le hicieron unas heridas en las plantas de los pies y lo conducen por las calles empedradas hasta el cementerio. En la zona de la fosa común, lo conminan a renegar de su fe y gritar “viva el supremo gobierno” para salvar su vida; pero José grita: ¡Viva Cristo Rey! ¡Viva la Virgen de Guadalupe!”. Le dan un golpe en la cara con la culata de un máuser, cae al suelo y es acuchillado en el pecho, en las piernas, en los brazos... Se va apagando su vida, le queda poco aliento y logra balbucir: “Viva Cristo Rey”... Uno de los ejecutores desenfunda su pistola y le dispara casi a quemarropa en la cabeza, detrás de la oreja derecha. Y muere mártir de Cristo Rey.

- Usted narra que para convencer a sus padres que le dejaran ir con los cristeros dijo: “Mamá, nunca había sido tan fácil ganarse el cielo como ahora, y no quiero perder la ocasión”. Revela una claridad de ideas y un compromiso fuera de lo normal.

Sí, efectivamente demuestra una convicción muy aquilatada y heroica en un muchacho de su edad. Esa frase (“nunca había sido tan fácil ganarse el cielo”) se repetía mucho entre la gente de Sahuayo; 30 años después yo mismo la escuché más de una vez en mi pueblo.

- ¿Cuáles son las principales virtudes que aporta este santo a los adolescentes actuales?

La valentía y fortaleza de San Joselito -como le dicen en mi pueblo- son un ejemplo para avivar la audacia y arrojo que todo adolescente lleva en su corazón, una postura muy común entre los muchachos de su edad que les hace capaces de grandes hazañas... San José Sánchez del Río es un ejemplo para quienes quieren hacer algo grande con su vida en bien del prójimo, de la Iglesia, de los pobres.

- Aquella época era de persecuciones a la fe y a los cristianos, ¿no sé si usted ve alguna similitud entre aquella época y la actual?

Por lo que se va viviendo o sufriendo en España y en México, hay una persecución muy solapada contra los valores tradicionales, sobre todo contra los valores cristianos. Y nuevamente se presenta este fenómeno desde la “legalidad” de las leyes. El segundo capítulo de mi libro se titula, precisamente, “Legislación inicua”. Y es que resulta una legislación que no respeta los derechos fundamentales de todas las personas, más bien favorece pequeños grupos de interés. El resultado va en dirección de denigrar a la mujer, debilitar la institución familiar, desacreditar a la Iglesia y ridiculizar lo religioso.



- Pero, padre, ¿no le resulta muy radical que un muchacho de apenas 14 años se lance a una guerra?

San José Sánchez del Río se presentó ante los cristeros, pero fue admitido para llevar el estandarte y la corneta, no para llevar armas. Y si fue canonizado es porque nunca se manchó las manos de sangre.

Esto queda demostrado por los detalles de su captura: si hubiera matado o simplemente herido a algún federal, en ese momento hubiera sido acibillado y no llevado prisionero, o fusilado sin juicio previo; era la manera vengativa de la guerra contra los cristeros.

Y como bien dice usted, efectivamente, muy radical fue su decisión y radical fue el resultado: martirio. Hoy en día se acepta que sean radicales quienes promueven destruir monumentos, cambiar nombre a las calles, presentar leyes en favor de algunas ideologías y no para el bien común... Pero cuando unas niñas chicas defienden la vida les arrebatan el micrófono y las tachan de radicales.

Hoy la defensa de la Iglesia, de la fe católica, no se debe hacer con las armas sino con el diálogo, el testimonio y ejemplo de la propia vida coherente; es decir, no avergonzarse de ser discípulos de Cristo, camino, verdad y vida. Dar testimonio con valentía y con inteligencia, como nos aconsejaba el Papa Benedicto, para las circunstancias de una época de descristianización y laicismo mal interpretado.

- Hay algo fundamental en la vida de san José: su familia. ¿Cómo describiría usted esa relación? De hecho creo que su madre estuvo presente durante el martirio de su hijo.

No, su madre no estuvo presente en su martirio. De hecho, el único testigo fue Luis Gómez, el sepulturero; la orden del diputado Picazo fue que nadie se enterara, que fuera apuñalado, que lo ejecutaran bien entrada la noche, después del toque de queda. Pero su mamá y su familia tuvieron mucho que ver en su formación como cristiano. Su mamá le leía revistas católicas y le pedía ayuda para catequizar a los niños del rancho y prepararlos para la primera comunión.



LOS VERDADEROS NAZIS

Dr. Gianfranco Amato

Doctor en Derecho y Maestro en Bioética

Presidente de las organizaciones Abogados por la Vida y Ciencia y Vida de Italia



P. Luis Laureán, L.C., biógrafo de san José Sánchez del Río, L.C.

- Padre, hablando del martirio que sufrió este chico de 14 años, ¿qué mensaje podemos recuperar para los que vivimos casi 90 años después?

A nosotros nos deja un mensaje o una invitación para conquistar nuestra fidelidad al amor de Cristo. Su vida y su martirio nos dicen que es posible ser fieles. Su canonización

nos garantiza su intercesión. Él es un guía y desde el cielo nos protege y acompaña por el camino de una vida cristiana coherente y valiente 90 años después, en circunstancias análogas. Hoy también hay riesgo de martirio por el hecho de ser cristiano o por llevar una cruz al pecho; hoy se prohíben los crucifijos, se suprime la cruz, se ridiculiza a los sacerdotes o las monjas, se acusa a nuestros obispos y se les amenaza con juicios penales. ¿Quién levanta su voz para defenderlos? Por lo demás en este niño mártir nos ofrece hoy día un ejemplo eximio y un camino para afrontar todos los retos en defensa de la fe, de la Iglesia, de la familia, de la juventud, sobre todo ahora en víspera del sínodo sobre los jóvenes y las vocaciones al cual ha convocado nuestro Santo Padre Francisco. Finalmente, pidamos a San José Sánchez del Río que interceda por los perseguidos a causa de la justicia. Que nos ayude a alcanzar la victoria y dar testimonio de nuestra fe y amor a Cristo.

Quien se atreve a desafiar en nombre de la verdad la intolerancia ideológica se ve forzado a sufrir todas las consecuencias, incluyendo la reacción violenta. Esta vez le pasó a un valiente político chileno: mi amigo José Antonio Kast.

Con cincuenta años de edad, abogado, practicante católico, casado y con nueve hijos, perteneciente toda su familia a la experiencia religiosa del Movimiento Mariano de *Schoenstatt*; miembro del Parlamento y candidato a las últimas elecciones presidenciales chilenas, José Antonio es uno de esos valientes que se atreven a hablar públicamente sobre la “dictadura Gay”, afirmando que la única familia verdadera es la que se basa en el matrimonio entre un hombre y una mujer, que la vida debe ser defendida desde la concepción hasta la muerte natural, que la ideología de género ha de ser rechazada absolutamente y que la ley del aborto debe ser derogada.

Por estas posturas de desafío a la dictadura del pensamiento único, José Antonio se ha convertido en el blanco de una odiosa campaña de agresión verbal y física.



El último episodio grave ocurrió en la ciudad de Iquique, donde José Antonio había ido a participar como ponente en una conferencia en la Universidad Arturo Prat (UNAP). Finalmente no pudo hablar, dado que antes de que pudiera llegar a la sala donde se celebraría la reunión fue agredido por un gran grupo de estudiantes que lo atacaron y lo golpearon hasta el punto de obligarlo a hospitalizarse a causa de varias lesiones, entre éstas un esguince de pie. El acto violento se prolongó por más de media hora, durante el cual José Antonio fue golpeado, abofeteado y así como maltratado con objetos que le aventaban desde lejos, como se puede ver en la página que aquí refiero:

<https://www.youtube.com/watch?V=O19RL8TMB88>.

Junto a él también fueron golpeados el abogado Ignacio Dülger y el director político Héctor Vergara, quienes habían sido dos de sus valiosos colaboradores durante la campaña electoral a la Presidencia de Chile.



Desde el hospital, José Antonio ha enviado un mensaje a través de Twitter: “Podemos pensar muy distinto, pero yo jamás te voy a agredir por tus ideas. No dejemos que la intolerancia nos robe el derecho a expresarnos libremente”. Los agresores han reivindicado, en cambio, su derecho a reaccionar físicamente contra esa “instigación al odio, a la violencia, la cual es portadora de ideas contrarias a los valores que se enseñan en las universidades”.

Un concepto que José Antonio no acepta y con respecto al cual respondió así: “A todos los delincuentes que, de manera cobarde y organizada, me atacaron, les digo: no lo vamos a aceptar. Chile es de todos, y las universidades son de todos. Una y mil veces seguiremos en cada rincón de Chile y defenderemos el derecho a discrepar. Con respeto y sin violencia”.

Y agregó: “Nuevamente la intolerancia ha ganado a las ideas. Pero esta vez no ha sido la censura administrativa, sino que directamente la violencia. Hoy me sacaron a patadas de una universidad porque no toleran mis ideas y porque no respetan al que piensa diferente”.

En este tema el frente político se ha dividido. Toda el ala de centro-derecha expresó su solidaridad con Kast y condenó firmemente la agresión. El presidente de la República, Sebastián Piñera, en particular, habló de una “cobarde y artera agresión por parte de despreciables delincuentes que actúan como míseros matones”, y el gobierno chileno decidió denunciar penalmente a los autores de dicha agresión.

En cambio, por el lado de las izquierdas, nadie -excepto el diputado Vlado Mirosevic- quiso unirse en solidaridad con Kast y condenar lo sucedido. De hecho, algunos de los partidos de izquierda, como el partido comunista, han defendido las razones de los agresores. Incluso el presidente del Senado, el socialista Carlos Montes, acusó a Kast de haber asumido un “comportamiento provocativo”; es decir, que Kast ‘se lo había buscado’, en pocas palabras.

He revisado varias veces los diversos videos de la agresión en Kast, y una de las cosas que más me impactó fueron los epítetos que le gritaron en el acto, incluyendo el de “nazi”.

El historiador inglés Paul Johnson, en su obra monumental del 1987 intitulada “La historia de los judíos”, describe cómo los nazis penetraron el ambiente estudiantil universitario, logrando así transformar a los jóvenes en fanáticos militantes de su ideología fatal. Y eso que estamos hablando de la Alemania pre-nazi, es decir de una de las naciones más avanzadas en lo cultural y con mayor progreso en general, la cual era entonces gobernada por una democracia de partidos.

Creo que lo que Johnson describe en su libro se puede aplicar perfectamente a la actual dictadura del pensamiento único y a su derivación cristiano-fóbica: y es que los jóvenes universitar-

ios son siempre la presa favorita del poder en todos los regímenes totalitarios.

Vale la pena mencionar un último dato que no deja de llamar la atención. Y es el hecho de que la Comunidad judía de Chile ha hablado sobre este episodio de agresión vil contra Kast en un interesante comunicado de prensa que merece ser referido aquí de forma íntegra: “La Comunidad Judía de Chile expresa su más contundente rechazo a las agresiones de las que fue víctima el ex diputado y candidato presidencial José Antonio Kast en el marco de una actividad realizada en el norte del país. Para nuestro colectivo, la situación denunciada tiene el sello de la más alta gravedad por cuanto sus protagonistas bajo un inequívoco sentimiento de intolerancia, discriminación y violencia buscaron anular a quien piensa de manera diferente. Estos actos confirman la imperiosa necesidad de aprobar el proyecto de ley que condena la incitación a la violencia, un complemento indispensable a la débil legislación antidiscriminatoria en vigencia. Finalmente, reiteramos nuestra solidaridad con José Antonio Kast”.

Por lo tanto, en relación a este ataque infame de los estudiantes universitarios de Iquique, cabe preguntarse: ¿Quiénes son los verdaderos “nazis”?



IMPARTIDO POR P. Roberto González, L.C.

Nacido el 24 de agosto 1940 en Guadalajara

Licenciado en filosofía y en Teología por la Univ. Gregoriana de Roma.

Doctor en Teología Moral y Bioética por la Universidad Reina de los Apóstoles de Roma.

Profesor de Teología Moral General y Especial y de Bioética en la Facultad de Teología y de Bioética de la Universidad Reina de los Apóstoles de Roma.

Profesor de Bioética por 4 años en el Instituto Superior de Ciencias Religiosas de Nepi en Viterbo-Italia.

Párroco de la Iglesia de Sta. María Goretti y de San Francisco de Asís en la Diócesis suburbicaria de Porto Santa Rufina por 14 años.

Responsable del Archivo del Dicasterio de los Obispos en la Ciudad del Vaticano por 16 años bajo la Prefectura de los Cardenales Gaetano Con-falonieri, Sebastiano Baggio y Bernardin Gantin.

“Pedro ¿me amas?
¡Señor, tú sabes
que te amo!”

Ejercicios espirituales
en silencio para
sacerdotes



Del lunes 15 al viernes 19
de Octubre de 2018

Centro de Retiro Santa María de la Cascada
en Amecameca

Costo: \$3,300.00 en habitación individual

Llevar Estola, alba, liturgia de las horas

Registro: 13:00 hrs. del lunes

Los ejercicios concluyen después de la
comida del Viernes.





Acueducto Río Hondo #218
Col. Lomas Virreyes México, DF. C.P. 11000
Tels: (55) 5520.5411 / (55) 5520.5585
www.centrologos.org